

León Trotski

La Revolución Desfigurada

Traducción: J. G. Gorokin

Indice

Prólogo	1
Carta al Instituto Histórico del Partido.....	7
La guerra y mi llegada a Petrogrado (mayo de 1917)	7
Mayo-octubre de 1917	12
Adición necesaria	14
La historia de la Revolución de Octubre.....	15
Documentos perdidos.....	15
A propósito de Yaroslavski	18
A propósito de Olminski	19
Dos palabras sobre Lunatcharski.....	19
Brest-Litovski y la discusión sindical. La consagración del "martinovismo"	20
El III Congreso de la Internacional Comunista.....	23
A propósito de la educación de la Juventud del Partido	25
Mi actitud respecto de los campesinos	25
El trabajo militar.....	27
Los problemas económicos	32
Ultimo período de la vida de Lenin.....	35
El monopolio del comercio exterior.....	36
La cuestión del Gosplan	39
Cartas de Lenin sobre la cuestión nacional	39
La discusión de 1923-1927	45
Trotski, acusado de haber infringido la disciplina del Partido.....	49
Primer discurso.....	49
Segundo discurso.....	60
La oposición, el peligro de guerra y los problemas de la defensa.....	65
¿Como se han desarrollado las cosas en China?	67
En torno al "centrismo" y a la política de las tablas podridas.....	69
Exclusión de Trotski del Comité Central del Partido Comunista Ruso	73
Temer nuestra plataforma es temer presentarse ante las masas	76
Respuesta a un contradictor benévolo.....	80

Prólogo

El presente volumen resume las etapas de una lucha de seis que la fracción dirigente prosigue todavía, en la U. R. S. S., contra la oposición de izquierda (los bolcheviques leninistas) en general y contra el autor de este libro en particular.

Gran parte de este volumen está consagrada a refutar las acusaciones y las groseras calumnias dirigidas personalmente contra mí. ¿Cuál es la razón que me autoriza a importunar la atención del lector con estos materiales? El hecho de que mi vida vaya estrechamente unida a los acontecimientos de la Revolución no puede por sí solo justificar la publicación de este libro. Si la lucha de la fracción de Stalin contra mí no fuera más que una lucha personal por el Poder, la historia de esta lucha no tendría ningún valor eficaz, pues la historia parlamentaria está plagada de luchas de grupos y de individuos por el Poder en nombre del Poder. Otra es la razón, que nace del hecho de que la lucha de los individuos y de los grupos en la U. R. S. S. vaya indisolublemente unida a las diversas etapas de la Revolución de Octubre.

El determinismo histórico no se manifiesta nunca con tanta fuerza como durante un período revolucionario. Este período pone al descubierto las relaciones de clases y conduce todos los problemas y las contradicciones a su más alto grado de agudeza. Durante estos períodos, la lucha de ideas se convierte en el arma más directa de las clases enemigas o de las fracciones de una misma clase. Precisamente, la lucha contra el "trotskismo" ha revestido, en la Revolución rusa, este carácter. La relación entre los razonamientos, a veces esencialmente escolásticos, y los intereses materiales de ciertas clases o capas sociales se ha manifestado en este caso de una manera tan evidente, que llegará el día en que esta experiencia histórica será objeto de un capítulo especial en los manuales escolares sobre materialismo histórica.

La Revolución de Octubre se divide, por la enfermedad y la muerte de Lenin, en dos períodos, que se diferenciarán tanto más netamente el uno del otro a medida que más nos alejemos de ella. El primer período fue la época de la conquista del Poder, de la institución y del fortalecimiento de la dictadura del proletariado, de su defensa militar, de los actos esenciales a que hubo de recurrir para determinar su camino económico. El conjunto del Partido poseía la convicción, en estos momentos, de ser el sostén de la dictadura del proletariado, y precisamente en esta convicción descansa el éxito de su seguridad interna.

El segundo período se caracteriza por un dualismo en la participación en el Poder. Al proletariado que ha conquistado el Poder en octubre, a consecuencia de una serie de causas materiales y morales, de orden interior y exterior, se le deja al margen, se le arroja a un último plano. A su lado, detrás de él, a veces delante de él, surgen otros elementos, otras capas sociales, las fracciones de otras clases que acaparan una buena parte, si no del Poder, por lo menos de la influencia sobre este. Esas otras clases – los funcionarios del Estado, de los Sindicatos y de las Cooperativas, los elementos de las profesiones liberales y los intermediarios constituyen cada vez más todo un sistema de vasos comunicantes. Al mismo tiempo, por sus condiciones de existencia, por sus costumbres y su manera de pensar, estos se apartan del proletariado o se separan cada vez más de él. En esta misma categoría y de una manera definitiva deben colocarse también a los funcionarios del Partido, que forman una casta sólidamente constituida y que, no tanto aprovechando los medios internos del Partido como los del aparato del Estado, se aseguran su inamovilidad. Por su formación y sus tradiciones, por los orígenes de su actual fuerza, el Poder soviético continúa apoyándose en el proletariado, aun cuando en forma cada vez menos directa. Pero, por medio de las capas sociales anteriormente enumeradas, le fortalece al mismo tiempo más la influencia de los intereses burgueses. Esta presión es tanto más sensible cuanto que una gran parte, no sólo del aparato del Estado, sino también del aparato del Partido, se convierte, si no en el agente

consciente, por lo menos en el agente benévolo de las concepciones y de las esperanzas burguesas. Sea cual fuere la debilidad de nuestra burguesía interior, tiene la convicción, y con bastante motivo, de que es una fracción de la burguesía mundial y de que constituye el mecanismo de transmisión del imperialismo mundial. Pero incluso a la base interior de la burguesía no debe quitársela importancia. Al desarrollarse la economía rural sobre las bases individuales del mercado, surge fatalmente de su seno una pequeña burguesía rural numerosa. El campesino enriquecido o el campesino que trata de enriquecerse, y que tropieza con las barreras de la legislación soviética, es el agente natural de las tendencias bonapartistas. Este hecho, corroborado por toda la evolución de la historia moderna, se ve una vez más probado por la experiencia de la República Soviética. Estos son los orígenes sociales de los elementos de dualidad del Poder que caracterizan el segundo capítulo, posterior a la muerte de Lenin, de la Revolución de Octubre.

Huelga decir que, incluso el primer período – 1917-1923 –, no es homogéneo desde el principio al fin. También en este período ha habido, no sólo movimientos progresivos, sino retrocesos. También en este período ha hecho la Revolución importantes concesiones: por un lado, a la clase campesina; por el otro, a la burguesía mundial. Brest-Litovski fue el primer retroceso de la Revolución victoriosa. Después de retroceder, la Revolución prosiguió su marcha hacia adelante. La política de concesiones comerciales e industriales, por modestos que hasta ahora hayan sido sus resultados prácticos, constituyó en un principio una seria maniobra de retroceso. Sin embargo, el retroceso mayor lo constituyó, de una manera general, la nueva política económica (la Nep). Restableciendo el mercado, la Nep ha creado las condiciones susceptibles de resucitar a la pequeña burguesía y de convertir a determinados elementos y grupos en clase media. La Nep encerraba, en resumidas cuentas, las posibilidades de dualidad del Poder, inexistentes todavía fuera del potencial económico. Aquéllas no desplegaron una fuerza real más que en el segundo capítulo de la historia de octubre, cuyo punto general de partida fue la enfermedad y muerte de Lenin y el comienzo de la lucha concentrada contra el "trotskismo".

Ni que decir tiene que, en sí mismas, las concesiones a las clases burguesas no constituyen todavía un atentado contra la dictadura del proletariado. En general, la historia no nos ofrece una dominación de clase de una exacta pureza química. La burguesía ejerce su dominio apoyándose en las otras clases, sometiéndolas, corrompiéndolas o intimidándolas. Las reformas sociales en favor de las obreras no constituyen en manera alguna y en sí mismas una violación de la soberanía absoluta de la burguesía en su país respectivo. Todo capitalista, considerado individualmente, puede, indudablemente, tener la impresión de que no es absolutamente el amo en su casa – es decir, en la fábrica –, pues está obligado a tener en cuenta los límites que la legislación impone a su dictadura económica. Pero dichos límites no tienen otro objeto que mantener y sostener, en su conjunto, su poder de clase. Los intereses del capitalista, considerado individualmente, están en constante contradicción con los intereses del Estado capitalista, no sólo en las cuestiones de legislación social, sino también en las cuestiones referentes a los impuestos, la deuda, la guerra y la paz, etc. La hegemonía sigue correspondiendo al conjunto de los intereses de la clase, que es la única que decide las reformas que puede hacer y en que grado puede llevarlas a cabo sin conmover las bases de su dominación.

De la misma manera se plantea el problema para la dictadura del proletariado. Una dictadura de una completa pureza química no podría existir más que en un espacio inmaterial. El proletariado dirigente se ve obligado a contar con las otras clases y, según la proporción de las fuerzas en el interior del país o internacionalmente, a hacerles concesiones a las otras clases con el fin de mantener su dominación. Todo el problema descansa en los límites de esas concesiones y en el grado de conocimiento consciente con que se llevan a cabo.

La nueva política económica revestía dos aspectos. En primer lugar, arrancaba de la necesidad para el proletariado de utilizar, con miras a la dirección de la industria y, en general, de toda la economía, los métodos elaborados por el capitalismo. En segundo lugar, significaba una concesión a la burguesía, y a la pequeña burguesía sobre todo, porque le permitía armonizar su economía con las formas que son esencialmente propias de la compra y venta. En Rusia, a causa del predominio de la población rural, este segundo aspecto de la Nep ha revestido una importancia decisiva. En presencia de la paralización del desarrollo revolucionario en los demás países, la Nep, como retroceso profundo y duradero, era inevitable. Nosotros la hemos aplicado bajo la dirección de Lenin con plena unanimidad. Este retroceso era reconocido como tal por todo el mundo. El Partido y, por su conducto, la clase obrera, comprendieron perfectamente su sentido de una forma general. La pequeña burguesía adquirió, hasta cierto punto, la posibilidad de acumulación. Pero el Poder y, por consecuencia, el derecho de determinar los límites de esta acumulación, continuaban, como antes, en manos del proletariado.

Ya hemos dicho anteriormente que existe una gran analogía entre las reformas sociales que la burguesía dirigente se ve obligada a hacer en interés del proletariado y las concesiones que el proletariado dirigente le hace a las clases burguesas. Sin embargo, si queremos evitar los errores, debemos situar esta analogía en su marco histórico bien definido. El poder burgués existe desde hace siglos; tiene un carácter mundial, encuentra su apoyo en las inmensas acumulaciones de riquezas, dispone de un poderoso sistema de instituciones, de intereses y de ideas. Estos siglos de ejercicio del Poder han creado una especie de instinto de dominación que ha sido no pocas veces, en presencia de condiciones difíciles, un guía seguro para la burguesía. Los siglos de dominación burguesa han sido para el proletariado siglos de opresión. Este no posee ni tradiciones históricas de dominación ni, con mayor razón, el instinto del Poder. En estas condiciones ha llegado al Poder en uno de los países más pobres y más atrasados de Europa. Lo cual quiere decir que en las presentes condiciones históricas, en la actual etapa, la dictadura del proletariado está infinitamente menos protegida que el Poder burgués. Una política justa, una apreciación realista de su actos y, sobre todo, las inevitables concesiones a las clases burguesas, significan para el Poder soviético una cuestión de vida o muerte.

El capítulo posterior a la muerte de Lenin de la Revolución de Octubre se caracteriza tanto por el desarrollo de las fuerzas socialistas como por el de las fuerzas capitalistas de la economía soviética. La solución depende de su proporción dinámica. El control de esta proporción lo encontramos menos en la estadística que en la evolución cotidiana de la vida económica. La profunda crisis actual, que ha tomado la forma paradójica de una penuria de productos agrícolas en un país agrario, es la prueba objetiva segura de que se han roto las proporciones económicas esenciales. Ya en el otoño de 1923, en el XII Congreso del Partido, el autor de este libro le puso en guardia contra las consecuencias a que puede conducir una falsa dirección económica: el atraso de la industria provoca las "tijeras", es decir, la desproporción entre los precios de los productos industriales y agrícolas, lo cual, a su vez, determina la paralización del desarrollo de la agricultura. El hecho de que estas consecuencias se hayan realizado no significa en manera alguna que sea inevitable y, menos aún, inminente la caída del régimen soviético. Significa únicamente – y esto se presenta de la manera más imperiosa – la necesidad de un cambio de política económica.

En un país donde las fuerzas productivas esenciales son propiedad del Estado, la política de la dirección estatal constituye un factor directo y, en cierta forma también un factor decisivo de la economía. Todo el problema consiste en saber si dicha dirección es capaz de comprender la necesidad de un cambio de política y si se encuentra prácticamente en condiciones de realizarlo. Volveremos así al problema de saber hasta que punto se encuentra todavía el Poder

del Estado en manos del proletariado y de su partido, es decir, hasta que punto continúa siendo el Poder de la Revolución de Octubre. Es imposible con testar apriorísticamente a esta cuestión. La política no se rige por reglas mecánicas. Las fuerzas de las clases y de los partidos se revelan en la lucha. Y la lucha está todavía por venir.

La dualidad del Poder, es decir, la existencia paralela del poder o del semipoder de dos clases antagónicas – como, por ejemplo, durante el período de Kerenski – no puede eternizarse, no puede durar mucho tiempo. Una situación tan crítica debe resolverse en uno o en otro sentido. La opinión de los anarquistas o de los anarquizantes, según la cual la U.R.S.S. es ya un país burgués, se ve magníficamente refutada por la actitud que ha adoptado la propia burguesía interior y extranjera. Querer ir más lejos que reconocer la existencia de elementos de dualidad del Poder sería teóricamente falso, políticamente peligroso, sería incluso un suicidio. El problema de la dualidad del Poder consiste, pues, en los actuales momentos, en saber hasta que punto las clases burguesas se han infiltrado, han echado raíces en el aparato del Partido del proletariado. De la proporción en que esto ocurra dependen la libertad en el maniobrar del Partido y la posibilidad para la clase obrera de adoptar las necesarias medidas de defensa y de ataque.

El segundo capítulo de la Revolución de Octubre no se caracteriza sólo por el desarrollo de las posiciones económicas de la pequeña burguesía de la ciudad y del campo, sino también por un proceso infinitamente más peligroso y más agudo del desarme teórico y político del proletariado, proceso que se opera paralelamente al aumento de la confianza en sí mismas de las capas sociales burguesas. El interés político de las clases de la pequeña burguesía en auge ha consistido y consiste todavía en disimular lo más posible sus avances, en ocultar sus progresos bajo un aspecto soviético y protector y en hacer que sus puntos de apoyo aparezcan como partes integrantes de la edificación socialista. Ciertos progresos, importantísimos, de la burguesía sobre la base de la Nep, eran inevitables; eran, por otra parte, necesarios para el propio progreso del socialismo. Pero los mismos avances económicos de la burguesía pueden alcanzar una gran importancia y constituir un peligro más o menos grave según que la clase obrera y, ante todo, su Partido, se den o no exacta cuenta de los procesos y de los desplazamientos que se operan en el país, y mantengan más o menos sólidamente el timón en sus manos. La política es quintaesencia de la economía, en la actual etapa; el problema económico de la República soviética hay que resolverlo, más que nunca, desde el punto de vista político.

El vicio de la política posterior a Lenin no consiste sólo en haber hecho nuevas e importantes concesiones a las diversas capas sociales de la burguesía en el interior del país, en Occidente y en Asia. Algunas de esas concesiones han sido necesarias o inevitables, aun cuando no fuera más que por los errores cometidos anteriormente. Entre éstos hay que citar, por ejemplo, las concesiones a los "kulaks" en abril de 1925, consistentes en el derecho a arrendar las tierras y a emplear jornaleros. Otras concesiones han sido en sí mismas erróneas, nocivas, funestas incluso. Nos referimos principalmente a la capitulación ante los agentes burgueses del movimiento obrero británico y la capitulación, todavía peor, ante la burguesía china. Pero el peor crimen de la política posterior a Lenin – y antileninista – ha consistido en presentar las concesiones graves como éxitos del proletariado, los retrocesos como progresos; en interpretar las dificultades interiores como un avance victorioso hacia un régimen socialista nacional.

Esta tarea, traidora en el fondo, de desarmar teóricamente al Partido y de impedir que el proletariado vigile la conservación de las conquistas de la Revolución, se ha llevado a cabo en el transcurso de estos seis últimos años bajo el pretexto de una lucha contra el "trotskismo". Las piedras angulares del marxismo, los métodos esenciales de la Revolución de Octubre, las principales lecciones de la estrategia leninista han sido sometidos a una ruda y violenta

revisión, en la cual ha encontrado su expresión la impaciente aspiración de orden y de tranquilidad del funcionario pequeño burgués.

La idea de la revolución permanente, es decir, de la ligazón indisoluble y real de la suerte de la República soviética con la marcha de la revolución proletaria en el mundo entero, ha tenido el don de irritar a las nuevas capas sociales conservadoras, íntimamente convencidas de que la Revolución, elevándolas al primer puesto, ha cumplido ya así su misión.

Mis críticos socialdemócratas y demócratas me alegan, con gran autoridad, que Rusia no está "madura" para el socialismo y que Stalin tiene en absoluto razón al conducir el país, por medio de zig-zags, por la ruta del capitalismo. Bien es verdad que lo que los socialdemócratas llaman, con una real satisfacción, restauración del capitalismo, Stalin lo llama edificación del socialismo nacional. Pero como se basan en el mismo proceso, está claro que la diferencia en la terminología no debe disimular a nuestros ojos la identidad del fondo. Aun admitiendo que Stalin llevara a cabo su labor con conocimiento de causa, lo que no ocurre actualmente, se vería igualmente obligado, con el fin de atenuar las discusiones, a darle el nombre de socialismo al capitalismo. Ahora bien; a medida que menos comprende los problemas históricos esenciales, tanto más su proceder se reviste de suficiencia. Su ceguera le ahorra la necesidad de mentir.

Sin embargo, el problema no consiste en saber si Rusia es capaz de edificar el socialismo por sus propios medios. Este problema no existe para el marxismo en general. Cuanto ha dicho a este respecto la escuela staliniana pertenece, teóricamente, al dominio de la alquimia y de la astrología. El stalinismo, como doctrina, sirve a lo más para figurar en un museo teórico de historia natural. Lo esencial es saber si el capitalismo es capaz de sacar a Europa del callejón histórico en que se encuentra metida; si los indios son capaces de liberarse de la esclavitud y de la miseria sin sobrepasar los límites de un progreso capitalista pacífico; si China es capaz de alcanzar el nivel de cultura de América y de Europa sin revoluciones y sin guerras; si los Estados Unidos son capaces de dominar sus propias fuerzas productivas sin provocar a Europa y sin preparar una espantosa catástrofe guerrera a toda la Humanidad. Así debe plantearse el problema del curso ulterior de la Revolución de Octubre. Si se admite que el capitalismo continúa siendo una fuerza histórica progresiva que es capaz de resolver, por sus métodos y con sus medios, los problemas esenciales planteados ante la Historia y de hacer avanzar a la Humanidad algunos pasos más, no se puede plantear inmediatamente el problema de la transformación de la República soviética en país socialista. La estructura socialista de la Revolución de Octubre estaría de esta manera fatalmente condenada a su destrucción para dejar como única herencia las conquistas agrarias democráticas. Este movimiento de transformación de la revolución proletaria en la revolución burguesa, ¿se llevará a cabo por la fracción de Stalin o por una fracción de esta fracción, o se precisarán uno o más cambios políticos? Estos problemas son completamente secundarios. He dicho ya bastantes veces que, todas las probabilidades, la forma política de este movimiento de transformación sería el bonapartismo, y de ninguna manera la democracia. Ahora bien; lo esencial es saber si, como sistema mundial, el capitalismo es todavía una fuerza progresiva. Nuestros adversarios los socialdemócratas dan pruebas en esta cuestión de un miserable utopismo, arcaico, impotente; de un utopismo reaccionario y no progresivo.

La política de Stalin es una especie de "centrismo", es decir, una tendencia que se columpia entre los socialdemócratas y el comunismo. Los principales esfuerzos "teóricos" de la escuela de Stalin, que no ha hecho su aparición hasta después de la muerte de Lenin, se han dedicado a separar la suerte de la República soviética del desarrollo revolucionario mundial en general, lo cual equivale a querer emancipar la Revolución de Octubre de esta propia Revolución. El problema para los teorizantes ha revestido el aspecto de una contraposición del "trotskismo" al leninismo.

Para desprenderse del carácter internacional del marxismo, y al mismo tiempo permanecer fieles a la palabra hasta nueva orden, ha sido necesario, en primer lugar, volver las armas contra aquellos que han sido los sostenes de la Revolución de Octubre y del internacionalismo proletario. El primer puesto, naturalmente, le ha correspondido a Lenin. Pero Lenin ha muerto en el indero de dos etapas de la Revolución. No le ha sido posible, por lo tanto, defender la obra de su vida. Los teorizantes han cortado sus libros en citas y se han puesto con este arma a combatir al Lenin viviente, al mismo tiempo que le levantaban mausoleos, no sólo en la Plaza Roja, sino también en la conciencia del Partido. Como si hubiera previsto la suerte que iban a correr sus ideas en plazo breve, Lenin comenzó su libro *El Estado y la Revolución* proletaria con las siguientes palabras, dedicadas a la vida de los grandes revolucionarios: "Después de su muerte, se trata de convertirlos en iconos inofensivos; de canonizarlos, por decirlo así; de envolver su nombre una aureola de gloria para "consuelo" de las clases oprimidas y para engañarlas, al mismo tiempo que se tergiversa la substancia de su enseñanza revolucionaria, que se embota su filo, que se envilece." (Edición rusa, t. XIV, capítulo II, página 299.) Nos basta con citar estas palabras proféticas, que N. K. Krupskaya tuvo un día la audacia de arrojar a la cara a la fracción de Stalin.

La otra misión que se han impuesto los plumíferos stalinianos consiste en presentar la defensa ulterior y el desarrollo de las ideas de Lenin como una doctrina hostil a Lenin. El mito del "trotskismo" ha servido para realizar esa tarea histórica. ¿Es necesario repetir que no he pretendido nunca ni pretendo hoy crear una doctrina especial? En teoría, soy un discípulo de Marx. Y respeto a los métodos de la revolución, he pasado por la escuela de Lenin. Si se quiere, el "trotskismo" es para mi un nombre bajo el cual se designan las ideas de Marx y de Lenin por los leguleyos deseosos de emanciparse a toda costa de esas ideas, pero sin atreverse a hacerlo todavía de una manera abierta.

El presente libro sintetiza una parte del proceso ideológico en virtud del cual ha cambiado la actual dirección de la República soviética en envoltura teórica de acuerdo con el cambio de su naturaleza social. Demostrará cómo las mismas personas han dado, viviendo Lenin y después de su muerte, sobre los mismos acontecimientos, sobre las mismas ideas y sobre los mismos militantes, una opinión diametralmente opuesta. Véome obligado, en este libro, a recurrir a un gran número de citas, cosa que es – permítaseme decirlo de paso – contraria a mi estilo literario habitual. Sin embargo, en la lucha contra los hombres políticos que, precipitadamente y con astucia, reniegan de su más reciente pasado al mismo tiempo que le juran fidelidad, no es posible dejar de recurrir a las citas, pues en el caso presente son evidentes e irrefutables pruebas de acusación. Si el lector impaciente se queja de tener que hacer una parte de su camino por pequeñas jornadas, sírvase tener presente que si hubiera tenido que reunir esas citas, destacar las más substanciales y establecer la consiguiente relación política entre ellas, hubiera necesitado un trabajo infinitamente mayor que el de leer atentamente estos documentos definitivos de la lucha entre dos tendencias tan próximas y, al mismo tiempo, tan irreductiblemente opuestas.

La primera parte de este libro es una carta al Instituto Histórico del Partido y de la Revolución (Ispart), que escribí con ocasión del X aniversario de la Revolución de Octubre. El Instituto me ha devuelto, con la consiguiente protesta, mi manuscrito, que era en realidad un cuerpo extraño en los trabajos de inaudita falsificación histórica a que se entrega esta institución en su lucha contra el "trotskismo".

La segunda parte de este libro se compone de cuatro discursos que pronuncié ante las más altas instancias del Partido, de junio a octubre de 1927, es decir, durante el período de lucha ideológica intensa entre la oposición y la fracción de Stalin. Si he escogido, entre los numerosos documentos de estos últimos años, los textos taquigráficos de estos cuatro discursos, es porque ofrecen, en forma concreta, una exposición lo suficientemente completa

de las concepciones en lucha y porque, a mi juicio, su continuidad cronológica le permite comprender al lector el dinamismo dramático de la propia lucha. Deseo advertir también que las frecuentes analogías con la Revolución francesa están destinadas a facilitar la orientación histórica del lector latino.

He hecho importantes cortes en el texto de los discursos con el fin de aligerarlo de repeticiones que son, a pesar de todo, más o menos inevitables. Introduzco todas las aclaraciones necesarias en forma de notas de introducción a los discursos, publicados en la presente edición por vez primera. En la U.R.S.S. continúan siendo documentos legales.

Como conclusión doy un pequeño folleto escrito en el destierro, en Alma-Alta, en 1928, en respuesta a una carta de amonestación que me escribieron algunos adversarios bien intencionados. Creo que este documento, cuyo manuscrito ha circulado extensamente, le da al libro entero la conclusión necesaria, poniendo al corriente al lector del último momento de la lucha que ha precedido a mi expulsión.

El presente libro comprende un pasado reciente, cuyo único objetivo consiste en unirlo al presente. Más de un hecho al que se hace referencia no ha terminado todavía, y más de un problema no ha sido aún resuelto. Cada nuevo día traerá consigo una comprobación suplementaria de las concepciones de la lucha. Este libro está dedicado a la historia actual, a la política. Considera al pasado únicamente como una introducción del porvenir.

Constantinopla, 1 de mayo de 1929.

Carta al Instituto Histórico del Partido

A propósito de la falsificación de la Historia de la Insurrección de Octubre, de la Revolución proletaria y de la Historia del Partido

Estimados camaradas:

Me habéis enviado un amplio cuestionario sobre mi participación en la Revolución de Octubre, pidiéndome que responda a las cuestiones que me planteáis.

No creo que pueda añadirse mucho a lo que ha sido publicado ya en varios documentos, discursos, artículos y libros de todas clases, y especialmente en los míos. De todas maneras me permito preguntaros: ¿qué sentido puede tener el interrogarme respecto a mi participación en la Revolución de Octubre, cuando la totalidad del aparato oficial – incluso vosotros – trata de disimular, de hacer desaparecer o, por lo menos, de adulterar todo detalle sobre esta participación?

Decenas, centenares de camaradas, me han preguntado no pocas veces por qué me tallo, por qué persisto en callarme en lugar de responder a las falsificaciones escandalosas de la historia de la Revolución de Octubre y de la historia de nuestro Partido, dirigidas contra mi.

No es mi intención, en manera alguna, tratar aquí a fondo la cuestión de dichas falsificaciones; para ello serían necesarios varios volúmenes. Pero, en respuesta a vuestras preguntas, permitidme señalar una decena de ejemplos de la deformación consciente y rencorosa que se lleva a cabo actualmente y en gran escala para presentar los acontecimientos de ayer, deformación consagrada por la autoridad de toda clase de instituciones y que se introduce, incluso, en los manuales escolares.

La guerra y mi llegada a Petrogrado (mayo de 1917)

1. Llegué a Petrogrado, al salir de la cárcel en el Canadá, a comienzos de mayo, dos días después de la entrada de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios en el Gobierno de coalición.

Los órganos del Instituto Histórico del Partido, como, por otra parte, muchas otras publicaciones, tratan de presentar mi acción durante la guerra como una actividad casi socialpatriota. Olvidan, empero, que las compilaciones de mis trabajos de la época de la guerra (*La guerra y la Revolución*) han sido editadas varias veces, en vida de Lenin, e incluso enseñadas en las escuelas del Partido y publicadas en varios idiomas extranjeros por las Secciones de ediciones de la Internacional Comunista.

Se trata de engañar a la nueva generación respecto a la posición que mantuve durante la guerra. Dicha generación ignora que la lucha revolucionaria internacional contra la guerra me valió el ser condenado en Alemania, a fines de 1914, por mi libro en alemán *La guerra y la Internacional*; expulsado de Francia, donde milité con los futuros fundadores del Partido Comunista; detenido en España, donde estuve en relaciones con los futuros comunistas; expulsado de España a los Estados Unidos. La nueva generación ignora, igualmente, que en Nueva York realicé una acción revolucionaria internacional, y que tomé parte con los bolcheviques en la redacción del periódico *Novoia Mir*, donde publiqué un análisis leninista de las primeras etapas de la Revolución de Febrero. A mi regreso de América fui desembarcado en Rusia por las autoridades británicas, después de haber pasado un mes en un campo de concentración del Canadá, con seis u ochocientos marinos alemanes que gané a la causa de Liebknecht y de Lenin (muchos de ellos tomaron parte después en la guerra civil en Alemania y, todavía hoy, sigo recibiendo cartas suyas).

2. A propósito de la información que dio el Gobierno inglés sobre las causas de mi detención en el Canadá, la *Pravda* de Lenin dijo:

”Nota de la Redacción: ¿Puede concederse fe un sola instante a la información facilitada por el Gobierno inglés y según la cual Trotski, ANTIGUO PRESIDENTE del Consejo de los diputados obreros de Petersburgo en 1905 y revolucionario desinteresado que ha consagrado DECENAS DE AÑOS de su vida a la Revolución, tiene intervención en un plan de ”Gobierno alemán”? ¿Se trata, sin ningún género de duda, de una calumnia descarada, inaudita, cínica, contra un revolucionario!” (*Pravda*, núm. 34, 16 de abril de 1917.)

¡Qué bien suenan ahora estas palabras, en el preciso momento en que se cubre de infames calumnias a la oposición, y cuyas calumnias no se diferencian nada de las lanzadas en 1917 contra los bolcheviques!

3. En las notas que figuran en el XIV volumen de las obras de Lenin, publicado en 1921, se dice:

”Desde el comienzo de la guerra imperialista, Trotski ha ocupado una posición netamente internacionalista.” (Página 482.)

Podrían reproducirse numerosas citas de ese género, y más categóricas todavía. Los críticos de todos los periódicos del Partido – rusos y extranjeros – han indicado decenas y centenares de veces, respecto de mi libro *La guerra y la Revolución*, que examinando el conjunto de mi acción durante la guerra era necesario reconocer y comprender que mis divergencias con Lenin tenían un carácter secundario, que la línea general era revolucionaria y me acercaba constantemente al bolchevismo, no solamente en palabras, sino en hechos.

En cuanto a mis detractores actuales, me guardaré muy bien de hojear su biografía política, sobre todo durante la guerra.

4. Trátese de explotar ciertas observaciones políticas, un tanto acerbas, que Lenin me dirigió, especialmente durante la guerra. Lenin no toleraba ni reticencias ni obscuridades. Tenía razón en volver dos o tres veces a la carga cuando la idea política le parecía incompletamente expresada o equivocada. Pero un golpe político asestado en un momento dado es una cosa, y otra la apreciación del conjunto de una actitud política.

En 1918 o en 1919, un tal R. publicó, en América, una recopilación de los artículos de Lenin y de los míos, escritos durante la guerra, y especialmente los artículos que escribí sobre el debatido problema de los Estados Unidos de Europa. ¿Cuál era entonces la actitud de Lenin? Este escribió lo siguiente:

”El camarada R. ha hecho muy bien al publicar un grueso volumen con numerosos artículos de Trotski y míos, dando un esbozo de la historia de la Revolución rusa.” (Volumen XVII, páginas 96.)

5. No quiero hablar de la actitud de la mayor parte de mis detractores actuales al comienzo de la Revolución de Febrero. Podrían contarse no pocas cosas interesantes, a este respecto, sobre los Skvortsov-Stepanov, los Yaroslavski y muchos otros. Pero me limitaré a decir algunas palabras sobre el camarada Melnitchavski, que, en la Prensa, ha tratado de levantar un falso testimonio sobre mi actitud en mayo y junio de 1917.

En América todo el mundo conocía a Melnitchavski como menchevique. En la lucha sostenida por los bolcheviques y los internacionalistas revolucionarios contra el social-patriotismo y el centrismo, Melnitchavski no participó. Se mantenía silencioso en todas las cuestiones de esta clase. Persistió en esta actitud incluso durante su estancia en el campo de concentración canadiense, donde, por una verdadera casualidad y como muchos otros, fue encerrado con Chudnovski y conmigo. Tanto Chudnovski como yo decidimos no poner nunca al corriente a Melnitchavski de los planes concernientes a nuestra acción ulterior. Pero como estábamos obligados a vivir a su lado en el mismo campamento, nos decidimos a preguntarle, a rajatabla, si una vez en Rusia trabajaría con los mencheviques o con los bolcheviques. Hay que decir, en honor de Melnitchavski, que nos respondió: ”Con los bolcheviques.” Y únicamente después de esta respuesta nos decidimos a hablarle como a un camarada en ideas.

Releed lo que Melnitchavski ha escrito a este respecto en 1924 o en 1925. Todos los que conocieron y observaron a Melnitchavski en América, no pueden por menos que encogerse de hombros ahora. Pero ¿para qué hablar de América? Basta oír cualquier discurso de Melnitchavski para reconocer en él al funcionario oportunista, más familiarizado con el ”purcellismo” que con el leninismo.

6. A la llegada de nuestro grupo a Petrogrado fuimos recibidos en la estación de Finlandia, en nombre del Comité Central del Partido bolchevique, por Feodorov, miembro del Comité Central. En su alocución planteó abiertamente el problema de las etapas futuras de la Revolución: la dictadura del proletariado y el desenvolvimiento del socialismo. Yo suscribí por completo esta manera de formular las tareas de la Revolución. Más tarde, Feodorov me dijo que la parte principal de su discurso había sido formulada de acuerdo con Lenin, o más exactamente todavía, a petición de Lenin, que, huelga decirlo, consideraba este problema como el más decisivo para la posibilidad de una colaboración.

7. Debo decir que no entré inmediatamente después de mi llegada del Canadá en la organización de los bolcheviques. ¿Por qué? ¿Acaso porque existían desacuerdos entre nosotros? Hoy se trata de fabricarlos. Pero cuantos formaban parte, en 1917, del núcleo central de los bolcheviques saben que, desde el primer día, no se hizo la menor alusión a ninguno de mis desacuerdos con Lenin.

A mi llegada a Petrogrado, o, mejor dicho, desde mi bajada del tren en la estación de Finlandia, supe por varios camaradas, que habían salido a esperarme, que existía en Petrogrado una organización de internacionalistas revolucionarios (denominada la Organización de los barrios de Petrogrado) que retrasaba la fusión con los bolcheviques. Esto era debido a que varios de los dirigentes de esta organización esperaban mi llegada para el arreglo de esta cuestión. Uritski, A. A. Joffe, Lunatcharski, Jureniev, Karakhán, Vladimirov,

Manuilski, Pozevn y Litkeus formaban parte, entre otros, de dicha organización, que englobaba alrededor de 3.000 obreros de Petrogrado.

En las notas que figuran en el XVI volumen de las obras de Lenin, esta organización es caracterizada de la manera siguiente:

”Respecto de la guerra, los miembros de la Organización de los barrios adoptaban el punto de vista internacionalista, y, por su táctica, hallábanse cerca de los bolcheviques.” (Páginas 488-489.)

Desde los primeros días de mi llegada le declaré, primero a Kamenev, y después a la Redacción de la *Pravda*, en presencia de Lenin, Zinoviev y Kamenev, que estaba dispuesto a entrar en seguida en la organización bolchevique, teniendo sobre todo en cuenta que entre unos y otros no había desacuerdos, pero que era necesario arreglar lo antes posible el problema de hacer ingresar en el Partido a los elementos de la Organización de los barrios. Recuerdo que alguien me preguntó cómo podría llevarse a cabo, según mi opinión, la fusión (es decir, qué miembros de la Organización de los barrios entrarían a formar parte de la Redacción de la *Pravda*, quiénes del Comité Central, etc.). Yo respondí que esta cuestión no tenía para mí ninguna importancia política, desde el momento que no existían desacuerdos entre nosotros.

En la Organización de los barrios se encontraban elementos que retardaban la fusión, a consecuencia de las condiciones que formulaban. Como siempre en parecidas circunstancias, habíanse acumulado antiguas quejas, cierta desconfianza, etc., entre el Comité de Petrogrado del Partido y la Organización de los barrios. Fue esto, y únicamente esto, lo que retardó la fusión.

8. El camarada Raskolnikov ha emborronado no poco papel en estos últimos tiempos para oponer mi actitud a la de Lenin en 1917. Resultaría demasiado molesto reproducir citas, ya que, después de todo, estas falsificaciones no se diferencian de otras del mismo género.

Pero quizá no sea inútil recordar las palabras que ese mismo Raskolnikov ha escrito anteriormente sobre este mismo periodo:

”Los ecos de los desacuerdos del período de la anteguerra habían desaparecido completamente. Entre la táctica de Lenin y la de Trotski no existía ninguna diferencia. Esta aproximación, que se había esbozado ya durante la guerra, se precisó muy netamente desde el regreso de Leon Davidovitch (Trotski) a Rusia. Desde sus primeros discursos, todos nosotros, viejos bolcheviques, comprendimos que era nuestro” (“En las prisiones de Kerenski”, *Proletarskaia Revoliutsia*, números 10-22, 1923, págs. 150-152.)

Esas palabras no fueron escritas para demostrar o para desmentir algo, sino simplemente para referir cómo ocurrieron las cosas. Posteriormente, Raskolnikov ha demostrado que sabe también contar lo que no ha sucedido nunca. Con ocasión de la reedición de sus artículos, publicados por los órganos de la Sección Histórica del Partido, Raskolnikov ha cortado cuidadosamente la relación de lo sucedido para sustituirla por otra totalmente imaginaria.

Quizá no debiera detenerme a examinar la conducta del camarada Raskolnikov, pero vale la pena porque el caso es verdaderamente típico y escandaloso.

En la crítica del tercer volumen de mis obras (“Krasnaïa Nov”, núms. 7-8, 1924, págs. 395-401), Raskolnikov pregunta:

”¿Cuál era, en 1917, la posición del camarada Trotski?” Y responde:

”El camarada Trotski se consideraba todavía miembro del mismo Partido que los mencheviques Tseretelli y Skobelev.”

Y más lejos:

”El camarada Trotski no había precisado todavía su actitud respecto del bolchevismo y del menchevismo. Por aquel entonces, Trotski ocupaba una posición vacilante, incierta, intermedia.”

Os preguntáis seguramente cómo pueden conciliarse esas declaraciones, verdaderamente impúdicas, con los escritos de ese mismo Raskolnikov reproducidos más arriba, es decir, ”los ecos de los desacuerdos del período de la anteguerra habían desaparecido completamente.” Si Trotski no había precisado su actitud respecto del bolchevismo y del menchevismo, ¿cómo es posible que ”todos nosotros, viejos leninistas, comprendimos que era nuestro?”

Y no es eso todo. En un artículo del mismo Raskolnikov, publicado en 1923 en la revista *Proletarskaia Revoliutsia*, número 5, págs. 71-72, bajo el título: ”Las jornadas de julio”, dice:

”Leon Davidovitch (Trotski) no pertenecía todavía formalmente a nuestro Partido; pero, en realidad, desde su retorno a América trabajó constantemente en su seno. Después de su primer discurso en el Soviet, le mirábamos todos como uno de los jefes de nuestro Partido.”

Parece que la cosa está bastante clara y que resulta muy difícil darle una interpretación gratuita. Pero ¿qué hacer? Calumnia, que algo queda. ¡Y qué calumnia! Una calumnia sistemáticamente organizada, apoyada por medio de órdenes y de circulares.

Con el fin de que la conducta de Raskolnikov, que, por otra parte, caracteriza no ya su persona, sino todo un sistema de dirección y de educación, se nos aparezca en toda su belleza, véome obligado a hacer una cita más completa de su artículo ”En las prisiones de Kerenski”. Dice así:

”Trotski le profesaba un inmenso respeto a Vladimir Ilitch. Lo colocaba más alto que a todos los contemporáneos que había conocido en Rusia y en el extranjero. En la manera en que Trotski hablaba de Lenin comprendíase el cariño del discípulo. En aquel momento Lenin contaba treinta años de acción al servicio del proletariado y Trotski veinte años. Los rastros de los desacuerdos del período de la anteguerra habían desaparecido completamente. Entre la táctica de Lenin y la táctica de Trotski no existía ninguna diferencia.”

”Esta aproximación, que se había esbozado ya durante la guerra, se había claramente precisado desde el regreso de Leon Davidovitch a Rusia. Desde sus primeros discursos, todos nosotros, viejos leninistas, sentimos que era nuestro.”

Ni que decir tiene que el testimonio de Raskolnikov sobre la actitud de Trotski hacia Lenin no le impide en manera alguna inventar ”una carta de Trotski a Tcheidze” para documentación de los jóvenes miembros del Partido.

Hay que añadir que, a causa de su trabajo, Raskolnikov me vio frecuentemente durante el año 1917, me condujo a Cronstadt, me pidió varias veces consejo y tuvo varias conversaciones conmigo, en la cárcel y fuera de ella. Sus recuerdos son a este respecto un precioso testimonio, mientras que sus rectificaciones ”ulteriores” no son otra cosa que el producto de un trabajo de falsificación ejecutado por encargo.

Antes de dejar a Raskolnikov veamos cómo describe en sus memorias la lectura hecha por el juez de instrucción de las acusaciones de Ezmolenka respecto del oro alemán:

”Durante la lectura de las acusaciones nosotros lanzábamos de vez en cuando observaciones irónicas; pero cuando la voz impasible del juez de instrucción llegó al nombre, querido entre todos, del camarada Lenin, Trotski no pudo contenerse: dio un puñetazo sobre la mesa, se irguió y declaró con indignación que se negaba a escuchar tan cobardes y falsas acusaciones. No pudiendo contener nuestra indignación ante una falsificación tan evidente, todos nosotros, sin excepción, apoyamos ardientemente al camarada Trotski.”

La indignación ”ante una falsificación tan evidente” es un sentimiento muy natural. Pero, aun así y todo, despreciando también las pequeñas falsificaciones de Raskolnikov (bastante evidentes), se plantea la cuestión: ”¿Cuál es hoy la actitud de Raskolnikov, que ha pasado por

la escuela de Stalin, respecto de la reciente invención de Ezmolenka sobre el oficial de Wrangel y el complot contrarrevolucionario?”

Mayo-octubre de 1917

9. Varios de los documentos de los bolcheviques, durante los meses de mayo, junio y julio de 1917, fueron escritos por mí o bajo mi dirección, y especialmente la declaración de la fracción bolchevique ante el Congreso de los Soviets sobre la ofensiva militar en preparación (primer Congreso de los Soviets), la carta del Comité Central del Partido bolchevique al Comité Central Ejecutivo durante las jornadas de julio, etc. He encontrado varias resoluciones bolcheviques de entonces, de las cuales soy autor o en cuya redacción he participado. Todos los camaradas saben que en los discursos que pronuncié en todos los mítines me identifiqué constantemente con los bolcheviques.

10. No sé qué ”historiador marxista” de la nueva escuela se ha esforzado recientemente por descubrir desacuerdos entre Lenin y yo respecto de las jornadas de julio. ¡Todos se esfuerzan por aportar su óbolo con el fin de que les sea devuelto con creces! ¡Hay que vencer la repugnancia para decidirse a refutar tales falsificaciones! No argumentaré con recuerdos, sino recurriré a los documentos. En una declaración dirigida al Gobierno provisional escribí entonces:

”1. Comparto la posición de principio de Lenin, Zinoviev y Kamenev, que he desarrollado en el *Vpierod* y, de una manera general, en todos mis discursos públicos.

3. El hecho de que yo no colabore en la *Pravda* y de que no me adhiera a la organización bolchevique se explica no por la existencia de desacuerdos políticos, sino por nuestra actividad política pasada, que ya ha perdido hoy toda importancia.” (Trotski, III volumen, primera parte, páginas 165-166.)

11. Inmediatamente después de las jornadas de julio, la presidencia socialista revolucionaria menchevique del Comité Central Ejecutivo convocó a una sesión de este último. La fracción bolchevique de la sesión me invitó a redactar el informe sobre la situación actual y las tareas del Partido. Este hecho acontecía *antes* de la unificación formal y a pesar de que Stalin se encontraba en Petrogrado. Los ”historiadores marxistas” de la nueva escuela no existían todavía, y los bolcheviques reunidos allí aprobaron unánimemente las ideas esenciales de mi informe sobre las jornadas de julio y las tareas del Partido. La prueba de ello se encuentra en la Prensa y, particularmente, en las Memorias de N. I. Muralov.

12. Sabido es que Lenin no pecaba por exceso de confianza en los individuos cuando se trataba de la posición ideológica o de la actitud política a observar en los momentos difíciles, y que, sobre todo, estaba muy lejos de demostrar la menor ternura hacia los revolucionarios que durante el precedente período habíanse encontrado fuera del Partido bolchevique. Fueron precisamente las jornadas de julio las que destruyeron los últimos vestigios de las antiguas barreras. En su carta al Comité Central respecto a la lista de los candidatos a la Asamblea constituyente, Vladimir Ilitch escribía:

”Es completamente inadmisibile que haya un número tan excesivo de candidatos escogidos entre personas poco probadas y adheridas recientemente a nuestro Partido (I. Larin, por ejemplo)... Es menester revisar urgentemente la lista y rectificarla...”

Claro está que... nadie puede pensar en discutir una candidatura como la de L. D. Trotski, por ejemplo, puesto que: 1.º, desde su llegada, Trotski ha demostrado una actitud internacionalista; 2.º, ha combatido entre los miembros de la Organización de los barrios en favor de la fusión; 3.º, durante las graves jornadas de julio se ha mostrado a la altura de su cometido y partidario ferviente del Partido del proletariado revolucionario. Claro que no puede decirse otro tanto de una cantidad

de nuevos miembros del Partido que figuran en la lista...” (El primer Comité bolchevique legal de Petrogrado en 1917, Sección Histórica del Partido, Leningrado, págs. 305-306.)

13. La cuestión de nuestra actitud respecto del pre-Parlamento fue discutida en ausencia de Lenin. Yo tomé la palabra en calidad de informador de los bolcheviques boicoteados. Sabido es que la mayoría de la fracción bolchevique de la Asamblea democrática de Moscú se pronunció contra el boicot. Lenin apoyó resueltamente a la minoría. He aquí lo que escribió el Comité Central a este respecto:

”Es menester boicotear al pre-Parlamento. Es necesario entrar en el Soviet de los diputados obreros, soldados y campesinos; entrar en los Sindicatos y, en general, ir hacia las masas. Hay que atraer a éstas a la lucha. Es necesario darles una consigna clara y justa, derrotar a la banda bonapartista de Kerenski con su semi-pre-Parlamento, de esta Duma Tseretelli-Buliginski. Incluso después del asunto de Kornilov, los mencheviques y los socialistas revolucionarios no han aceptado nuestro compromiso de entregarles pacíficamente el Poder a los Soviets (en los cuales no disponíamos todavía de la mayoría); han preferido caer de nuevo en la charca de las vergonzosas y viles combinaciones con los cadetes. ¡Abajo los mencheviques y los socialistas revolucionarios! ¡Combatámosles implacablemente! ¡Arrojémosles despiadadamente de todas las organizaciones revolucionarias! ¡Nada de conversaciones, nada de relaciones con esos amigos de Kichkin, de los grandes terratenientes kornilovistas y de los capitalistas!

Sábado, 23 de septiembre.

Trotsky se ha manifestado partidario del boicot. ¡Bravo, camarada Trotsky! El boicot ha sido derrotado en la fracción de los bolcheviques que han asistido a la Asamblea democrática.

¡Viva el boicot!” (*Proletarskaia Revoliutsia*, núm. 3, 1924.)

14. Respecto a mi participación en la Revolución de Octubre, Lenin dice en el XVI volumen de sus obras:

”Cuando el Soviet de Petrogrado hubo pasado a manos de los bolcheviques, Trotsky fue elegido presidente, y en calidad de tal organizó y dirigió la insurrección del 25 de octubre.” (Pág. 482.)

Que la Sección Histórica del Partido – si no la Sección actual, la Sección futura – averigüe lo que hay de cierto o de falso en esa apreciación de Lenin. Lo que yo puedo decir, en todo caso, es que el camarada Stalin ha negado, en estos últimos años, y de una manera categórica, la exactitud de esto. He aquí sus declaraciones:

”Debo decir que el camarada Trotsky no jugó ni pudo jugar ningún papel particular en la insurrección de Octubre; que en su calidad de presidente del Soviet de Petrogrado se limitaba a ejecutar la voluntad de las instancias interesadas del Partido, las cuales dirigieron todos los pasos del camarada Trotsky.”

Y más lejos:

”El camarada Trotsky, hombre relativamente nuevo para nuestro Partido, durante el período de Octubre no jugó ni pudo jugar ningún papel particular ni en el Partido ni en la insurrección de Octubre.” (A propósito del trotskismo. *Trotskismo o leninismo*, págs. 68-19.)

Bien es verdad que, al aportar este testimonio, Stalin olvidaba lo que él mismo decía el 6 de noviembre de 1918, es decir, con ocasión del primer aniversario de la Revolución, cuando los hechos y los acontecimientos permanecían todavía frescos en la memoria de todos. Ya en aquellos momentos Stalin realizaba contra mí la misma campaña que tan ampliamente ha desarrollado ahora. Pero entonces se veía obligado a obrar con mucha mayor prudencia y disimulo. He aquí lo que escribía en la *Pravda* (núm. 241) bajo el título: ”El papel de los principales militantes del Partido”:

”Todo el trabajo de organización práctica de la insurrección se efectuó bajo la dirección inmediata de Trotsky, presidente del Soviet de Petrogrado. Puede decirse con seguridad que la adhesión de la

guarnición al Soviet y la hábil organización del trabajo del Comité de guerra revolucionaria se los debe el Partido, ante todo y sobre todo, al camarada Trotski.”

Estas palabras, que en aquella época no fueron escritas indudablemente como elogios exagerados – el propósito de Stalin era, por el contrario, muy otro; pero más vale no detenernos en esto –, parecen hoy totalmente increíbles, sobre todo escritas por Stalin. Ya hace tiempo que se ha dicho que un hombre que dice la verdad tiene la ventaja de no contradecirse nunca, incluso si su memoria no le responde, mientras que un hombre desleal, falso y sin escrúpulos, debe recordar siempre lo que dijo en el pasado para no cubrirse de vergüenza.

15. Con el concurso de los Yaroslavski, el camarada Stalin se esfuerza por fabricar una nueva historia de la organización de la insurrección de Octubre, apoyándose en la creación cerca del Comité Central “de un centro práctico para la organización y la dirección de la insurrección”, del cual no formaba parte Trotski. Ahora bien; tampoco Lenin formaba parte de esta Comisión. Este solo hecho prueba que la Comisión en cuestión no podía tener más que una importancia secundaria de organización. No jugó ningún papel independiente. Se fabrica actualmente la leyenda de esta Comisión únicamente porque Stalin fue miembro de ella. Esta Comisión se componía de “Sverdlov, Stalin, Dzerjinski, Bubnov, Urítski”. Cualquiera que sea la repugnancia que uno sienta al hojear las inmundicias, permítaseme, como actor relativamente próximo y como testigo de los acontecimientos de aquella época, que aporte el siguiente detalle:

Evidentemente, el papel representado por Lenin no necesita ser aclarado. En aquellos momentos yo veía frecuentemente a Sverdlov, al cual le pedía consejo y colaboradores. El camarada Kamenev, que, como es sabido, ocupaba entonces una posición especial – posición cuya falsedad ha reconocido hace ya largo tiempo –, tomó, no obstante, una parte de las más activas en los acontecimientos de la Revolución. La noche decisiva del 25 al 26 de octubre la pasamos los dos al lado de Kamenev en el local del Comité de guerra revolucionario, respondiendo a las preguntas telefónicas, dando órdenes. Pues a pesar de todos los esfuerzos de mi memoria, me es literalmente imposible recordar en qué consistió el papel de Stalin durante esta jornada decisiva. Yo no me dirigía a una sola vez, sea para un consejo o para pedirle apoyo. El no manifestó ninguna iniciativa ni formuló la menor proposición personal. Y a este respecto ningún “historiador marxista” de la nueva hornada puede falsear la verdad.

Adición necesaria

En el transcurso de los últimos años, Stalin y Yaroslavski se han esforzado en demostrar que el “centro práctico” para la organización y la dirección de la insurrección, *creado por el Comité Central y compuesto por Sverdlov, Stalin, Bubnov, Urítski y Dzerjinski*, fue el que realmente dirigió la insurrección. Stalin subraya el hecho de que Trotski no fuera miembro del mismo. Pero, ¡ay!, gracias a una evidente negligencia de los historiadores stalinianos, encontramos en la *Pravda* del 2 de noviembre de 1927 (es decir, después de escrita la presente carta) un extracto de las reseñas del Comité Central de los días 16 al 19 de octubre de 1927, y que dice:

“El Comité Central organiza un centro militar revolucionario compuesto por los camaradas Sverdlov, Stalin, Bubnov, Urítski y Dzerjinski. ESTE CENTRO FORMA PARTE INTEGRANTE DEL COMITÉ REVOLUCIONARIO DE LOS SOVIETS.”

El Comité revolucionario de los Soviets fue precisamente el Comité militar revolucionario. No existía otro órgano soviético para la dirección de la insurrección. Por consiguiente, esos cinco camaradas designados por el Comité Central debían completar el Comité militar revolucionario, cuyo presidente era Trotski. Resulta evidente que no era menester designar a

Trotsky otra vez, puesto que era ya el presidente de esta organización. ¡Resultaba bastante difícil corregir la Historia! (11 de noviembre de 1927.)

La historia de la Revolución de Octubre

En Brest-Litovski escribí un folleto sobre la Revolución de Octubre. De este libro se han hecho numerosas ediciones en diversos idiomas. Nadie me ha dicho nunca que haya omitido algo importante y que no haya hecho referencia en parte alguna al órgano dirigente *principal* de la insurrección: al "centro militar revolucionario", cuyos miembros eran Stalin y Bubnov. Si tan mal conocía la historia de la Revolución de Octubre, ¿por qué no se me ha advertido de este error? ¿Por qué en el transcurso de los primeros años de la Revolución se han servido impunemente de mi libro como manual de todas las escuelas del Partido?

Pero todavía más: en 1922, la Oficina de organización del Comité Central estimaba que la historia de la Revolución de Octubre me era lo suficientemente conocida. He aquí una confirmación muy breve, pero elocuente:

"Núm. 14.302.

Moscú, 24 de mayo de 1922

Al camarada Trotsky:

Tenemos el gusto de comunicarle el siguiente extracto de la reseña de la sesión de la Oficina de organización del Comité Central del 22 de mayo de 1922, núm. 21:

Se encarga al camarada Yakovlev la redacción para el 1 de octubre, bajo la dirección del camarada Trotsky, de un manual de la historia de la Revolución de Octubre.

El secretario (Sección de propaganda) "(Firma.)

Esta carta es de mayo de 1922. Mi libro sobre la Revolución de Octubre y el otro sobre 1905, publicados hasta esta época en varias ediciones, debían ser conocidísimos por la Oficina de organización, presidida ya entonces por Stalin. Sin embargo, la Oficina de organización creía necesario encargarme de la redacción del manual sobre la Revolución de Octubre. ¿Como explicar esto? Según se ve, los ojos de Stalin y de los stalinistas no se han abierto para ver el "trotskismo" más que al cerrarse los ojos de Lenin para siempre.

Documentos perdidos

16. Después de la Revolución de Octubre surgieron graves desacuerdos en las altas esferas del Partido sobre la actitud que se debía adoptar respecto de los otros partidos "socialistas". (¿Gobierno bolchevique homogéneo o acuerdo con los mencheviques y los socialistas revolucionarios?) El 11-14 de noviembre, Lenin tomó la palabra sobre esta cuestión en la sesión del Comité de Petrogrado del Partido. Las actas del Comité Central de 1917 han sido publicadas con ocasión del décimo aniversario de la Revolución de Octubre. En esta edición figuraba primeramente el acta de la sesión del 11-14 de noviembre de 1917. Este acta fue mencionada en la primera composición del sumario; pero en virtud de orden procedente de la dirección fue retirada y ocultada al Partido. Las razones no son difíciles de comprender. Sobre la cuestión del acuerdo con los otros partidos "socialistas", Lenin habíase expresado en dicha sesión en la forma siguiente:

"No puedo ni siquiera hablar en serio respecto del acuerdo. Trotsky ha dicho hace ya bastante tiempo que el acuerdo era imposible. Trotsky lo ha comprendido y, desde entonces, no ha habido mejor bolchevique que él."

Su discurso se terminó con la consigna:

"¡Por un Gobierno bolchevique homogéneo sin ningún compromiso!"

Según se dice, el Instituto Histórico del Partido cerca del: Comité Central ha dado orden de retirar dicha acta con el pretexto de que "indudablemente" el discurso de Lenin no fue transcrito exactamente. Es verdad: el discurso de Lenin no está en manera alguna de acuerdo con la historia de la Revolución de Octubre que se describe hoy.

17. Es conveniente señalar que la susodicha acta de la sesión del Comité de Petrogrado del Partido es una prueba de la forma en que Lenin se comportaba con respecto a las cuestiones de disciplina, sobre todo en los casos en que e intentaba aprovechar la disciplina para disimular una actitud netamente oportunista. A propósito del informe del camarada Feinikhtein. Lenin declaró:

"Si la escisión se produce, tanto peor. Si obtenéis la mayoría, apoderaos del Comité Central Ejecutivo y obrad. Nosotros recurriremos a los marinos."

Gracias a esta forma valiente, radical, intransigente, de plantear la cuestión, Lenin salvó al Partido de la escisión. Una disciplina de hierro, pero sobre la base de una conducta revolucionaria. El 4 de abril, en la Conferencia del Partido (de la cual oculta Stalin las actas), Lenin decía:

"Nuestros propios bolcheviques confían en el Gobierno. Esto únicamente puede explicarse por la fiebre de la Revolución. Es la muerte del socialismo. ¿Tenéis confianza en el Gobierno, camaradas? Si es así, no podemos seguir por el mismo camino."

Y más abajo:

"Yo creo que en Rusia existe una tendencia en favor de la unión, de la unión con los 'partidarios de la guerra hasta el fin'. Es ésta una traición al socialismo. Yo creo que vale más quedarse solos, como Liebknecht: uno contra ciento diez."

18. ¿Por qué planteó Lenin de una manera tan brutal la cuestión de uno contra ciento diez? Porque en la Conferencia de marzo de 1917 las tendencias semiconciliadoras tenían mucha fuerza.

En esta Conferencia, Stalin sostenía la moción del Soviet de diputados de Krasnoianks, que decía:

"Es menester sostener la acción del Gobierno provisional, mientras éste dé satisfacción a las reivindicaciones de la clase obrera y de los campesinos revolucionarios en la revolución en curso."

Mejor todavía: Stalin era partidario de la unión con Tseretelli. He aquí un extracto exacto del acta:

"Orden del día: Proposición de Unión con Tseretelli.

Stalin: Debemos aceptar. Debemos definir nuestras proposiciones para la unión. La unión es posible sobre la base de Zimmerwald-Kienthal."

A las objeciones de varios miembros de la Conferencia, haciendo observar que la unión sería demasiado disparatada, Stalin respondió:

"No debemos anticipar ni prevenir desacuerdos. El Partido no vive sin desacuerdos. Los pequeños desacuerdos pueden ser liquidados en el Partido."

Stalin consideraba que los desacuerdos con Tseretelli eran "pequeños desacuerdos". Respecto de los adeptos de Tseretelli, Stalin era partidario de una amplia democracia: "El Partido no vive sin desacuerdos."

19. Y ahora permitidme que os pregunte, camaradas directores de la Sección Histórica del Partido, por qué no han sido publicadas hasta ahora las actas de la Conferencia del Partido de marzo de 1917. Vosotros enviáis cuestionarios con numerosas preguntas en apretadas columnas. Reunís los más ínfimos detalles, algunos de los cuales carecen de todo interés. ¿Por

qué ocultáis, pues, las actas de la Conferencia de marzo, que, para la historia del Partido, son de una importancia inmensa? Esas actas nos muestran las disposiciones de los elementos dirigentes del Partido en vísperas del regreso de Lenin a Rusia. Yo he preguntado varias veces al Secretariado del Comité Central y a la Oficina de la Comisión Central de Control por qué la Sección Histórica le oculta al Partido ese documento de una importancia fundamental. Vosotros conocéis ese documento y le guardáis. Y no se publica porque compromete cruelmente la conducta política de Stalin a fines de marzo y comienzos de abril, es decir, durante el período en que Stalin se esforzaba por formular "independientemente" una línea política.

20. En el mismo discurso pronunciado por Lenin en la Conferencia del 4 de abril declaró:

"La *Pravda* reclama del Gobierno que renuncie a las anexiones. Es una estupidez, una burla escandalosa de..."

El acta no ha sido completada. Encierra no pocas lagunas, pero la idea general y el sentido del discurso son absolutamente claros. Stalin era uno de los redactores de la *Pravda*, donde escribía artículos sosteniendo al Gobierno provisional, porque lo juzgaba necesario. Aun cuando formulaba ciertas reservas, Stalin se felicitaba del Manifiesto de Kerenski-Tseretelli a todos los pueblos, documento socialpatriota mentiroso que no provocó más que la indignación de Lenin.

He aquí por qué, camaradas del Instituto Histórico del Partido, no publicáis las actas de la Conferencia de marzo de 1917 y se las disimuláis al Partido.

21. He citado anteriormente el discurso que Lenin pronunció en la sesión del Comité de Petrogrado del Partido del 11 al 14 de noviembre. ¿Dónde ha sido publicada la reseña? En ninguna parte. ¿Por qué? Porque lo habéis prohibido vosotros. Últimamente ha sido editada una compilación de las actas del primer Comité legal de Petrogrado, en 1917. Digamos ante todo que esa compilación contenía el acta de la sesión del 11-14 de noviembre, como lo menciona el sumario compuesto ya. Pero después, por orden del Instituto Histórico del Partido, dicha acta fue suprimida de la obra so pretexto de que, "evidentemente", el discurso de Lenin había sido deformado durante la transcripción por el secretario. ¿En qué consiste esta "evidente" deformación? En que ese discurso de Lenin es una despiadada refutación de las falsas afirmaciones de la actual escuela histórica de Stalin-Yaroslavski respecto de Trotski. Cuantos han conocido el estilo oratorio de Lenin reconocerán sin vacilar la autenticidad de las frases transcritas. En las palabras de Lenin sobre el acuerdo, detrás de su amenaza: "Nosotros recurriremos a los marinos", se siente vivir al Lenin de entonces. Lo habéis ocultado al Partido. ¿Por qué? A causa de la opinión de Lenin sobre Trotski. Nada más.

Ocultáis las actas de la Conferencia de marzo de 1917 porque comprometen a Stalin. Ocultáis las actas de la sesión del Comité de Petrogrado únicamente porque impiden el trabajo de falsificación dirigido contra Trotski.

22. Dejadme evocar de paso un episodio relativo al camarada Rikov. La reimpresión, en las Memorias del Instituto de Lenin, de un artículo de Lenin que contiene algunas líneas desagradables sobre Rikov, ha sorprendido a muchos camaradas. He aquí lo que dice un párrafo del artículo de Lenin:

"La *Rabotchaia Gazeta*, órgano de los mencheviques internacionalistas, trata de molestarnos recordando que en 1911 la policía detuvo al bolchevique-conciliador Rikov con el fin de 'dejar en libertad' de movimiento a los bolcheviques de nuestro Partido 'en vísperas de las elecciones a la cuarta Duma'." (La *Rabotchaia Gazeta* lo subraya muy particularmente.)

Así, pues, Lenin coloca al Rikov de 1911 entre los bolcheviques fuera del Partido. ¿Cómo han podido ser publicadas esas líneas? ¿No es cierto que actualmente no se extraen de los escritos

de Lenin más que los pasajes más densos contra los opositores? Respecto de los representantes de la mayoría actual, nada más se autoriza la publicación de los elogios (si los hay). ¿Cómo, pues, en estas condiciones han podido aparecer en la Prensa las anteriores frases? Todo el mundo se explica este hecho de la misma manera: los historiadores stalinistas juzgan necesaria una completa objetividad (¡ya, ya!) respecto a Rikov.

A propósito de Yaroslavski

23. Yaroslavski dedica al autor de estas líneas las nueve décimas partes de sus calumnias y de sus falsificaciones. Resulta difícil imaginar mentiras más torpes y confusas y al mismo tiempo más venenosas. No hay que creer, no obstante, que Yaroslavski haya sido siempre así. Ha escrito, incluso, de una manera muy diferente. Con la misma pesadez, con la misma insipidez; pero en un sentido diametralmente opuesto. En la primavera de 1923, Yaroslavski dedicó un artículo a los comienzos de la actividad literaria y política del autor de estas líneas. El artículo en cuestión es un vehemente panegírico, de una lectura insoportable. Uno no puede citarlo sin violentarse, pero hay que resignarse, sin embargo. En su calidad de encargado de las investigaciones, Yaroslavski enfrenta voluptuosamente a los comunistas culpables de haber hecho circular el testamento de Lenin, las cartas de Lenin sobre los problemas internacionales y otros documentos sospechosos, en los cuales Lenin se permitió la audacia de criticar a Stalin. Enfrentemos a Yaroslavski consigo mismo:

”La brillante actividad literaria y periodística del camarada Trotski – escribía Yaroslavski en 1923 – le han conquistado el renombre de ‘rey de los panfletistas’. Así le llama el escritor inglés Bernard Shaw. Los que han seguido durante un cuarto de siglo su actividad se han podido convencer de que ese talento de panflecionista y de polemista se ha desarrollado, elevado, extendido durante los años de nuestra Revolución proletaria. Pero ya desde el comienzo de esta actividad claramente podía verse que nos encontrábamos en presencia de un gran talento. Todos sus artículos periodísticos desbordaban inspiración. Todos se distinguían por su sentido pintoresco, por su elocuencia. Y, no obstante, en aquella época estaba obligado a escribir bajo la opresión de la censura zarista, que censuraba el pensamiento y el estilo de cuantos intentaban elevarse por encima de lo vulgar. Pero las fuerzas subterráneas en gestación eran tan grandes, tan fuertes los latidos del corazón del pueblo en pleno despertar, tan violentos de antagonismos que surgían, que no había un solo censor capaz de ahogar el espíritu creador que manaba de personalidades tan brillantes como, por ejemplo, L. D. Trotski.

Probablemente son muchos los que han tenido ocasión de ver una fotografía, bastante difundida, de Trotski en su juventud, durante su primera deportación a Siberia: fogosa cabellera, labios característicos, alta frente. Bajo esta cabellera y bajo esta frente poderosa hervía ya un torrente impetuoso de imágenes, de ideas y de disposiciones de espíritu, que a veces arrestraban al gran camarada Trotski por la orilla del gran camino histórico y le obligaban, a veces, a escoger sendas un tanto apartadas o, por el contrario, a introducirse bravamente por callejones sin salida. Pero en todos esos esfuerzos estábamos seguros de tener ante nosotros a un hombre profundamente adicto a la Revolución, hecho para jugar el papel de tribuno, cuya palabra, incisiva, flexible como el acero, cortaba a los adversarios en pedazos, y cuya pluma dejaba caer a manos llenas (?) obras maestras de un pensamiento exuberante.”

Y más adelante:

”Los artículos que poseemos comprenden un período de más de dos años, que va del 15 de octubre de 1900 al 12 de septiembre de 1902. Los camaradas de Siberia leían apasionadamente estos brillantes artículos y aguardaban con impaciencia su publicación. Sólo unos cuantos sabían quién era su autor, y los que conocían a Trotski estaban muy lejos de creer que sería uno de los jefes reconocidos del ejército revolucionario y de la Revolución más grande que ha conocido el mundo.”

Y, en fin, para terminar:

”El camarada Trotski proclamó más tarde su protesta contra el pesimismo de la clase intelectual rusa. La ha proclamado, no por medio de palabras, sino por medio de actos, codo con codo con el proletariado revolucionario de la gran Revolución proletaria. Para ello ha necesitado no poca energía. La aldea siberiana no las había matado en él; lo único que hizo fue convencerle más aún de la necesidad de hacer tabla rasa de todo este régimen, bajo el cual eran posibles los hechos que él mismo describía.” (“Sibirskie Ogni”, núm. 1-2, enero-abril de 1926.)

Si Yaroslavski ha dado una voltereta de 180 grados al círculo en el curso de sus apreciaciones ulteriores, debemos reconocer, a pesar de todo, que, en cierto sentido, ha permanecido indefectiblemente fiel a sí mismo: es tan insoportable en los elogios como en las calumnias.

A propósito de Olminski

24. Sabido es que Olminski no ha ocupado el último puesto entre los encargados de ”desenmascarar” el ”trotskismo”. Se indignó muy particularmente contra un libro sobre la Revolución de 1905, publicado primeramente en alemán. Sin embargo, también Olminski ha mantenido dos opiniones a este respecto: una en vida de Lenin; otra en tiempos de Stalin.

En octubre de 1921 alguien planteó la cuestión de la publicación de mi libro 1905 por el Instituto Histórico del Partido. Olminski me escribió sobre esto la siguiente carta:

”Querido Leon Davidovitch:

El Instituto Histórico publicará con gran placer, naturalmente, su libro en ruso. Pero el problema consiste en saber quién debe hacer la traducción. ¡No se le puede confiar a cualquiera la traducción de un libro de Trotski! Toda la belleza y particularidad de estilo se perderían. ¿No podría usted robar una hora diaria a sus otros importantísimos trabajos de Estado para dedicarla a ese trabajo, muy importante también? ¿No puede usted dictárselo a un mecanógrafa?

Otra pregunta: ¿Por qué no prepara usted una edición completa de sus trabajos literarios? Podría usted encargarle este trabajo a alguien que lo hiciese bajo su dirección. ¡Ya es hora de hacerlo! De otro modo, la nueva generación, que conoce insuficientemente la historia del Partido, que desconoce las viejas y nuevas publicaciones de sus jefes, se expone a desviarse siempre del camino.

Le devuelvo el libro con la esperanza de volverlo a recibir con el texto en ruso.

Suyo,

M. OLMINSKI.

17-10-1921.”

Así se expresaba Olminski a fines de 1921, es decir, después de los desacuerdos sobre la paz de Brest-Litovski y sobre los Sindicatos, desacuerdos a los cuales Olminski y compañía han tratado más tarde de atribuirles una importancia exagerada. A fines de 1921, Olminski estimaba que la edición del libro 1905 constituía ”un importante trabajo de Estado”. Olminski fue el iniciador de la publicación de mis obras, que juzgaba necesarias para la educación de los miembros del Partido. En el otoño de 1921 Olminski no era ya miembro de las Juventudes... Conocía el pasado. Conocía mejor que cualquier otro mis discrepancias con los bolcheviques. El mismo ha tomado parte en las polémicas contra mí durante los pasados años. Y todo esto no le impedía insistir, en el otoño de 1921, respecto a la publicación de mis obras completas en provecho de la joven generación. ¿No sería Olminski ”trotskista” en 1921?

Dos palabras sobre Lunatcharski

25. El camarada Lunatcharski es también uno de los detractores de la oposición. Nos acusa, como los otros, de pesimismo y de escepticismo. Este papel le sienta a maravilla. Imitando a los otros, Lunatcharski trata no solamente de oponer el trotskismo al leninismo, sino también de aportar – de una manera disimulada – todo género de insinuaciones de índole personal.

Como tantos otros, Lunatcharski es capaz de escribir sobre una sola y misma cuestión tan pronto de una forma como de otra. En 1923 publicó un folleto titulado *Siluetas revolucionarias*. Este folleto contiene un capítulo dedicado a mí. No citaré entero dicho capítulo a causa de la exageración de los elogios que me dedica. Mencionaré solamente dos pasajes en que Lunatcharski habla de mi actitud hacia Lenin:

”Trotsky es un carácter mordaz e imperioso. Únicamente en sus relaciones con Lenin, después de su unión con él, ha mostrado siempre, y muestra todavía, una condescendencia delicada y conmovedora, y con una modestia característica de los hombres verdaderamente grandes reconoce la superioridad de Lenin.”

Y algunas páginas más adelante decía:

”Cuando Lenin recibió la herida que nos parecía mortal, nadie mejor que Trotsky expresó nuestros sentimientos. En medio de la terrible borrasca de los acontecimientos mundiales, Trotsky, este otro jefe de la Revolución rusa, tampoco inclinado al sentimentalismo, declaró: ‘Cuando se piensa que Lenin puede morir, parece que todas nuestras vidas son inútiles, hasta el punto de dejar de sentir ganas de existir.’ ” (Pág. 13.)

¿Qué debe pensarse de esos hombres que pueden escribir tan pronto una cosa como otra, según el trabajo que se les confía?

Brest-Litovski y la discusión sindical. La consagración del "martinovismo"

26. Los casos que acabo de demostrar, por medio de ejemplos extraídos de 1917, podrían volverse a encontrar en los años posteriores. No quiero decir con esto que no hayan existido desacuerdos entre Lenin y yo. Ha habido discrepancias entre los dos. Los desacuerdos sobre la paz de Brest-Litovski se prolongaron durante varias semanas, y hubo días en que revistieron incluso un carácter violento.

Tratar de presentar las divergencias como una consecuencia de mi "subestimación de los campesinos" es ridículo y es, en el mejor de los casos, una tentativa de adjudicarme la plataforma de Bujarin, en la cual no tenía yo nada de común. Yo no pensé un solo instante durante los años de 1917-1918, en incitar a las masas campesinas a la guerra revolucionaria. Respecto a la apreciación del estado de espíritu de las masas campesinas y después de la guerra imperialista, estaba de acuerdo con Lenin. Si insistí para que se retardara lo más posible el momento de la capitulación ante los Hohenzollern, no fue con el fin de suscitar la guerra revolucionaria, sino con el objeto de probarles a las masas obreras alemanas, y a las europeas en general, que no existían convenios secretos entre nosotros y los Hohenzollern, y también a fin de estimular a los obreros de Alemania y de Austria para que intensificasen su actividad revolucionaria. La decisión de declarar el estado de guerra sin firmar la paz obedecía al deseo de ver si los Hohenzollern eran capaces aún de continuar la guerra contra la revolución. Esta decisión había sido adoptada por la mayoría de nuestro Comité Central y por la mayoría de nuestra fracción del Comité Central Ejecutivo panruso. Lenin consideraba este acuerdo como el menor de los males; una parte considerable de los dirigentes del Partido preconizaban la "guerra revolucionaria", bujarinista, ignorando no sólo la actitud de los campesinos, sino también la de las masas obreras. La firma del tratado de paz liquidó esta divergencia episódica con Lenin y el trabajo continuó en la más completa armonía. Pero Bujarin desarrolló sus divergencias con Lenin sobre Brest-Litovski, valiéndose de una táctica completamente de "comunismo de izquierda", con lo que no tenía ya nada de común.

Hay muchas personas inteligentes que se sorprenden siempre por el empleo de la consigna "¡ni paz ni guerra!". Les parece que es una contradicción en sí, cuando es evidente que, entre las clases sociales lo mismo que entre los Estados, frecuentemente se mantienen relaciones

que no son "ni de paz ni de guerra". Baste recordar que pocos meses después de Brest, al apreciarse la situación revolucionaria en Alemania, nosotros denunciábamos la paz de Brest-Litovski sin por eso declararle la guerra a Alemania. Durante los primeros años de la Revolución permanecimos cerca de los aliados en una situación de "ni paz ni guerra". Las mismas relaciones existen actualmente entre nosotros e Inglaterra. Al comienzo de las negociaciones de Brest, todo el problema consistía en saber si la situación revolucionaria de Alemania estaba bastante madura a comienzos de 1918 para que, sin proseguir la guerra (carecíamos de armas), no nos viéramos obligados a firmar la paz.

La experiencia ha demostrado que Lenin tenía razón, pues no existía esta situación.

A partir de 1923, los falsificadores de la verdad han deformado completamente el significado de las divergencias de Forest. Las monstruosas exageraciones que se imaginaron en torno a esta discrepancia se hallan expuestas documentalmente en el volumen XVII de mis *Obras completas*. En mis relaciones personales con Lenin, esos desacuerdos no dejaron el menor rastro de amargura. Pocos días después de la firma de la paz fui encargado, a proposición de Lenin, de la dirección del trabajo militar.

27. La lucha en torno a la cuestión sindical fue más viva y más larga. Martinov, el nuevo teórico de Stalin, ese náufrago que arrastraron a nuestra playa las olas de la Nep, ha presentado las discrepancias sobre la cuestión sindical como desacuerdos en relación con la Nep. En 1923 Martinov escribía lo siguiente:

"En 1905, L. Trotski razonaba con más lógica y un mayor espíritu de continuidad que los bolcheviques y los mencheviques. Pero el defecto de los razonamientos de Trotski consistía precisamente en que era 'demasiado consecuente'. El cuadro por él esbozado daba por anticipado una encantadora y muy precisa idea de la dictadura bolchevique de los tres primeros años de la Revolución de Octubre, que, como es sabido, ha acabado en un callejón sin salida, después de haber separado a los obreros de los campesinos, sin otro resultado que el de obligar al Partido bolchevique, a retroceder profundamente." (*Krasnaia Nov*, núm. 2, 1923, página 262).

El "trotskismo" ha predominado hasta la implantación de la Nep. El bolchevismo no ha comenzado hasta que se implantó la Nep. Hay que señalar que Martinov ha expuesto el mismo razonamiento con respecto de la revolución de 1905. Según él, en octubre, noviembre y diciembre de 1905, es decir, en el punto culminante de la revolución, predominaba el "trotskismo". La política verdaderamente marxista no comenzó hasta después del aplastamiento de la insurrección de Moscú, o sea hasta las elecciones a la primera Duma imperial. Martinov opone hoy el bolchevismo al "trotskismo", en virtud del mismo criterio que le hacía oponer, hace veinte años, el menchevismo al "trotskismo". ¡Y decir que sus artículos pasan por marxistas y son fruto espiritual de los jóvenes "teóricos del Partido"!

28. En su "Testamento", Lenin no alude a la discusión sindical para presentarla como un desacuerdo provocado por mi famosa subestimación de los campesinos. Lenin hace mención a un desacuerdo suscitado por el Comisariado del Pueblo de los Transportes, atribuyéndome, no la falta de la "subestimación a los campesinos", sino mi excesiva inclinación hacia el lado "puramente administrativo" del problema. Creo que esas palabras encierran el punto esencial de la discrepancia de entonces.

El comunismo de guerra hacía terminado. La agricultura, así como las otras ramas de la economía, encontrábase en un callejón sin salida. La industria estaba desorganizada. Los Sindicatos se convertían en organizaciones de agitación y de movilización, perdiendo su independencia. La crisis de los Sindicatos no fue una "crisis de crecimiento", sino más bien una crisis de todo el sistema del comunismo de guerra. Fuera de la Nep, no veíamos una salida posible. Mi protesta de introducir el aparato sindical en el sistema de la administración económica (excesiva inclinación hacia el lado "puramente administrativo" del problema) no

presentaba la solución necesaria. Pero la resolución de los "Diez" sobre los Sindicatos no presentaba tampoco una solución, pues en tales condiciones (con la agricultura en un callejón sin salida) las organizaciones sindicales, representantes de los intereses materiales y culturales de la clase obrera, al mismo tiempo que escuela del comunismo, perdían terreno.

Bajo los efectos de la insurrección de Cronstadt se cristalizaba una nueva orientación económica del Partido, abriéndoles así a los Sindicatos una perspectiva completamente nueva. Pero es de señalar que el Partido, en su X Congreso, aprobó únicamente las primeras bases de la Nep. Sin embargo, la resolución sobre los Sindicatos no fue armonizada con esas bases, por lo que conservaba así sus contradicciones internas. Esto se hizo evidente unos cuantos meses más tarde. La resolución sobre los Sindicatos, votada por el X Congreso, tuvo que ser modificada profundamente incluso antes del XI Congreso. La nueva resolución, redactada por Lenin y adaptando el trabajo sindical a las condiciones de la Nep, fue adoptada por unanimidad.

Considerar la discusión sindical separadamente del problema de toda nuestra política económica significa aun hoy, después de siete años, que no se ha comprendido el sentido de la discusión. La acusación de "subestimación de los campesinos" nace de esta discusión. Los falsificadores tratan ahora de presentar las cosas como si yo hubiera sido enemigo de la Nep. Sin embargo, los hechos y una serie de documentos terminantes prueban que ya con ocasión del X Congreso hablé más de una vez de la necesidad de la transición al impuesto en especie y, hasta cierto punto, de la forma comercial de la distribución (libertad de comercio). Sólo el ver rechazadas estas proposiciones me obligó – en vista de la ruina progresiva de la industria – a buscar otra salida a la inversa, es decir, la salida "puramente administrativa" por la salida integración de los Sindicatos – sólo como aparato – en la administración económica del comunismo de guerra. No sólo no me opuse a la transición de la Nep, sino que, por el contrario, ésta me salía al encuentro en mis propias experiencias en la economía y en la administración. He aquí la verdad sobre la discusión sindical.

Desgraciadamente, el volumen de mis Obras consagradas a este período no ha sido publicado por las Ediciones del Estado.

29. De creer a los historiadores y a los teóricos actuales del Partido, podría suponerse que los seis primeros años de la Revolución estuvieron dedicados por entero a los desacuerdos que se produjeron sobre las cuestiones de Brest-Litovski y de los Sindicatos. Lo demás no ha existido: ni la preparación de la Revolución de Octubre, ni la propia Revolución, ni la edificación del Estado, ni la organización del Ejército Rojo, ni la guerra civil, ni los cuatro Congresos de la Internacional Comunista, ni el trabajo literario en general para la propaganda del comunismo, ni el trabajo para la dirección de los partidos comunistas extranjeros y de nuestro propio Partido. De todo este trabajo, en cuyas partes esenciales me vi unido a Lenin por una solidaridad absoluta, no quedan, según los historiadores actuales, más que dos fases: Brest-Litovski y los Sindicatos.

30. Stalin y sus auxiliares se han esforzado mucho por representar la discusión sindical como una lucha "encarnizada" llevada a cabo por mí contra Lenin.

He aquí lo que yo decía en el fuego de esta discusión a la fracción del Congreso de los mineros del 26 de enero de 1921:

"El camarada Chliapnikov – cuyo pensamiento expresaré, quizá, un poco someramente – ha declarado aquí: 'No creáis en ese desacuerdo entre Trotski y Lenin; saben ponerse de acuerdo a pesar de todo, y finalmente la lucha será dirigida solamente contra nosotros.' No creáis, ha dicho. Yo no sé qué es lo que hay que creer o no creer. Ni que decir tiene que nos pondremos de acuerdo. Se puede discutir cuando se examinan ciertas cuestiones importantísimas; pero esta discusión

orienta nuestras ideas hacia la unión.” (Extracto del discurso de clausura de Trotski en el II Congreso panruso de los mineros, 26 de enero de 1921.)

He aquí otro extracto de mi discurso citado por Lenin en su folleto:

”En lo más vivo de mi polémica con el camarada Tomski, he dicho siempre que era evidente para mí que sólo los hombres de la experiencia y de la autoridad tuyas pueden ser nuestros dirigentes en los Sindicatos. Esto lo dije ante la fracción de la Conferencia de los Sindicatos y lo repetí estos últimos días en el Teatro Zimiu. La lucha ideológica en el Partido no tiene por objeto el ver los puntos en que se discrepa, sino en ejercer una acción sobre los unos y los otros.” (Página 34 de la reseña de la discusión del 30 de diciembre.) Lenin, XVIII volumen, primera parte, pág. 71.)

Y he aquí lo que dijo Lenin sobre esta cuestión en el discurso de clausura que pronunció en el décimo Congreso del Partido, en el que hacía el balance de la discusión sindical:

”La oposición obrera decía: Lenin y Trotski se pondrán de acuerdo. Trotski tomaba la palabra y decía: ‘El que no comprenda que es necesario unirse se coloca frente al Partido; es evidente que nos uniremos, porque somos hombres de Partido.’ Es cierto que hemos discrepado del camarada Trotski. Pero cuando en el Comité Central se forma un grupo más o menos uniforme, el Partido decide, y decide de tal modo que nos unimos de acuerdo con la voluntad y las directivas del Partido. Esta es la declaración con que hemos ido al Congreso de los mineros y hemos venido aquí el camarada Trotski y nosotros (se refería al Congreso del Partido).” (Volumen XVIII, primera parte, pág. 132.)

¿Se parece esto en algo a las venenosas falsificaciones que nos sirven ahora sobre la historia de la discusión sindical, en los manuales políticos, toda clase de ignorantuelos?

Pero lo más cómico es ver la manera imprudente cómo explota el camarada Bujarin la discusión sindical para combatir el ”trotskismo”. He aquí cómo juzgaba Lenin su actitud en esta discusión:

Hasta ahora ha sido Trotski el que más se ha distinguido en la lucha. Pero ahora Bujarin lo ha ”sobrepasado” ampliamente y le ha ”eclipsado” completamente. Ha creado en la lucha una solución completamente nueva, cayendo en un error cien veces mayor que todos los errores de Trotski juntos.

”¿Cómo es posible que Bujarin haya llegado a romper de tal manera con el comunismo? De todos es conocida la sensibilidad del camarada Bujarin, que constituye una de las cualidades que hace que se le quiera y por la cual no se le puede dejar de querer. Todos sabemos que se le ha dicho muchas veces en broma que es ‘blando como la cera’. Ahora bien; nos encontramos con que sobre esa ‘cera blanda’ el primer demagogo que surja puede imprimir cuanto se le antoje. Esta expresión brutal que figura entre comillas la ha empleado el camarada Kamenev, porque tenía derecho a emplearla, en la discusión del 17 de enero. Pero es evidente que ni al camarada Kamenev, ni al cualquier otro se le ocurrirá la idea de explicar lo que ha sucedido empleando una demagogia sin principio y achacándole a él todo.” (Volumen XVIII, primera parte, pág. 35.)

El III Congreso de la Internacional Comunista

31. ¿Acaso ha sido la cuestión sindical la única que ha surgido en la vida del Partido y de la República Soviética durante los años de trabajo común con Lenin? En este mismo año de 1921, algunos meses antes del X Congreso se celebró el III Congreso de la Internacional Comunista, que jugó un papel enorme en la historia del movimiento internacional. En este Congreso hubo una lucha muy seria sobre todas las cuestiones esenciales de la política comunista. Esta lucha no dejó de repetirse igualmente en nuestro Politburó. A este respecto he referido yo brevemente ciertas cosas en una sesión del Politburó que se celebró casi inmediatamente después del XIV Congreso:

”El peligro de entonces consistía en que la política de la Internacional Comunista siguiese la orientación de los acontecimientos de marzo en Alemania; es decir, que tratara de crear

ficticiamente una atmósfera revolucionaria y una ‘electrización’ del proletariado, según la expresión de un camarada alemán. En el Congreso predominaba este estado de espíritu, y Vladimir Ilitch había llegado a la conclusión de que, obrando así, la Internacional Comunista caminaba hacia su bancarrota. Antes del Congreso le escribí una carta al camarada Radek – carta cuya existencia ignoraba el camarada Vladimir Ilitch – para informarle de la impresión que yo tenía de los acontecimientos de marzo. En vista de lo delicado de la situación, no conociendo la opinión de Vladimir Ilitch y sabiendo que Zinoviev, Bujarin y Radek apoyaban en general a la izquierda alemana, yo no quise, naturalmente, pronunciarme abiertamente, y le escribí una carta (en forma de tesis) al camarada Radek para que me diera su opinión. Radek y yo no pudimos ponernos de acuerdo. Al saberlo, Vladimir Ilitch me llamó y me expuso la situación de la Internacional Comunista como amenaza de inmensos peligros. Estuvimos plenamente de acuerdo en el análisis de la situación y en las tareas procedentes.

Después de esta entrevista, Vladimir Ilitch llamó al camarada Kamenev con el fin de que en el Politburó hubiera una mayoría segura. El Politburó se componía entonces de cinco personas. Contando a Kamenev éramos tres; teníamos, por lo tanto, la mayoría. En nuestra delegación estaban, de un lado, los camaradas Zinoviev, Bujarin y Radek; del otro, Vladimir Ilitch, el camarada Kamenev y yo. Cada grupo celebraba verdaderas sesiones. Por aquel entonces Lenin declaró: “Estamos creando una nueva fracción.” En las conversaciones mantenidas respecto del texto de la resolución, yo representaba el punto de vista de Vladimir Ilitch y Radek la fracción del camarada Zinoviev.

Zinoviev. – ¡La situación ha cambiado ahora!

Efectivamente; la situación ha cambiado. En aquel momento el camarada Zinoviev acusó con cierta vivacidad al camarada Radek de haber ‘traicionado’ a su fracción en sus conversaciones; es decir, de haber hecho demasiadas concesiones. La lucha fue viva en todos los Partidos de la Internacional Comunista. Vladimir Ilitch deliberaba conmigo sobre lo que debíamos hacer en el caso de que el Congreso se pronunciara contra nosotros: ¿Debíamos inclinarnos ante el Congreso, cuyas decisiones podían ser desastrosas, o debíamos resistir? Los puntos de vista de aquellas entrevistas pueden encontrarse en mis discursos tomados taquígráficamente. Yo declaré entonces – de acuerdo con Lenin – que ‘si el Congreso emite una decisión contra nosotros, espero que nos dejaréis cierta libertad con el fin de que podamos defender nuestros puntos de vista después’. El sentido de esta petición no podía ser más claro. Debo decir, sin embargo, que nuestras relaciones en el seno de nuestra delegación estuvieron impregnadas, gracias a la dirección de Vladimir Ilitch, de una gran camaradería.” (Acta taquígráfico de la sesión del Politburó del Partido Comunista de la Unión Soviética del 18 de marzo de 1926, págs. 12-13.)

Yo defendí, de acuerdo con Lenin, nuestra posición común ante el Comité Ejecutivo, cuyas sesiones precedieron a las del III Congreso. Fui objeto de un violento ataque por parte de los “izquierdistas”. Vladimir Ilitch intervino en sólo una de las sesiones del Comité Ejecutivo, y he aquí lo que declaró:

“...Vengo para protestar contra el discurso del camarada Bela-Kun, que ha intervenido contra el camarada Trotski en lugar de defenderle, como hubiera debido hacerlo un buen marxista...”

...El camarada Laporte se equivoca en absoluto y el camarada Trotski ha tenido razón al protestar. El camarada Trotski ha tenido mil veces razón al proceder así. Ahora bien; he aquí que el camarada luxemburgués se queja de que el Partido francés no haya saboteado la ocupación de Luxemburgo. Piensa, igual que el camarada Bela-Kun, que se trata de una cuestión de geografía. No. Se trata de una cuestión política, y el camarada Trotski ha tenido completamente razón al protestar...

... Por eso he creído que era mi deber apoyar cuanto ha dicho el camarada Trotski...”

Todos los discursos de Lenin referentes al III Congreso reflejan esta forma clara de subrayar su completa solidaridad con Trotski.

A propósito de la educación de la Juventud del Partido

32. En 1922, por iniciativa del camarada Ter-Baganián se fundó a revista *Bajo la Bandera del Marxismo*. En el primer fascículo publiqué un artículo sobre la diferencia que existe en las condiciones de educación de las dos generaciones del Partido, la vieja y la nueva, y sobre la necesidad de realizar un trabajo teórico especial respecto de la nueva generación, con el fin de asegurarle una continuidad teórica y política al Partido. En el fascículo siguiente de la nueva revista, Lenin escribía:

”Sobre las principales tareas de la revista *Bajo la Bandera del Marxismo*, el camarada Trotski ha dicha de una manera inmejorable, en el número 1-2, cuanto de esencial podía decirse. Yo nada más quiero detenerme sobre algunas cuestiones que definen de más cerca del contenido y el programa de trabajo que la redacción de la revista ha expuesto en la declaración publicada en el número 1-2.” (Lenin, volumen XX, segunda parte, pág. 492.)

¡Que me vengan afirmando, después de esto, que la solidaridad en estas cuestiones esenciales ha sido puramente accidental! Lo único que hubo en ella de casual fue el hecho de que se manifestara tan claramente en la Prensa. En la inmensa mayoría de los casos nuestra solidaridad se manifestaba únicamente en hechos.

Mi actitud respecto de los campesinos

33. Cuando Bujarin, después de haber ignorado pura y simplemente la existencia de los campesinos, lanza la consigna ”¡enriqueceos!”, cree, por este simple hecho, corregidos de una vez para siempre sus antiguos errores. No contento con esto, trata de relacionar las discrepancias que se produjeron en el momento de Brest-Litovski con las otras discrepancias parciales que tuve yo con Vladimir Ilitch en una sola y misma cuestión: la actitud hacia los campesinos. Las estupideces y las villanías de que se sirvieron los elementos de la ”capilla bujarinista” son innumerables. Para refutarlas sería menester todo un volumen. Por lo tanto, sólo me detendré en lo esencial.

A) No quiero examinar los desacuerdos que, efectivamente, existieron antes de la Revolución. Me limitaré a decir que éstos han sido monstruosamente exagerados, deformados, falsificados por los agentes stalinistas y la capilla de Bujarin.

B) En 1917 yo no tuve la menor discrepancia con Lenin sobre la cuestión campesina.

C) Vladimir Ilitch ”adoptó” el programa agrario de los socialistas revolucionarios de total acuerdo conmigo.

D) Yo fui el primero que conocí, escrito a lápiz, el decreto de Lenin sobre la tierra. No hubo, a este respecto el menor desacuerdo. La identificación de nuestros puntos de vista era completa.

E) Como puede muy bien suponerse, la cuestión campesina no ocupó el último lugar en la política alimenticia. Sólo vulgares lacayos como Martinov pueden declarar que esta política era una política ”trotskista” (véase el artículo de Martinov en la *Krasnaia Nov*, 1923). No; era una política bolchevique. Yo tomé parte en su aplicación, en colaboración con Lenin. Y no existió la menor sombra de desacuerdo.

F) La política sobre el campesino medio fue adoptada con mi activa participación. Los miembros del Politburó saben muy bien que después de la muerte de Sverdlov, la primera intención de Lenin fue designar al camarada Kamenev presidente del Comité Central Ejecutivo. Fui yo quien le propuse que se eligiera una figura ”obrero y campesino”. Fui yo mismo quien propuse la candidatura del camarada Kalinin y el primero que le dio el nombre de ”Starosta panruso”. Todos estos son detalles sobre los cuales no deberíamos ni ocuparnos. Pero es que hoy estos detalles, estos indicios, son otras tantas pruebas aplastantes contra los falsificadores de los acontecimientos de ayer.

G) Las nueve décimas partes de nuestra política y de nuestra organización militares estaban relacionadas con el problema de la actitud del obrero respecto del campesino. Yo apliqué esta política en colaboración íntima con Vladimir Ilitch y contra el sistema pequeño burgués de los funcionarios.

He aquí, por ejemplo, una serie de telegramas que mandé desde Simbirsk y desde Russaiersk (marzo de 1919), referentes a la necesidad de tomar enérgicas medidas para mejorar nuestras relaciones con los campesinos medios. Pedía que fuera enviada una Comisión oficial al Volga con el fin de controlar a las autoridades locales y averiguar las causa del descontento de los campesinos.

En el tercero de estos telegramas – directo, Moscú, Kremlin, Stalin (personal) – decía:

”Tarea de la Comisión: mantener entre los campesinos del Volga la fe en el Poder soviético central; poner remedio sobre el terreno a las injusticias más manifiestas y castigar a los representantes culpables del Poder soviético; recoger las quejas y los documentos que puedan servir de base para la elaboración de los decretos en favor de los campesinos medios. Uno de los miembros puede ser Smilga; otro debe ser Kamenev u otro camarada competente.” (22 de marzo de 1919, número 813.)

Este telegrama – entre muchos otros – sobre los necesarios decretos en favor de los campesinos medios, fue enviado por mí a Stalin, no por Stalin a mí, y esto, no en la época del XIV Congreso, sino a comienzos de 1919, cuando nadie conocía la opinión de Stalin sobre el campesino medio.

Así, pues, cada hoja de nuestros archivos – sin excepción alguna – sirve para desenmascarar hoy las estupideces inventadas con mala fe sobre la subestimación de los campesinos en general y de los campesinos medios.

H) A comienzos de 1920, basándome en el análisis de la situación de la economía rural, le propuse al Politburó una serie de medidas parecidas a la Nep. En ningún caso podía esta proposición ser inspirada en ”falta atención” hacia los campesinos.

I) La discusión sindical fue, como se ha dicho, un intento para salir del callejón económico. La transición a la Nep se operó con una unanimidad completa.

34. Todo esto puede demostrarse por medio de documentos irrefutables. Día llegará en que podrá hacerse. Por el momento, yo me limitaré a dar los extractos.

Respondiendo a las cuestiones referentes a nuestra actitud respecto de los ”kulaks”, los campesinos medios y los campesinos pobres y a los pretendidos desacuerdos entre Lenin y Trotski sobre los campesinos, yo escribí lo siguiente en 1919:

”En el Gobierno soviético no ha habido nunca ni puede haber desacuerdos sobre esta cuestión. Pero los contrarrevolucionarios, cuyos negocios van de mal en peor, no tienen recurso que engañar a las masas inventando una pretendida lucha intestina que destroza al Consejo de los Comisarios del Pueblo.” (*Izvestia*, 7 de febrero de 1919.)

Sobre eso, y en respuesta a una pregunta del campesino Gulov Lenin escribió lo siguiente:

”Las *Izvestias* del 2 de febrero han publicado una carta del campesino G. Gulov que plantea la cuestión de la actitud de nuestro Gobierno obrero y campesino respecto de los campesinos medios, y que se hace eco de los rumores que han circulado sobre un desacuerdo existente entre Lenin y Trotski, lo mismo que sobre los serios desacuerdos existentes entre los mismos respecto, precisamente, del campesino medio.

El camarada Trotski ha respondido ya a esta cuestión en su *Carta a los campesinos medios*, publicada en las *Izvestias* del 7 de febrero. El camarada Trotski declara en esta carta que los rumores de desacuerdos entre él y yo son una mentira de las más monstruosas y de las más desvergonzadas difundidas por los grandes propietarios y por los capitalistas y sus agentes

conscientes e inconscientes. Confirmando enteramente, por mi parte, la declaración del camarada Trotski. Entre él y nosotros no existe el menor desacuerdo. En cuanto a los campesinos medios, no solamente no existen desacuerdos con el camarada Trotski, sino que en general no existen en el Partido Comunista, al cual pertenecemos los dos.

En su carta, el camarada Trotski ha explicado de una manera clara y detallada por qué el Partido Comunista y el Gobierno obrero y campesino actual, elegido por los Soviets, no consideran a los campesinos medios como enemigos. Firmo con ambas manos lo dicho por el camarada Trotski.” (Volumen XVI, págs. 28.29; *Pravda* del 15 de febrero de 1919.)

Así, pues, incluso en esto nos encontramos frente a la misma situación: una calumnia lanzada en primer lugar por las guardias blancas y recogida, ampliada y propalada por la escuela stalino-bujarinista.

El trabajo militar

35. Respecto de mil labor militar, cuyo comienzo se remonta a la primavera de 1918, se intenta igualmente, bajo la dirección de Stalin, rehacer toda la historia de la guerra civil, con el solo objeto de combatir el ”trotskismo”, o, más exactamente, a Trotski.

Hablar de la creación del Ejército Rojo y de mi intervención en este trabajo sería tanto como escribir la historia, de la guerra civil. Por el momento son los Gussiev quienes la escriben. Otros la escribirán más tarde. Me veo obligado limitarme a dos o tres ejemplos, en apoyo de los cuales puedo aportar documentos.

Cuando nuestros ejércitos tomaron Kazán recibí de Lenin, convaleciente, un telegrama de felicitación:

”Saludo con entusiasmo la brillante victoria del Ejército Rojo. Esta debe ser el presagio de la unión de los obreros y de los campesinos revolucionarios, que derribará a la burguesía, destruirá la resistencia de los explotadores y asegurará la victoria del socialismo internacional. ¡Viva la Revolución obrera!

10 de septiembre de 1918.”

El tono elevado – elevado para todo aquel que conociera a Lenin – del telegrama (”*saludo con entusiasmo*”) es una prueba de la gran importancia que le atribuía – ¡y con razón! – a la toma de Kazán. En el fondo, en aquella ocasión se demostró por vez primera la solidez de la unión de los obreros y de los campesinos revolucionarios, así como la capacidad del Partido al crear un ejército revolucionario y combativo en medio del caos económico y de la desolación heredada como consecuencia de la guerra imperialista. El Ejército Rojo se sometió a prueba, y Lenin conocía el valor de esta experiencia.

36. La política militar fue criticada en el VIII Congreso del Partido por un grupo de delegados militares. Stalin y Vorochilov han hecho circular la infamia de que no me atreví a mostrarme ante el VIII Congreso por temor a las críticas. ¡Cuán lejos está esto de la realidad! He aquí la resolución que adoptó el Comité Central sobre mi viaje al frente, en vísperas del VIII Congreso:

EXTRACTO DE ACTA DE LA SESION DEL COMITE CENTRAL DEL P. C. R. (BOLCH.)
DEL 16 DE MARZO DE 1919

Presentes: Lenin Zinoviev Krestinski, Vladimírski, Stalin, Schmidt, Smilga, Dzerjinski, Lachevitch, Bujarin, Sokolnikov, Trotski, Stassova.

CUESTIONES

12. Algunos camaradas delegados, procedentes del frente, al conocer la decisión del Comité Central concerniente al inmediato regreso de los militares al frente, consideran errónea esta decisión, en vista de que las organizaciones del frente podrían interpretarla como una negativa del

Comité Central a oír las opiniones del ejército. Algunos incluso consideran la marcha del camarada Trotski para el frente y la negativa a admitir a los delegados del ejército como una artimaña que hace absolutamente inútil la discusión sobre la política militar. El camarada Trotski protesta contra la interpretación que se da a la decisión del Comité Central considerándola una artimaña e invoca la situación extraordinariamente difícil creada por la retirada de Ufa hacia el oeste, insistiendo para que se le deje partir.

DECISIONES

1. El camarada Trotski debe partir inmediatamente para el frente.
2. El camarada Sokolnikov debe declarar a la asamblea de los delegados del frente que la decisión sobre su marcha ha sido modificada en el sentido de que sólo deben partir los que crean necesaria su presencia en el frente.
3. El problema de la política militar será discutido en el Congreso como primer punto del orden del día.
4. El camarada Vladimir Mikhailovitch Smirnov queda autorizado, a petición suya, para permanecer en Moscú.

He aquí un buen ejemplo del régimen del Partido en aquella época: se permitía a cuantos atacaban la política militar del Comité Central, y en primer lugar al jefe de la oposición militar, a V. M. Smirnov, que permanecieran en Moscú con el fin de asistir al Congreso. Los partidarios de la política oficial fueron por el contrario, enviados al frente antes de la apertura del Congreso. Actualmente se hace todo lo contrario.

Las actas de la Sección militar del VIII Congreso, en que intervino Lenin para defender resueltamente la política militar que yo había aplicado por orden del Comité Central, no han sido publicadas hasta ahora. ¿Por qué? Precisamente porque ponen en la picota todas las mentiras de Stalin y de Gussiev sobre la guerra civil.

37. Stalin ha tratado de poner en circulación una versión exagerada de la divergencia militar surgida en el Politburó a comienzos de 1919 en relación con el frente oriental. Esta divergencia consistía en lo siguiente: "¿Hay que proseguir el avance en Siberia o fortificarnos en los Urales y lanzar todas las fuerzas disponibles hacia el Sur con el fin de liquidar el peligro que amenaza a Moscú?". Hubo un momento en que yo me incliné hacia la segunda solución. La primera, que fue la adoptada y que dio excelentes resultados, había sido sostenida por muchos de mis colaboradores militares, como Smilga, Lachevitch, I. N. Smirnov, K. I. Grunstein, etc. Esta divergencia no era de principio, sino puramente acerca de las medidas prácticas a adoptar. La realidad nos demostró que los ejércitos de Koltchak estaban completamente desmoralizados. El avance hacia Siberia fue coronado por un éxito absoluto.

38. El trabajo militar era un trabajo duro. Era imposible dejar de recurrir a las medidas de coerción y de represión. Hubo que herir no pocas susceptibilidades, generalmente porque no había medio de obrar de esta manera, y no pocas veces a causa de acuerdos erróneos. Al surgir el desacuerdo sobre la cuestión del frente oriental y decidir el Comité Central el cambio del comandante en jefe, yo le propuse al Comité Central que me relevara de mi función de comisario del Pueblo de Guerra. Aquel mismo día (5 de julio de 1919), el Comité Central tomó una decisión que en su parte principal decía lo siguiente:

"El Politburó y la Comisión de Organización del Comité Central, después de haber tomado nota de la declaración del camarada Trotski y de discutirla, acuerdan no haber lugar a la aceptación de la dimisión del camarada Trotski.

El Politburó y la Comisión de Organización intentarán cuanto esté en su poder para hacer lo más llevadero y lo más fecundo posible para la República el trabajo del camarada Trotski en el frente

Sur, que él mismo ha elegido y que es el más peligroso, el más difícil y el de mayor importancia. En sus decretos como comisario de Guerra y como presidente del Consejo militar revolucionario, el camarada Trotski podrá obrar con entera libertad, así como en su concepto de miembro del Consejo militar revolucionario del frente Sur y con la ayuda del comandante de dicho frente (Iégorof), que él mismo ha elegido y que ha sido ratificado por el Comité Central.

El Politburó y la Comisión de Organización dejan al camarada Trotski en plena libertad para corregir por todos los medios a su alcance la política militar, y, si él lo desea, anticiparán la convocatoria del Congreso del Partido.”

Esta resolución lleva las firmas de Lenin, Kamenev, Krestinski, Kalinin, Serebriakov, Stalin y Stassova. Mediante esta decisión, que habla por sí sola, el litigio quedó liquidado.

Por otra parte, en la sesión común del Politburó y del Presidium del Comité Ejecutivo del 8 de septiembre de 1927, Stalin declaró, según el acta taquigráfica, que el Comité Central me ”prohibió” que asumiera el cargo de comandante del frente Sur. La resolución que he reproducido anteriormente le da una respuesta categórica.

39. Pero ¿fue la discrepancia sobre el frente oriental la única de este género? En manera alguna. Hubo también desacuerdos sobre el plan estratégico de lucha contra Denikín. Existieron, asimismo, divergencias sobre Petrogrado: ¿le dejábamos la ciudad a Yudenitch o la defendíamos? También hubo divergencias sobre la ofensiva contra Varsovia y sobre la posibilidad de una segunda campaña después de nuestra retirada sobre Minks. Los desacuerdos de este género nacían de la experiencia de la lucha y se liquidaban con el desarrollo de la lucha.

Los documentos típicos sobre la cuestión del frente Sur han sido publicados en mi libro *Cómo se armó la Revolución* (vol. II, pág. 301).

Durante el avance de Yudenitch sobre Petrogrado, Lenin creyó durante un momento que iba a ser imposible defender la ciudad y que había que replegar la línea defensiva hacia Moscú. Yo me pronuncié contra este punto de vista. Zinoviev y, según creo, Stalin también me apoyaron. El 17 de octubre de 1919, Lenin me envió el siguiente telegrama a Petrogrado:

”Camarada Trotski: Hemos pasado la noche última reunidos en el Consejo de Defensa y le hemos enviado nuestra decisión cifrada...

Como puede usted ver, su plan ha sido adoptado. Pero la eventualidad de una retirada de los obreros de Petrogrado hacia el sur, no ha sido, naturalmente, descartada (me dicen que usted les ha explicado este extremo a Krassin y a Rikov). Hablar de ello sin una absoluta necesidad equivaldría a distraer la atención de la lucha.

La tentativa de rendir y aislar Petrogrado originará, naturalmente, las necesarias modificaciones, que debe usted decidir sobre el terreno.

En cada Sección del Ejecutivo regional encárguele a una persona de confianza que recoja los documentos soviéticos en caso de evacuación.

Le adjunto el manifiesto que el Consejo de Defensa me ha encargado de redactar. Lo he hecho muy de prisa y está bastante mal; ponga mi firma encima de la suya.

¡Salud!

LENIN.”

Esta clase de episodios no eran raros. Tenían una gran importancia en un momento dado, pero no una importancia fundamental. No se trataba de una lucha de principios, sino de la elaboración del mejor plan para rechazar al enemigo en un momento dado y en el lugar preciso.

Los Stalin y los Gussiev tratan de rehacer la historia de guerra civil. ¡No lo conseguirán!

40. El lado más odioso de esta campaña contra mí es la acusación de que he "hecho fusilar a los comunistas". Esta acusación fue difundida antaño por nuestros enemigos, es decir, por los agentes políticos de los ejércitos blancos, que trataban de difundir entre los soldados rojos manifiestos acusando al Estado Mayor rojo – y particularmente a Trotski – de ferocidad.

Hoy son los agentes de Stalin los que llevan a cabo este menester.

Admitamos un solo instante que todo esto sea exacto. ¿Por qué Stalin, Yaroslavski, Gussiev y otros agentes de Stalin se han callado durante la guerra civil? ¿Qué significan estas tardías "revelaciones" de los agentes de Stalin? Pues significan "que el Partido os ha engañado, obreros, campesinos, soldados rojos, cuando se dijo que Trotski, a la cabeza del ejército, ejecutaba la voluntad del Partido y aplicaba su política. En sus innumerables artículos sobre el trabajo de Trotski, en sus decisiones de Congresos y en las decisiones de los Congresos de los Soviets, el Partido os ha engañado al aprobar el trabajo militar de Trotski y al ocultaros hechos como la ejecución de comunistas. Y Lenin, que sostuvo abiertamente la política militar de Trotski, se hizo cómplice de esta mixtificación". He aquí el sentido de las tardías "revelaciones" de Stalin. Dichas "revelaciones" no comprometen a Trotski, sino al Partido, a su dirección. Matan la confianza de las masas en los bolcheviques en general, pues si en el pasado, cuando Lenin se encontraba a la cabeza del Partido – Lenin y el núcleo principal de sus colaboradores –, podían simularse desde arriba faltas tan monstruosas, e incluso crímenes, ¿qué no puede esperarse hoy, que los miembros del Comité Central tienen muchísima menos autoridad? Si, por ejemplo, en 1923, cuando ya había terminado la guerra civil hacía mucho tiempo, Yaroslavski, entonaba frenéticos elogios a Trotski, exaltaba su fidelidad y su abnegación al movimiento revolucionario y a la causa de la clase obrera, ¿qué debe opinar hoy el nuevo miembro del Partido? Este se preguntará: "¿Cuándo me ha engañado Yaroslavski: cuando elevaba a Trotski hasta las nubes o ahora que trata de cubrirlo de lodo?"

Esta es la labor que actualmente llevan a cabo Stalin y sus agentes, los cuales se esfuerzan en fabricar una nueva historia marca Stalin. Así es también la famosa "revelación" staliniana sobre Miguel Romanov. En el fondo, ¿qué es lo que Stalin ha dicho al Partido y a la Internacional Comunista? Pues lo siguiente: "El Comité Central os ha engañado, durante diez años, sobre Kamenev. La *Pravda* ha publicado, en nombre de la Redacción, un mentís falso. Lenin ha engañado al Partido. Yo mismo, Stalin, he participado en ese engaño. Pero puesto que Kamenev tiene ahora ciertas divergencias políticas conmigo, quiero descubrir toda la verdad." La masa del Partido carece de la posibilidad de comprobar la mayor parte de las "revelaciones" stalinianas; pero hay una cosa evidente y que se filtra poco a poco en el sentimiento del Partido: la disminución de la confianza en la dirección, es decir, de la dirección de ayer, de hoy y de mañana. El Partido tiene que reconquistar esta confianza contra Stalin y el stalinismo.

41. Sabido es que el camarada Gussiev ha dado pruebas de una habilidad muy particular en el trabajo de refundición literaria de mi pasado militar. El camarada Gussiev ha escrito incluso un folleto: *Nuestros desacuerdos militares*. Y por vez primera – que yo sepa – ha sido propagada en este folleto la infame leyenda sobre la ejecución de comunistas (no de desertores o de traidores, sino de comunistas).

La desgracia de Gussiev como de muchos otros, consiste en haber escrito dos veces sobre los mismos acontecimientos y las mismas cuestiones: una vez en vida de Lenin y otra después.

He aquí lo que escribió Gussiev la vez primera:

"La llegada del camarada Trotski (a Kazán) cambió profundamente la situación. En el tren del camarada Trotski, detenido en la estación de Sviaisk, había una firme voluntad de vencer, e iniciativa y atención decisiva en todos los dominios de la actuación militar. Desde el primer día, en aquella estación, atestada de vagones cargados de tropas, en donde se encontraba el cuartel general

del departamento político y el Comisariado, y en los regimientos, acantonados a 15 verstas de la avanzada, todo el mundo sintió que iba a operarse un cambio profundo.

Este hecho se manifestó ante todo en el terreno de la disciplina... Los enérgicos métodos del camarada Trotski en este período de indisciplina y de vulgar petulancia, eran por encima de todo oportunos y necesarios. No podía conseguirse nada por la persuasión y, además, no se disponía de tiempo para ello. Durante los veinticinco días que permaneció el camarada Trotski en Svaiisk se realizó un inmenso trabajo, que transformó las divisiones desorganizadas y en plena descomposición del quinto ejército en cuerpos de tropas capaces de combatir y las preparó para la toma de Kazán.” (*Proletarskaia Revoliutsia*, núms. 2-25, 1924.)

Todo miembro del Partido que haya participado en la guerra civil y que no haya perdido la memoria dirá – por lo menos para sus adentros, si es que teme decirlo en alta voz – que podrían aportarse, no docenas, sino centenares de testimonios escritos en el mismo sentido que éste de Gussiev.

42. Me limitaré a exponer en mi favor testimonios de más autoridad. En sus recuerdos sobre Lenin, Gorki dice:

”Dando un puñetazo sobre la mesa (Lenin), gritó: ‘¿Podría indicarme usted a otro hombre capaz de organizar en un año un ejército casi modelo y, además, capaz de captarse la simpatía de los especialistas militares? Nosotros hemos encontrado este hombre. Tenemos todo lo que necesitamos. Y ha de ver usted hasta milagros.’” (Vladimir Lenin, Librería del Estado, Leningrado, 1924, pág. 23.)

Según Gorki, Lenin dijo en la misma conversación:

”Si, si; ya sé que se cuentan todo género de mentiras sobre mis relaciones con él. Se cuentan muchas mentiras, y, según parece, se habla de discordias entre el camarada Trotski y yo.” (M. Gorki: Vladimir Lenin, Leningrado, 1924, pág. 23.)

En efecto, se han dicho no pocas mentiras sobre las relaciones que existían entre Lenin y Trotski. Pero ¿pueden compararse las groseras mentiras de entonces con las que se llevan a cabo hoy de una manera sistemática, nacional e internacionalmente? En aquellos días eran los ultrarreaccionarios, las guardias blancas y, hasta cierto punto, los socialistas revolucionarios y los mencheviques, los que mentían. Pero ¡ahora es la fracción stalinista la que ha adoptado este método!

43. En la sesión de la fracción bolchevique del Consejo Central de los Sindicatos del 12 de enero de 1920, Lenin dijo:

”Si hemos vencido a Denikin y a Koltchak es porque nuestra disciplina ha sido superior a la de todos los países capitalistas del mundo. El camarada Trotski ha establecido la pena de muerte y nosotros lo aprobamos. La ha establecido por la organización y la acción conscientes de los comunistas.”

44. – No tengo a mano otros muchos discursos que Lenin pronunció para defender la política militar aplicada por mi de completo acuerdo con él. No ha sido publicada, principalmente, el acta de la Conferencia de los delegados del VIII Congreso sobre la cuestión militar. ¿Por qué? Porque en dicha Conferencia Lenin protestó con toda su energía contra los partidarios de Stalin que, hoy, se dedican a la falsificación del pasado.

45. Pero poseo un documento que vale por cien. He hablado ya de este documento ante el Buró de la Comisión Central de Control, cuando Yaroslavski – con la protesta del camarada Ordjonikidzé – lanzó su venenosa calumnia, y lo he presentado en la última sesión ampliada de agosto de 1927 al seguir Vorochilov las huellas de Yaroslavski.

Por iniciativa propia, Lenin me remitió una hoja en blanco, al pie de la cual figuraban las líneas siguientes:

”Camaradas:

Conociendo el rigor de las órdenes del camarada Trotski, estoy de tal manera persuadido, tan absolutamente convencido de su justeza, de su oportunidad y de su necesidad en interés de la causa, que las apruebo en absoluto.

V. ULIANOV (LENIN).”

Ya he explicado ante el Buró de la Comisión Central de Control a qué uso estaba destinada esta hoja en blanco.

”Al remitírmela y ver al pie de la hoja en blanco las líneas escritas, me quedé perplejo.

Han llegado hasta mi noticias – me dijo – de que hacen correr contra usted el rumor de que ejecuta a comunistas. Le doy esta hoja en blanco, y puedo darle cuantas usted desee, con el fin de que se sepa que apruebo sus decisiones. En lo alto de la página puede redactar usted cualquier decisión, y de esta manera irá avalada con mi firma.

Este hecho ocurrió en junio de 1919. Se dicen hoy tantas cosas sobre mi actitud hacia Lenin y, lo que es más importante todavía, sobre la actitud de Lenin hacia mí, que yo quisiera que alguien me mostrara una firma en blanco, una hoja en blanco como ésta, al pie de la cual figure la firma de Vladimir Ilitch y donde Lenin declare aprobar por anticipado toda decisión mía – sea cual fuere –, cuando de esta decisión dependía frecuentemente, no sólo la suerte de ciertos comunistas, sino cosas mucho más graves.”

Los problemas económicos

46. Sabido es que Martinov considera como ”trotskismo” la guerra civil y el comunismo de guerra. Esta doctrina se ha popularizado ahora mucho. La creación de ejércitos de trabajo, la militarización del trabajo, los métodos de distribución de los productos y otras medidas nacidas de las condiciones de la época, son presentadas por los filisteos y por los ignorantes como fenómenos del ”trotskismo”. ¿Cuál era la posición de Lenin en esta cuestión?

En la sección de organización del VII Congreso de los Soviets se discutió el problema del burocratismo de los órganos directores y de las instituciones centrales. Yo subrayé en mi discurso que la burocracia puede llegar a estrangular la economía, que el centralismo no es un principio absoluto, que las relaciones recíprocas y necesarias entre la iniciativa local y la dirección central debían llevarse a la práctica. En su discurso, Lenin se declaró completamente de acuerdo con mi opinión sobre el centralismo, y añadió:

”Declaro, en fin, que estoy enteramente de acuerdo con Trotski cuando dice que se han hecho aquí tentativas completamente erróneas para presentar nuestros desacuerdos como una diferencia entre los obreros y los campesinos y para mezclar en esta cuestión la de la dictadura del proletariado.” (Discurso del 8 de diciembre de 1918, Obras, tomo XVI, pág. 433.)

Al decir ”nuestros desacuerdos”, Lenin se refería a las prolongadas polémicas, en las que Lenin y Trotski se encontraban de un lado, y Rikov, Tomski, Larin, etc., del otro. Stalin permanecía durante estas discusiones, como en otros muchos casos, entre bastidores, a la expectativa.

47. En la sesión de la fracción bolchevique de la C. G. T., del 12 de enero de 1920, Lenin decía lo siguiente respecto a ”nuestros desacuerdos” con Rikov, Tomski, etc.:

”¿Quién ha comenzado esas repugnantes polémicas? No ha sido el camarada Trotski, pues no se encuentra el menor rastro de ello en sus tesis. La polémica ha sido provocada por Lomov, Rikov, Larin. Todos ellos ocupan los puestos más elevados como miembros del Presidium del Consejo Superior de la Economía pública. El presidente de ese Consejo tiene tal cantidad de títulos que yo necesitaría cinco minutos de mi discurso de diez para enumerarlos. Por eso resulta estúpido decir aquí que se concede a esta asamblea una importancia especial. Los que han comenzado esta

repugnante polémica pública han sido los camaradas Rikov y otros. Trotski ha planteado el problema de las nuevas tareas a realizar, y los demás han provocado una polémica en torno al VII Congreso de los Soviets. Ya sabemos que Lomov, Rikov y Larin no lo decían directamente en su estúpido artículo. Un orador ha dicho aquí: ‘No hay que polemizar contra el VII Congreso de los Soviets.’ Si ese Congreso ha cometido una falta, decidla abiertamente, corregidla en la asamblea, pero no charlés en torno a la centralización y a la descentralización. Rikov dice que es necesario hablar de la centralización y la descentralización porque Trotski no lo ha tenido en cuenta. Este hombre cree tratar con personas de tal limitación mental, que hasta hayan olvidado ya las primeras líneas de las tesis de Trotski, donde se dice: ‘La economía presupone como condición un plan general...’, etc. ¿Sabéis leer el ruso, queridos Rikov, Lomov, Larin? Volvamos a la época en que no teníamos más que dieciséis años y empecemos de nuevo a hablar de centralización y de descentralización. ¡Vaya una tarea pública para los miembros del Buró del Presidium del Consejo Superior de la economía! Es esto tan insensato y tan vergonzoso, que es verdaderamente una lástima perder el tiempo así.”

Y más adelante:

”La guerra nos ha enseñado a llevar la disciplina a su grado máximo y a centralizar decenas y centenares de miles de hombres, de camaradas, que han caído por salvar a la República soviética. ¡Sin esto, todos nos habiéramos ido al diablo!”

Por otra parte, este discurso, que se encuentra a disposición del Instituto Lenin, no ha sido reproducido porque les molesta a los actuales falsificadores. La ocultación de una parte de las ideas de Lenin es un elemento necesario para desviarse de la ruta leninista. Este discurso de Lenin no será publicado hasta que se trate de anular a Rikov.

48. En el VII Congreso de los Soviets, Lenin dijo lo siguiente sobre mi trabajo en relación con los transportes y los ferrocarriles:

”Ya habéis podido ver, por las tesis de los camaradas Echmanov y Trotski, que nos hallamos en presencia, sobre esta cuestión (la restauración de los transportes), de un verdadero plan elaborado para muchos años. El decreto número 1.042 calcula cinco años. En cinco años podremos restaurar nuestros transportes, disminuir el número de locomotoras estropeadas, y, lo que parece más difícil, según la tesis 9, hasta se podía reducir este plazo

Cuando se elaboran grandes proyectos, basados en varios años de realización, surgen con frecuencia escépticos, que dicen: ¿Qué necesidad hay de hablar de tantos años? Gracias que podamos hacer lo más urgente y necesario. Es preciso, camaradas, saber relacionar lo uno y lo otro; no es posible trabajar sin un plan concreto para un largo período y que haga prever un éxito completo. El indudable impulso del trabajo en lo que a los transportes se refiere demuestra que esto es necesario. Quisiera llamar vuestra atención sobre el párrafo de la novena tesis, que dice que el plazo de restauración será de cuatro años y medio, pero que este plazo ha sido reducido ya, pues, trabajamos por encima de lo normal. El plazo no será más que de tres años y medio. He aquí cómo habrá que trabajar también en todos los otros aspectos de la economía...” (Lenin, t. XVII, págs. 423 y 424.)

Señalemos aún que un año después de la promulgación del decreto núm. 1.042, en el decreto de Dzerjinski ”sobre las bases del trabajo futuro del Comisariado del Pueblo de Transportes”, del 27 de mayo de 1921, se decía:

”En vista de que la reducción de la norma de trabajo establecida por los decretos 1.042 y 1.157, que constituye la primera experiencia brillante en el trabajo proyectado a base de un plan económico, es temporal y debida a la crisis del abastecimiento en combustible... es necesario adoptar medidas para sostener y restablecer el abastecimiento de los talleres...”

49. Las tesis de Rikov, escritas en octubre de 1927, es decir, con un intervalo de cuatro años, aluden nuevamente a la tentativa de cerrar las fábricas Putilov. En este caso, como en muchos otros, Rikov es muy imprudente, pues facilita armas a sus enemigos.

Fue Rikov en persona, presidente del Consejo Superior de Economía, quien hizo, a comienzos de 1923, con el Politburó, la propuesta de cerrar las fábricas Putilov. Rikov demostraba que en los diez próximos años no tendríamos necesidad de esas fábricas y que su mantenimiento artificial produciría un efecto perjudicial sobre las otras empresas. El Politburó – y yo, lo mismo que los demás – tomó en serio los informes de Rikov. Después del informe de Rikov, no sólo yo, sino Stalin y otros, votamos en favor del cierre. Zinoviev, que se encontraba en vacaciones, protestó contra esta decisión. El Politburó volvió a examinar el problema y acordó rectificar el acuerdo. La iniciativa fue por completo de Rikov, presidente del Consejo de Economía. ¿Hasta qué punto se ha desarrollado el sentimiento de la impunidad en Rikov que llega a atribuirme, después de cuatro años, su propio "pecado"? No dudamos que este hecho cambiará por completo de aspecto el día en que Stalin arremeta contra Rikov. La espera no será larga...

50. Se desconcierta al Partido a propósito de una historia según la cual "Lenin quería mandar a Trotski a Ucrania en calidad de comisario del Pueblo de Abastecimientos". Se mezclan y se desfiguran los hechos hasta el extremo de que no hay medio de reconocerlos. Yo he realizado no pocos viajes de este género por orden del Comité Central. De acuerdo con Lenin, me trasladé a Ucrania con el fin de restablecer la industria del carbón del Donetz. En completo acuerdo con Lenin, trabajé en el Ural como presidente del ejército soviético del trabajo. Es exacto que Lenin insistió para que me trasladara durante dos semanas (¡dos semanas!) a Ucrania, con el fin de mejorar los abastecimientos. Le telefoneé a Rakovski, el cual me declaró que habían sido tomadas todas las medidas para abastecer de pan los centros obreros. Lenin insistió al comienzo para que partiera, pero después cambió de opinión. Y esto fue todo. No se trataba más que de un trabajo corriente, de una tarea que Lenin consideraba de las más graves en aquellos momentos.

51. He aquí lo que dijo Lenin en el VIII Congreso de los Soviets, el 22 de diciembre de 1920, sobre mi viaje a la cuenca del Donetz:

"La región del Don nos proporciona hasta 25 millones de 'puds' de carbón mensuales, y llegaremos a los 50 millones gracias al trabajo de la Comisión enviada con plenos poderes a esa región bajo la dirección de Trotski, la cual decidió delegar a camaradas responsables y experimentados. Actualmente ha sido enviado Piatakov a dirigir el trabajo." (Tomo XVII, pág. 422.)

52. Piatakov se asqueó del trabajo en el Don, debido a las maniobras de Stalin, realizadas entre bastidores. Lenin consideró sus intrigas como un duro golpe contra la industria hullera; se indignó en el Politburó y protestó públicamente contra la labor desorganizada de Stalin:

"La prueba de que hemos obtenido importantes éxitos se ha demostrado en la región del Don. Algunos camaradas; como Piatakov, han trabajado con una abnegación y un extraordinarios en la gran industria." (T. XVIII, primera parte, pág. 443. Informe de Lenin ante el Congreso de los Soviets, 23 de diciembre de 1921.)

"En la dirección central de la industria hullera se encontraban camaradas, no sólo de una indiscutible abnegación, sino de una real cultura y de gran capacidad, y no me equivoco al decir que hasta de un gran talento. Por eso precisamente les ha prestado toda su atención el Comité Central. Todos los miembros del Comité Central poseemos una cierta experiencia, y hemos decidido, por unanimidad, no relevar de sus funciones a los compañeros dirigentes. Yo me he informado cerca de los camaradas ucranianos y le he rogado al camarada Orjonikidze – el Comité Central le dio la orden – que fuera a ver lo que pasaba. Según parece, ha habido NO POCAS INTRIGAS, y existe tal caos que el Instituto Histórico no llegaría a desentrañarlo aun cuando se ocupara de ello durante diez años. Pero el hecho cierto es que, CONTRARIAMENTE A LAS DIRECTIVAS DEL COMITÉ CENTRAL, ESTA DIRECCIÓN FUE REEMPLAZADA POR OTRA." (Lenin, Informe ante el IX Congreso del P. C. R., 27 de marzo de 1923, tomo XVIII, segunda parte, págs. 50-51.)

Todos los miembros del Politburó saben, y sobre todo Stalin, que bajo esas duras palabras de Lenin sobre las intrigas contra los dirigentes leales, cultos e inteligentes de la cuenca del Don se aludía a las intrigas de Stalin contra Piatakov.

53. Durante el IX Congreso de los Soviets, en diciembre de 1921, Lenin escribió sus tesis sobre las tareas fundamentales de la reconstrucción económica. Recuerdo que le manifesté que dichas tesis eran excelentes, pero que existía en ellas una laguna respecto a los especialistas. Le indiqué en algunas palabras lo que yo creía que faltaba. El mismo día recibí la siguiente carta de Lenin:

”Extraordinariamente secreto.

Camarada Trotski:

Me encuentro en una reunión de ‘SIN PARTIDO’ con Kalinin. Este aconseja que se haga un pequeño informe a base de la resolución que he presentado yo y a la cual ha añadido usted un complemento justísimo sobre los especialistas.

¿Quiere usted encargarse de hacer un breve informe sobre esta resolución, el miércoles, ante la asamblea plenaria del Congreso?

Su informe militar debe estar preparado ya y podía usted terminarlo el martes.

Me es imposible encargarme de hacer otro informe ante el Congreso. Escríbame dos letras o mándeme un telegrama. Lo mejor será aceptar. Podríamos hacerlo confirmar por un voto telefónico del Politburó.

LENIN.”

Nuestra solidaridad en los problemas fundamentales de la edificación socialista era tal, que Lenin creía posible que yo hiciera un informe en lugar de él sobre estos importantísimos problemas. Recuerdo que me esforcé por persuadirle de la necesidad de que hiciera él mismo dicho informe, si el estado de salud se lo permitía. Al fin accedió a ello.

Ultimo período de la vida de Lenin

54. Las falsificaciones y los embustes referentes al último período de la vida de Lenin son numerosísimos. Stalin debería, sin embargo, mostrarse muy prudente en lo concerniente a este período, durante el cual llegó Vladimir Ilitch a ciertas conclusiones definitivas respecto de Stalin. Evidentemente, resulta muy difícil resumir la historia de lo que sucedió en el seno del Politburó en vida de Vladimir Ilitch. Entonces no se levantaban actas taquigráficas, y en las actas sólo se mencionaban los acuerdos. Por esto resulta tan fácil extraer ciertos episodios (e incluso los episodios más insignificantes), adulterarlos y aumentarlos, y a veces inventar simplemente ”desacuerdos” donde no ha existido nunca la menor sombra de ellos.

La leyenda de ”pájaro de mal agüero”, que debía servir de argumento para explicar mi ”pesimismo”, es, por lo absurda, una verdadera vergüenza. Esta estúpida historia es el último refugio de Stalin-Bujarin cuando los argumentos o los acontecimientos les colocan entre la espada y la pared. Esta historia ha sido sacada de una entrevista que tuve con Vladimir Ilitch durante el primer período de la Nep. La pública subasta de los escasos recursos públicos me inspiraba en aquel momento gran inquietud, tanto desde el punto de vista del temor al despilfarro de los recursos ya restringidos del Estado obrero como desde el punto de vista de que diera lugar a una rápida acumulación del capital privado en aquel período de transición. Conversé sobre esto varias veces con Lenin. Con el fin de comprobar los procesos económicos que se operaban en el país, organicé lo que se ha llamado la ”Barrera combinada de Moscú”. En el curso de una conversación con Lenin, y apoyándome en algunos ejemplos escandalosos de dilapidación, me serví de esta expresión o de una expresión aproximada: ”Si seguimos administrando de esta manera, el pájaro de mal agüero señalará algunos años menos

de vida en nuestro destino.” Todos nosotros hemos pronunciado no pocas veces frases por el estilo. ¡Cuántas veces no ha dicho el propio Lenin: ”Si continuamos andando a este paso, de seguro sucumbimos”! Era una frase dura, pero no pronóstico pesimista. Tal es, poco más o menos, la historia en cuestión, con los intereses de la cual Stalin y Bujarin quieren pagar sus deudas de la Revolución china, del Comité angloruso, de la dirección económica y del régimen del Partido.

No hay por qué negar que en el Politburó surgieron algunas veces desacuerdos de orden práctico, y especialmente con Vladimir Ilitch. Pero el problema consiste en saber qué lugar ocuparon estos desacuerdos en el trabajo general. A este respecto, la fracción staliniana, con una terrible imprudencia, difunde malvadas leyendas que no resisten el menor contacto con la realidad y que al fin y al cabo se vuelven contra el mismo Stalin.

55. Para refutar estas leyendas hay que empezar por referirnos al período de la enfermedad de Vladimir Ilitch, o, mejor dicho, al período comprendido entre las dos grandes crisis, cuando los médicos autorizaron a Lenin a reanudar sus ocupaciones y se resolvieron por correspondencia un gran número de importantes problemas. Por esta correspondencia – es decir, por medio de documentos irrefutables – pueden verse cuáles fueron las diferencias que surgieron en el Comité Central, de qué lado estaban los desacuerdos y, hasta cierto punto, cuáles eran las relaciones entre Vladimir Ilitch y algunos camaradas. Citaré varios ejemplos.

El monopolio del comercio exterior

56. A fines de 1922 se produjo una seria discrepancia el Comité Central sobre la cuestión del *monopolio del comercio exterior*. Yo no quiero, en manera alguna, aumentar su importancia; pero, sin embargo, el grupo político que se formó en el Comité Central en torno a este problema es bastante característico.

El Comité Central adoptó, por iniciativa del camarada Sokolnikov, una decisión que abría una seria brecha en el monopolio del comercio exterior. Vladimir Ilitch se opuso resueltamente a esta decisión. Habiendo sabido por Krassin que yo no había asistido a la sesión del Comité Central y que estaba en desacuerdo con la decisión tomada, Lenin entabló correspondencia conmigo. Estas cartas, lo mismo que la correspondencia de Lenin en el Politburó referente al problema del monopolio del comercio exterior, no han sido publicadas hasta ahora. La censura establecida sobre la herencia de Lenin es de las más implacables. Se imprimen dos o tres palabras escritas por Lenin sobre un pedacito de papel si – directa o indirectamente – pueden perjudicar a la oposición. Pero se dejan de publicar documentos de gran importancia si – directa o indirectamente – afectan a Stalin.

Reproduzco las cartas de Lenin referentes a este problema:

”Camarada Trotski:

Le adjunto una carta de Krestinski. Contésteme rápidamente si está de acuerdo. Yo lucharé en la sesión por el monopolio. ¿Y usted?

Suyo, LENIN.

P. D. – Lo mejor será que nos la devuelva lo antes posible.”

“A los camaradas Frumkin y Stomoniakov¹, con copia para Trotski.

En vista del agravamiento de mi enfermedad, me veo imposibilitado de asistir a la sesión. Me doy perfectamente cuenta de hasta qué punto obro desacertadamente, principalmente hacia ustedes; pero de todas formas no me sería posible intervenir con éxito. Hoy he recibido la adjunta carta del

¹ Camaradas que no pertenecían al Comité Central y con los cuales se unía Lenin contra la mayoría del Comité Central.

camarada Trotski, con cuyos puntos esenciales estoy enteramente de acuerdo, a excepción quizá de las últimas líneas sobre el Gosplan. Le escribiré al camarada Trotski para darle a conocer mi criterio y para rogarle que, teniendo en cuenta mi enfermedad, se encargue en la sesión de la defensa de mi posición.

Creo útil dividir esta defensa en tres partes:

1. La defensa del principio esencial del monopolio del comercio exterior y su establecimiento total y definitivo.
2. Encargar a una Comisión especial del examen detallado de los planes de orden práctico para la realización de dicho monopolio que ha presentado Avanessov. En esta Comisión deben figurar los delegados del Comisariado del Comercio Exterior.
3. La cuestión del trabajo del Gosplan debe ser examinada aparte. Supongo que no me encontraré en desacuerdo con Trotski si éste se limita a pedir que el Gosplan, colocado bajo la égida del desarrollo de la Industria del Estado, esté obligado a dar su opinión en todos los dominios de la actividad del Comisariado del Comercio Exterior.

Espero poder escribirles nuevamente mañana o pasado mañana y enviarles la declaración que tengo intención de dirigir a la sesión del Comité Central sobre el fondo del problema. De todas formas, estimo que la importancia de esta cuestión es tan grande, que estoy obligado, en el caso en que en la sesión no pueda realizarse el acuerdo, a llevarla ante el Congreso. Por otra parte, sin aguardar más, pondré al corriente del desacuerdo actual a la fracción del Partido Comunista del próximo Congreso de los Soviets.

LENIN.
12-12-22.”

”Al camarada Trotski, con copia para Frumkin y Stomoniakov.

Camarada Trotski:

He recibido su opinión sobre la carta de Krestinski y sobre los planes de Avanessov. Me parece que existe entre nosotros un acuerdo completo y que planteada la cuestión del Gosplan como lo está ahora no es necesario discutir si al Gosplan le precisa disponer de derecho activos. De todas formas le ruego insistentemente se encargue, en la próxima sesión, de la defensa de nuestro común punto de vista sobre la absoluta necesidad de mantener y de fortalecer el monopolio del comercio exterior.

Teniendo en cuenta que la sesión precedente ha adoptado a este respecto una decisión totalmente contraria al monopolio del comercio exterior y que en esta cuestión es imposible retroceder, creo, como digo en mi carta a Frumkin y a Stomoniakov, que en el caso de que fuéramos derrotados sobre esta cuestión, deberíamos llevarla ante el Congreso del Partido. Con tal objeto será necesario hacer una breve exposición de nuestros desacuerdos ante la fracción del Partido del próximo Congreso de los Soviets. Si dispongo de tiempo redactaré esta declaración y me consideraré muy satisfecho si hace usted lo mismo. La vacilación que se manifiesta a este respecto nos causa un perjuicio enorme, y los argumentos que se hacen valer en contra tienen únicamente por base acusar al aparato de imperfección. Pero nuestro aparato se distingue generalmente por su imperfección, y si se renuncia al monopolio a causa de la imperfección del aparato sería igual que vaciar el baño **con** el niño.

LENIN
13-12-22.”

”Al camarada Trotski.

Camarada Trotski:

Le envió la carta que he recibido hoy de Frumkin. Creo que es absolutamente necesario acabar de una vez para siempre con esta cuestión. Si hay el temor de que me atormente esta cuestión y de que pueda incluso influir en mi estado de salud, creo que es una opinión profundamente errónea, pues

el retraso convierte en inestable nuestra política sobre una de las cuestiones esenciales y me atormenta mil veces más. Por esto llamo su atención sobre la ad junta carta y le ruego insistentemente apoye la discusión inmediata de esta cuestión. Tengo la convicción de que si pesa sobre nosotros la amenaza de ser derrotados, resultará más ventajoso serlo antes que después del Congreso del Partido, con el fin de dirigirnos en seguida a la fracción comunista del Congreso. El compromiso siguiente es quizá aceptable: adoptar, por el momento, la decisión de confirmar el monopolio y en el Congreso del Partido plantear la cuestión. Creo que no debemos aceptar ningún otro compromiso en interés de nuestra causa.

LENIN
15-12-22.”

”Camarada Trotski:

Creo que nos hemos puesto completamente de acuerdo. Le ruego haga presente nuestra solidaridad en la sesión. Espero que se votará nuestra decisión, pues una parte de los que votaron en contra en octubre, se pasa ahora parcial o enteramente a nuestro lado.

Si, en el peor de los casos, nuestra decisión no es adoptada, nos dirigiremos a la fracción del Congreso de los Soviets y la informaremos de que llevamos la cuestión ante el Congreso del Partido.

Téngame al corriente de todo con el fin de enviar mi declaración.

Si esta cuestión fuera retirada de la sesión – tosa que no creo y contra la cual debería usted protestar en nuestro nombre con todas sus energías –, estimo que debe dirigirse usted a la fracción del Congreso de los Soviets y exigir que la cuestión sea llevada al Congreso del Partido, pues las vacilaciones son absolutamente inadmisibles.

Puede usted guardar hasta después de la sesión todos los materiales que le he enviado.

Suyo, LENIN
15-12-22.”

”Leon Davidovítch:

El profesor Furster ha autorizado hoy a Vladimir Ilitch para que dicte una carta, y me ha dictado la siguiente para usted:

Camarada Trotski:

Parece que hemos conseguido ocupar la posición sin disparar un tiro y sólo con un simple movimiento estratégico. Le propongo que no nos detengamos en esto y que continuemos la ofensiva, para lo cual hay que hacer aprobar la proposición de plantear ante el Congreso del Partido la cuestión del fortalecimiento del monopolio del comercio exterior y de las medidas que deben adoptarse para mejorar su aplicación. Informe de todo esto a la fracción del Congreso de los Soviets. Espero que no tendrá usted ningún inconveniente y que no se negará a hacer el informe ante la fracción.

N. LENIN.

V. I pide que le dé usted la respuesta por teléfono.

N. K. ULIANOVA.
21-12-22.”

El contenido, lo mismo que el tomo de las cartas reproducidas, no necesitan comentarios. Sobre la cuestión del comercio exterior, el Comité Central adoptó una nueva decisión que anulaba la anterior. La frase de la carta de Lenin sobre la victoria alcanzada ”sin disparar un tiro” hace alusión precisamente a esto.

Para terminar, debemos preguntar lo que hubiera sucedido si Trotski se hubiera encontrado entre los que votaron la decisión contra el monopolio del comercio exterior, y si Stalin, de

acuerdo con Lenin, hubiera luchado por lograr anular esta decisión. ¡Qué cantidad de libros, de folletos, de diatribas, no se hubieran impreso para demostrar la desviación "kulakista" y pequeño burguesa de Trotski!

La cuestión del Gosplan

57. Yo atribuía el despilfarro a la carencia de un plan sobre nuestra economía en general. Sobre la cuestión de los planes y de la actuación del Gosplan hubo discusiones en el Politburó, especialmente entre Vladimir Ilitch y yo. Hubo también discusiones respecto del personal de los órganos del plan. En su carta a los miembros del Politburó sobre la cuestión del Gosplan, Vladimir Ilitch decía lo siguiente:

"A propósito de la concesión de funciones legislativas al Gosplan creo que, desde hace ya bastante tiempo, esta idea ha sido expuesta por el camarada Trotski. Yo me opuse, porque me parecía que, de hacer así, habría una falta total de ligazón en el sistema de nuestras instituciones legislativas. Pero después de un detenido examen de la cuestión estimo que en el fondo encierra una buena idea. Esta es la siguiente: mantenerse el Gosplan al margen de nuestras instituciones legislativas, aun cuando por los hombres competentes, los peritos y los representantes de la ciencia y de la técnica que reúne, disponga en el fondo del mayor número de datos para pronunciarse en todo momento sobre las cuestiones.

En este sentido creo que se puede y que se debe aceptar la idea del camarada Trotski, salvo en lo concerniente a que la presidencia del Gosplan la ocupe uno de nuestros jefes políticos o un representante del Consejo Superior de la Economía Nacional." (27 de diciembre de 1922.)

Anteriormente hemos encontrado una alusión a estos desacuerdos en las cartas que Lenin me escribió sobre el monopolio del comercio exterior. Lenin proponía entonces que excluyéramos esta cuestión y que la designáramos con el término – un tanto impropio – de "cuestión de los derechos activos del Gosplan". Al insistir para que fuera restablecido el Gosplan por todos los medios y para que estuviera subordinado a él todo el trabajo de los otros departamentos, yo no había propuesto que el Gosplan fuera investido de derechos administrativos, ya que consideraba que éstos debían seguir concentrados en el Consejo del Trabajador y de la Defensa. Pero lo esencial no es esto. Tanto por el carácter como por el tono de la carta, se ve con qué tranquilidad apreciaba Lenin los desacuerdos anteriores, proponiendo al Politburó que resolviera estos desacuerdos, teniendo muy en cuenta las ideas que yo había defendido. No obstante esto, ¡cuánto no se le ha mentado al Partido sobre esta cuestión!

Cartas de Lenin sobre la cuestión nacional

58. No quiero reproducir aquí la carta más importante de Lenin contra Stalin a propósito de la cuestión nacional. Dicha carta ha sido incluida en la reseña taquigráfica de la asamblea de julio de 1926, y además han circulado las copias de mano en mano. Es, imposible ocultar esta carta. Pero existen también, sobre lo mismo, otros documentos completamente desconocidos por el Partido. Los archiveros y los historiadores stalinistas adoptan y adoptarán toda clase de medidas para que estos documentos continúen ocultos. Son incluso capaces de algo más: de destruirlos.

Por esto precisamente creo necesario reproducir los extractos más importantes de un carta de Lenin y la respuesta de Stalin sobre la constitución de la U.R.S.S. La carta de Lenin, fechada el 27 de septiembre de 1922, está dirigida a Kamenev y se enviaron copias de ella a todos los miembros del Politburó. He aquí el comienzo de dicha carta:

"Probablemente Stalin les ha enviado ya la resolución de su Comisión sobre el ingreso de las Repúblicas independientes en la R. S. F. S. R.

Si no la han recibido todavía pídansela al secretario y léanla en seguida. Ayer le hablé de ella a Sokolnikov y hoy a Stalin. Mañana vero a Mdivani (sospechoso de 'independencia').

A mi juicio, se trata de una cuestión muy importante. Stalin parece tener demasiada prisa. Reflexione usted bien sobre ello. Creo que usted tenía intención de ocuparse de este asunto y hasta que se ha ocupado ya un poco de ello. Zinoviev, también.

Stalin se muestra dispuesto ya a hacer una concesión. En el párrafo primero accede a decir, en lugar de 'adhesión' a la R. S. F. S. R., 'unión formal' con la R. S. F. S. R. en una unión de Repúblicas soviéticas de Europa y Asia.

Creo que el sentido de esta concesión está claro: nos reconocemos con los mismos derechos que la R. S. S. ucraniana y que las otras Repúblicas, y, en unión con ellas y con iguales derechos, ingresamos todos en la misma Unión, en la nueva Federación, en la 'Unión de las R. S. S. de Europa y Asia'."

Hubo, además, toda una serie de enmiendas impregnadas del mismo espíritu. Al final de su carta Lenin decía:

"Stalin está de acuerdo en aplazar la presentación de una resolución al Politburó del C. C. hasta mi llegada. Llegar el lunes 2 de octubre. Deseo verles a usted y a Rikov durante un par de horas, de una a tres, o, en caso de necesidad, Por la noche, de cinco a siete o de seis a ocho.

Esta es, por el momento, mi proposición. Combatir y modificaré la base de la discusión con Mdivani y otros camaradas. Le ruego haga otro tanto. Respóndame.

Suyo, LENIN.

P. D. – Las copias son para que se las envíe a todos los miembros del Politburó."

El mismo día, Stalin envió copia a todos los miembros del Politburó de su respuesta a Lenin (27 de septiembre de 1922). He aquí los párrafos más importantes:

"2. – La modificación que propone Lenin del párrafo 4 sobre la creación de un Comité Central Ejecutivo de la Federación al lado del Comité de la R. S. F. S. R., es, a mi juicio, inaceptable. La coexistencia de dos Comités Centrales Ejecutivos en Moscú, de los cuales uno será indudablemente la "Cámara alta" y el otro la "Cámara baja", engendrará rozamientos y conflictos."

Y más adelante decía:

"4. – En el párrafo 4, a juicio mío, el camarada Lenin se ha "precipitado demasiado" al rechazar la fusión de los Comisariados de Hacienda, Abastecimientos, Trabajo y Economía pública con los Comisariados federativos. Casi no puede ponerse en duda que esta "prensa" les va a servir a los "independientes" en detrimento del liberalismo nacional Lenin.

5. – En el párrafo 5, la modificación de Lenin es, a mi juicio, supérflua.

I. STALIN."

Esta correspondencia, por demás característica, que se le escamotea al Partido, como tantos otros documentos del mismo género, precedió a la carta de Lenin sobre la cuestión nacional. En sus objeciones sobre el proyecto de Stalin, Lenin continuó empleando expresiones moderadas, delicadas. Esperaba poder llegar a resolver la cuestión sin demasiadas controversias. Le reprochó discretamente a Stalin su "prensa". Ponía entre comillas el calificativo de "independiente", reproche elevado por Stalin contra Mdivani, y del cual se desolidarizaba. Subrayaba, por el contrario, que iba a presentar sus modificaciones después de discusión con Mdivani y otros camaradas.

La respuesta de Stalin se distingue, por el contrario, por su grosería. La última frase del cuarto punto es esencialmente característica:

”Casi no puede ponerse en duda que esta ‘prensa’ (¡la prensa de Lenin!) les va a servir a los ‘independientes’ en detrimento del liberalismo nacional (¡!) de Lenin.”

Así, pues, Lenin era sospechoso de liberalismo nacional.

El desarrollo posterior de la lucha en la cuestión nacional le demostró a Lenin que era imposible reducir a Stalin en un pequeño Comité y que se imponía recurrir al Congreso del Partido. Y Lenin escribió sobre esto su famosa carta acerca de la cuestión nacional.

59. Vladimir Ilitch concedía una importancia considerable a la cuestión ”georgiana”, no solamente porque temía las consecuencias de la falsa política nacional en Georgia – sus temores viéronse enteramente confirmados –, sino también porque, a propósito de esta cuestión, había comprendido la falsedad de la política de Stalin en la cuestión nacional, mejor dicho, no solamente en esta cuestión. Todavía se le oculta al Partido una larga carta que Lenin escribió sobre la cuestión nacional. El argumento de que Lenin no había destinado esta carta al Partido es completamente fallo. ¿Es que acaso destinaba Lenin a la publicidad las anotaciones que hacía en sus carnets de notas o al margen de los libros que leía? Ahora bien; todo cuanto – directa o indirectamente – puede perjudicar a la oposición, se publica. Pero la carta-programa de Lenin sobre la cuestión nacional sigue sin publicarse.

He aquí dos extractos de la carta de Lenin:

”Creo que con sus prisas y su injustificada prevención administrativa, al mismo tiempo que con su arrebató contra el famoso ‘social-nacionalismo’, Stalin ha desempeñado en este caso un papel fatal. En general, en política, los arrebatos traen muy malas consecuencias.” (Extracto de las notas de Lenin del 30 de diciembre de 1922.)

¡Justísimo!

”Es evidente que debe hacerse políticamente responsables a Stalin y a Dzerjinski de toda esta campaña de verdadero nacionalismo ruso.” (Extracto de la carta de Lenin del 31 de diciembre de 1922.)

Vladimir Ilitch me envió esta carta al darse cuenta de que no iba a poder tomar personalmente la palabra en el XII Congreso. He aquí las cartas tuyas que recibí a este respecto durante los dos últimos días en que participó en la vida política:

”Rigurosamente secreto. Personal.

Querido camarada Trotski:

Ruégole insistentemente que se encargue de la defensa de la cuestión georgiana en el Comité Central del Partido. Esta cuestión es objeto actualmente de las ”persecuciones” de Stalin y de Dzerjinski, de cuya imparcialidad no puedo fiarme. Todo lo contrario. Si usted accede a encargarse de la defensa, será para mí un gran descanso. Pero si, por una u otra razón, usted no acepta, devuélvame toda la documentación. Consideraré este hecho como el signo de su negativa.

Con mi mejor saludo de camarada,

LENIN.

Copia conforme: M. VOLODITCHEVA.

Camarada Trotski:

A la carta que le ha sido transmitida, Vladimir Ilitch ha pedido que añadamos para su información que el camarada Kamenev sale para Georgia el miércoles. Vladimir Ilitch desearía saber si quiere usted enviar alguna cosa allá.

M. VOLODITCHEVA.

5 de marzo de 1923.

A los camaradas Mdivani, Makaradzé, y otros, con copia para los camaradas Trotski y Kamenev.

Sigo apasionadamente vuestro asunto. Estoy indignado de la brutalidad de Ordjonikidzé y de las instigaciones de Stalin y Dzerjinski. Les preparo algunas notas y un discurso.

Con mi consideración, LENIN.

6 de marzo de 1923.

Al camarada Kamenev. Copia para el camarada Trotski.

Leon Bovissovitch:

Como consecuencia de nuestra conversación telefónica, le comunico, en mi calidad de presidente del Politburó, lo siguiente:

Como ya le he dicho, el 31 de diciembre de 1922 dictó Vladimir Ilitch un artículo sobre la cuestión nacional, cuestión que le atormentaba mucho y sobre la cual se disponía a intervenir en el Congreso del Partido.

Poco antes de la última recaída me informó de que pensaba publicar dicho artículo, pero más tarde. Después volvió a empeorar sin darme órdenes definitivas.

Vladimir Ilitch estimaba que su artículo debía servir de orientación, y le concedía una gran importancia. Por orden de Vladimir Ilitch se comunicó al camarada Trotski que Vladimir Ilitch le encargaba de la defensa de su punto de vista en el Congreso del Partido, teniendo en cuenta su unidad de pensamiento sobre esta cuestión.

La única copia que poseo de este artículo se encuentra guardada, por orden de Vladimir Ilitch, en sus archivos secretos.

Pongo todos estos hechos en conocimiento suyo. No he podido hacerlo antes porque, por razones de salud, no he reanudado mi trabajo hasta hoy.

La secretaria particular del camarada Lenin:

L. FOTIEVA.

16 de abril de 1923.”

Después de todas las calumnias con que se ha tratado de ensombrecer la actitud de Lenin hacia mí, no puedo dejar de subrayar la firma de la primera carta de Lenin: "Con mi mejor saludo de camarada." Cuantos saben hasta qué punto era Lenin avaro en palabras, así como su manera de hablar y de escribir, comprenderán que no escribió estas palabras por casualidad. Por algo Stalin, cuando se vio obligado a dar conocimiento de esta correspondencia ante la sesión de julio de 1926, reemplazó las palabras "Con mi mejor saludo de camarada" por la expresión oficial "Con mi saludo comunista". En esto también Stalin se ha mostrado fiel a sí mismo.

60. Estas cartas necesitan una explicación. Lenin se encontraba enfermo. Yo también estaba un poco mal de salud. Los secretarios de Lenin, Glasser y Fotieva, fueron a verme varias veces el día anterior a la crisis definitiva de Lenin. Al traerme Fotieva la carta sobre la cuestión nacional, yo dije: "Puesto que Kamenev sale hoy mismo para Georgia con motivo del Congreso, ¿no sería conveniente enseñarle la carta con el fin de que lleve a cabo las consiguientes gestiones?" Fotieva respondió: "No lo Vladimir Ilitch no me ha dicho que le entregara la carta a Kamenev, pero puedo preguntárselo." Al cabo de algunos minutos regresó y me dijo: "De ningún modo. Vladimir Ilitch dice que Kamenev le enseñará la carta a Stalin, el cual establecerá compromiso "cojo" y lo traicionará después."

Sin embargo, algunos minutos, o quizá media hora más tarde, volvió Fotieva de casa de Lenin con otras instrucciones. Según ella, Lenin había decidido obrar inmediatamente. Redactó la siguiente carta, reproducida para Mdivani y Makharadzé, con copias para Kamenev y para mí.

”¿Cómo se explica ese cambio?” – le pregunté a Fotieva. ”Probablemente – me respondió ella – porque Vladimír Ilitch está peor y se apresura a hacer cuanto le es posible.”

61. La proposición de Lenin sobre la reorganización de la Inspección obrera y campesina fue acogida con simpatía por el grupo de Stalin. Esto lo he referido, en términos muy comedidos, en una de mis anteriores cartas a los miembros del Comité Central. Reproduzco dicho relato:

”¿Cuál fue, sin embargo, la acogida que el Politburó dispensó al proyecto de reorganización de la Inspección obrera y campesina propuesta por el camarada Lenin? El camarada Bujarin no se decidió a publicar el artículo del camarada Lenin, el mal insistió para que se publicara inmediatamente. N. K. Krupskaja me informó de este artículo por teléfono y me pidió que interviniera con el fin de apresurar su publicación. En el Politburó, que, a proposición mía, fue convocado en el acto, todos los presentes: los camaradas Stalin, Molotov, Kuibichev, Rikov, Kalinin y Bujarin, se pronunciaron, no solamente contra el plan del camarada Lenin, sino incluso contra la publicación de su artículo. Los miembros del Secretariado hicieron objeciones muy vivas y categóricas. Teniendo presentes las apremiantes peticiones del camarada Lenin para que le presentaran su artículo impreso, el camarada Kuibichev, el futuro comisario del Pueblo de la Inspección obrera y campesina, propuso en dicha sesión que se publicara un solo ejemplar de la *Pravda* con el artículo del camarada Lenin, a fin de tranquilizarle; pero al mismo tiempo ocultando el artículo al Partido. Yo demostré que la reforma radical propuesta por el camarada Lenin era en sí progresiva, pero con la condición, naturalmente, de que fuera aplicada racionalmente; mas si debía concederse a la proposición una acogida negativa, sería ridículo y absurdo mantener al Partido ignorante de las proposiciones del camarada Lenin. Se me respondió con argumentos impregnados del mismo espíritu formalista: ‘Nosotros somos el Comité Central; nosotros cargamos con las responsabilidades; nosotros decidimos.’ El único que me apoyó fue el camarada Kamenev, el cual llegó a la sesión del Politburó con un retraso de más de una hora. El principal argumento en favor de la publicación de la carta era que, de todas formas, no conseguiríamos ocultarle al Partido el artículo de Lenin. Después, esta carta se convirtió, en manos de los que se negaban a publicarla, en un arma contra mí. El camarada Kuibichev, ex miembro del Secretariado, fue colocado al frente de la Comisión Central de Control. En lugar de combatir el plan del camarada Lenin, se recurrió a hacer de él un arma inofensiva. Dado todo esto, ¿puede decirse que la Comisión Central de Control tenga el carácter de una institución independiente e imparcial del Partido que defienda y confirme los derechos y la unidad del Partido contra los excesos de todo género que se produzcan en su interior y en la administración? No quiero entrar en el examen de esta cuestión, pues supongo que todo está ya suficientemente claro.” (Extracto de la carta (31) a los miembros del Comité Central y de la Comisión Central de Control del 23 de octubre de 1923.)

La conducta de Stalin en esta cuestión me demostró por vez primera, y con una evidente claridad, que la reorganización de la Comisión Central de Control y del Comité Central era dirigida íntegramente por Lenin contra el excesivo poder de que Stalin disponía en el aparato. He aquí por qué opuso Stalin una resistencia tan obstinada al plan del camarada Lenin.

62. En el Buró de la Comisión Central de Control referí *la última conversación que tuve con Vladimír Ilitch*, poco antes de su segunda recaída. He aquí dicho relato:

”Lenin me llamó a su habitación del Kremlin, me habló del espantoso desarrollo del burocratismo en nuestro aparato soviético y de la necesidad de encontrar un medio de abordar seriamente la cuestión. Propuso la creación de una Comisión especial cerca del Comité Central, y me invitó a que tomara una parte activa en este trabajo. Yo le respondí: ‘Vladimír Ilitch: Mi convicción es que no hay que olvidar que actualmente, en la lucha contra el burocratismo del aparato soviético, tanto en provincias como en el centro, se crea en torno a ciertos grupos de personalidades dirigentes del Partido en la provincia, en el distrito, en la región, en el centro, es decir, en el Comité Central, etc., una élite de funcionarios y de especialistas, miembros del Partido, sin partido y semimiembros del Partido. Ejerciendo una presión sobre el funcionario se tropezará con el dirigente del Partido, en cuyo séquito se encuentra el especialista, y en la situación actual yo no quisiera encargarme de semejante tarea.’ Vladimír Ilitch reflexionó un instante y dijo (transcribo sus palabras casi literalmente): ‘Yo digo que hay que combatir el burocratismo soviético, ¿y usted quiere añadir

acaso el burocratismo del Buró de Organización del Comité Central?’ Sorprendido por esta respuesta, me eché a reír al comprender que no me había ocurrido una fórmula tan acabada. Y respondí: ‘Así lo creo.’ Vladimir Ilitch me dijo entonces: ‘Pues bien; yo le propongo que formemos un bloque.’ Yo añadí: ‘Con un hombre honrado siempre es agradable formar un bloque.’ En definitiva, Vladimir Ilitch me dijo que él proponía la creación de una Comisión cerca del Comité Central para la lucha contra el burocratismo ‘en general’ y que así abordaríamos también la cuestión del Buró de Organización del Comité Central. Me prometió que ‘reflexionaría’ todavía más sobre la manera de organizarla. Nos separamos Y durante dos semanas aguardé que me telefonara; pero la salud de Ilitch era cada vez peor, hasta el punto de verse obligado a guardar cama poco después. Después de aquello, Vladimir Ilitch me envió sus cartas sobre la cuestión nacional, por mediación de sus secretarios, lo que hizo que este asunto no fuera llevado a cabo.”

En el fondo, el plan de Lenin iba dirigido enteramente contra Stalin.

63. Sí; ha habido algún caso en que he estado en desacuerdo con Lenin. Pero la maniobra de Stalin de apoyarse en estos hechos para deformar el carácter general de nuestras relaciones se estrella contra los hechos relacionados con el período en que, como he dicho ya, los asuntos se resolvían, no por medio de entrevistas o de votos que no constaban en acta, sino por medio de correspondencia, es decir, en el intervalo entre la primera y la segunda enfermedad de Lenin.

Resumiendo:

a) Sobre la cuestión nacional, Vladimir Ilitch había preparado para el XII Congreso una ofensiva decisiva contra Stalin. En su nombre, y a petición suya, sus secretarios me habían informado de todo. La expresión más corriente entonces era: “Vladimir Ilitch prepara una bomba contra Stalin.”

b) El artículo de Lenin sobre la Inspección obrera y campesina decía:

“El Comisariado de la Inspección obrera y campesina no goza en este momento de la menor autoridad. Todo el mundo sabe que no existe otra institución tan mal organizada como nuestra Inspección obrera y campesina, y que, en el estado actual de este Comisariado, no puede esperarse de él nada... En efecto; ¿a qué constituir un Comisariado que trabaje de cualquier modo, que no inspire la menor confianza y cuya voz sólo goza de una reducidísima autoridad?

¿Puede decirme honradamente alguno de los dirigentes actuales de la Inspección obrera y campesina, o de las personas que tienen relación con ellos, qué necesidad existe prácticamente de un Comisariado como el de la Inspección obrera y campesina?” (Lenin: “Hagamos menos, pero mejor”, 4 de marzo de 1923.)

Durante los primeros años de la Revolución, Stalin estuvo en la dirección de la Inspección obrera y campesina. Por lo tanto, el ataque de Lenin iba directamente dirigido contra él.

c) En este mismo artículo se dice:

“Entre nosotros, la burocracia no solamente existe en las instituciones soviéticas, sino incluso en las instituciones del Partido.”

Estas palabras, suficientemente claras, adquieren un sentido muy particular en relación con la entrevista – más arriba citada – que tuve yo con Vladimir Ilitch, durante la cual se trató del “bloque” contra el Buró de Organización del Comité Central, al que considerábamos como fuente del burocratismo. La modesta reflexión de Ilitch que figura entre paréntesis va completamente dirigida contra Stalin.

d) En cuanto a lo que al “Testamento” se refiere, no hay necesidad de hacer comentarios. Está impregnado de desconfianza hacia Stalin, hacia su grosería y su deslealtad. En él habla del abuso eventual que puede hacer de sus poderes y del peligro de escisión que amenaza al

Partido. La única conclusión de carácter organizativo que sugiere en él es la de relevar a Stalin del cargo de secretario general.

e) Finalmente, la última carta que Lenin escribió en vida – o, más exactamente, que dietó – fue una carta dirigida a Stalin para comunicarle que rompía con él toda relación de camaradería. El camarada Kamenev me habló de esta carta la misma noche en que fue escrita (del 5 al 6 de marzo de 1923). El camarada Zinoviev habló de ella en la sesión ampliada del Comité Central y de la Comisión Central de Control. La existencia de esta carta se ve confirmada en un acta taquigráfica por el testimonio de M. I. Ulianova. ("Existen documentos respecto de este incidente" – extracto de la declaración de M. Ulianova en el Buró de la sesión.) Este hecho da al traste con toda maniobra de disminuir su importancia moral.

Enumerando las advertencias de Lenin a Stalin, Zinoviev dijo ante la asamblea de julio de 1926:

"La tercera advertencia consistió en el rompimiento por Vladimir Ilitch de toda relación de camaradería, por medio de una carta personal." (Acta taquigráfica, fasc. IV, pág. 32.)

Refiriéndose a esta cuestión, María Ulianova ha tratado de demostrar que Lenin rompió sus relaciones de camaradería por motivos personales y no por motivos políticos. (Acta taquigráfica, fasc. IV, pág. 104.). ¿Habría que recordar que en Lenin los motivos personales eran hijos siempre de los motivos revolucionarios relacionados con el Partido? La "grosería" y la "deslealtad" son también atributos personales. Y si Lenin ponía en guardia al Partido contra estos defectos, no era por razones personales, sino por motivos políticos. La carta de Lenin sobre su ruptura de toda relación de camaradería con Stalin tenía precisamente ese carácter. Esta última carta fue escrita después de la carta sobre la cuestión nacional y después del "Testamento". Son inútiles los esfuerzos para suavizar el peso moral de la última carta de Lenin. ¡El Partido tiene derecho a conocer también dicha carta! ¡He aquí cómo hablan los hechos! ¡He aquí cómo engaña Stalin al Partido!

La discusión de 1923-1927

64. En vida de Lenin, especialmente en la época de los desacuerdos, hoy tan aumentados y desfigurados, sobre Brest-Litovski y sobre los Sindicatos, el término "trotskismo" no existía¹. El Partido estimaba que estos desacuerdos se planteaban sobre la base de los fundamentos históricos del bolchevismo. Los peores adversarios de Lenin en la cuestión de Brest-Litovski fueron Bujarin, Yaroslavski, Kuibichev, Soltz, Safarov y una docena de otros viejos bolcheviques que constituían la fracción de los "comunistas de izquierda". Hubieran tenido razón en mostrarse sorprendidos si a alguien se le hubiera ocurrido en aquella época llamar a su posición "trotskismo", tanto más cuanto que yo mismo me encontraba al lado de Lenin en las principales cuestiones sobre las cuales combatían a Lenin los comunistas de izquierda.

La mismo puedo decir respecto a la cuestión sindical. La exageración administrativa había nacido de toda la práctica del comunismo de guerra y había influenciado a no pocos viejos bolcheviques. Si alguien hubiera hablado de "trotskismo" al referirse a esto, hubiera sido tomado por loco. El espantajo del "trotskismo" no fue agitado más que al retirarse Lenin definitivamente del trabajo, es decir, durante la discusión de 1923. Fue entonces cuando se comenzó a "criticar" la teoría de la revolución permanente, con el fin de resucitar todas las

¹ Hay que subrayar aquí que Stalin me propuso con insistencia que me encargara, en el XII Congreso, del informe del Comité Central, de acuerdo con el presidente del B. P., Kamenev, y con el apoyo decidido de Kalinin y otros. Yo me negué a ello alegando los desacuerdos existentes, sobre todo respecto a las cuestiones económicas.

Qué desacuerdos? — replicó Kalinin — . *En lo mayoría de los casos han sido sus proposiciones las aceptadas.*" — L. T.

divergencias nacidas en la nueva etapa del desarrollo histórico. No se combatió a Trotski porque presentara una nueva teoría, el "trotskismo", sino que, por el contrario, los críticos contruyeron artificialmente la teoría del "trotskismo" para luchar contra Trotski. No pocos lo confesaron así al surgir la tendencia Zinoviev-Kamenev.

65. Será conveniente hablar en otra ocasión, y detenidamente, de la teoría de la revolución permanente. Esta cuestión, liquidada a tiempo por la Historia, debe ser abordada históricamente y no con objeto de servir de base a las intrigas.

Hay que considerar los dos lados de la teoría de la revolución permanente: un lado fuerte y otro débil. El lado fuerte está en el esclarecimiento del hecho, no sin importancia, de que, gracias a la situación internacional y a la posición de las fuerzas sociales determinadas por esta situación, la Revolución rusa, habiendo comenzado como revolución burguesa, puede conducir al proletariado ruso a la dictadura antes de que suba al Poder la clase obrera de Europa occidental.

El lado débil de la teoría de la revolución permanente estaba en la determinación insuficientemente clara y concreta de las etapas de la evolución, y especialmente en la reagrupación de las clases durante el tránsito de la revolución burguesa a la revolución socialista. Ya he dicho más de una vez que el punto de vista de Lenin era mucho más concreto. Pero solamente el punto de vista de Lenin. Las nueve décimas partes de los balbuceos críticos de los años 1923.1927 contra la teoría de la revolución permanente derivan de la escolástica estéril y con una desvergonzada fabricación del "trotskismo" contra Trotski.

66. Renuncio a analizar ahora la discusión de 1923. La lucha comenzada entonces continúa todavía. Las cuestiones fundamentales de la discusión fueron:

- a) Las relaciones entre la ciudad y el campo (tijeras; desproporciones; la amenaza que podrá surgir en el próximo período; ¿permanecerá la industria retrasada en relación con la agricultura o la sobrepasará?);
- b) El sentido del plan económico bajo la égida de la lucha de las tendencias socialistas y capitalistas;
- c) El régimen del Partido;
- d) Los problemas de la estrategia revolucionaria (Alemania, Estonia).

Las cuestiones en litigio se han concretado desde entonces y se manifiesta esto en un gran número de documentos de la oposición. Sin embargo, la tesis fundamental, esbozada por la oposición en 1923, se ha confirmado plenamente.

En una declaración de 1926, firmada por Kamenev y Zinoviev, se dice:

"No puede caber ya duda alguna de que el núcleo de la oposición de 1923 tuvo razón al ponernos en guardia contra la posibilidad de que se abandone la línea proletaria y contra el peligro del desarrollo del régimen del aparato. Se mantiene al margen de todo trabajo del Partido a decenas y centenares de dirigentes de la oposición de 1923, entre los cuales hay viejos obreros bolcheviques, templados en la lucha, extraños al profesionalismo y al arrivismo, a pesar de la disciplina y del espíritu de resistencia de que han dado pruebas."

Esta declaración por sí sola basta para demostrar cuán poco pesa el espectro del "trotskismo" en la balanza de la teoría, ese espectro creado y mantenido para ahogar al Partido.

Se le llama "trotskismo" desde 1923, y sobre todo desde 1924, a la aplicación correcta del marxismo en la nueva etapa de la Revolución de Octubre y de nuestro Partido.

Algunas deducciones

He aquí una parte de los hechos, de los testimonios y de las citas que yo puedo aportar para refutar la historia de estos diez últimos años, falsificada por Stalin, Yaroslavski y compañía.

Hay que añadir que la falsificación no se limita a estos diez años, sino que se extiende a toda la historia precedente del Partido, transformada en lucha ininterrumpida del bolchevismo contra el "trotskismo". Los falsificadores pueden actuar con más facilidad en este dominio, dado que los acontecimientos se refieren a un pasado relativamente lejano, y que los documentos que se editan son escogidos arbitrariamente. Para lograr todo ello se falsifica el pensamiento de Lenin por medio de una selección unilateral de citas. Sin embargo, esta vez no hablaré del primer período de mi actividad revolucionaria (1897-1917), puesto que la razón de la presente carta que les dirijo es su cuestionario sobre mi participación en la Revolución de Octubre y mis entrevistas y relaciones con Lenin.

Me limitaré a dedicar algunas líneas a los veinte años que han precedido a la Revolución de Octubre.

Yo formé parte de la "minoría" del II Congreso, minoría de donde, más tarde, nació el menchevismo. Permanecí afiliado y políticamente ligado a esta minoría hasta el otoño de 1904, poco más o menos hasta lo que ha dado en llamarse "la campaña provincial de la nueva Iskra; fue entonces cuando se precisó mi desacuerdo absoluto e irreductible con el menchevismo en las cuestiones del liberalismo burgués y de las perspectivas de la Revolución. En 1904, es decir, hace veintitrés años, rompí con el menchevismo tanto en lo referente a la política como a la organización. Yo no me he llamado nunca menchevique ni me he estimado tal.

El 9 de diciembre de 1926, ante el Ejecutivo de la Internacional Comunista, me expresé en la forma siguiente respecto a la cuestión del trotskismo:

"Y o no creo que, por lo general, el método biográfico pueda conducirnos a la decisión de cuestiones de principio. No cabe duda alguna que yo he cometido errores sobre muchos problemas, sobre todo durante la época de mi lucha contra el bolchevismo. Pero no sería fácil sacar por ello la conclusión de que, en lugar de estudiar el contenido, es necesario juzgar los problemas políticos según la biografía, pues de lo contrario habría que pedir la biografía de cada delegado. . Yo mismo puedo hacer referencia a un precedente. En Alemania ha vivido y ha luchado un hombre que se llamaba Franz Mehring, que se adhirió a la socialdemocracia después de una larga y enérgica lucha contra ella (hasta estos últimos años nos llamábamos siempre socialdemócratas). Mehring escribió primero la historia de la socialdemocracia alemana como adversario, no como lacayo del capitalismo, sino como adversario en ideas, y sólo más tarde, convertido en amigo fiel, escribió su excelente obra sobre la socialdemocracia. Por otra parte, Kautski y Bernstein no han combatido nunca a Marx abiertamente, y los dos han estado mucho tiempo bajo la férula de Federico Engels. Bernstein, por otra parte, era conocido como testamentario de Engels. Sin embargo, Franz Mehring ha muerto marxista, comunista, mientras que los otros dos, Kautski y Bernstein, son hoy los perros fieles del reformismo. El elemento biográfico tiene, naturalmente, su importancia; pero no es, en sí, decisivo."

Como he declarado no pocas veces, en los desacuerdos que tuve con el bolchevismo sobre una serie de cuestiones de principios, la sinrazón estaba de mi parte. Pero para definir en algunas palabras – aun cuando nada más sea de una forma aproximada – el contenido y la importancia de mis desacuerdos pasados con el bolchevismo, debo decir lo siguiente:

En la época en que yo no era miembro del Partido bolchevique, en los momentos en que mis desacuerdos con el bolchevismo alcanzaban el máximo de acritud, la distancia que me separaba de las concepciones de Lenin no ha sido nunca tan grande como la distancia que separa actualmente a Stalin-Bujarin de los propios principios del marxismo-leninista.

Cada nueva etapa del desarrollo del Partido de la Revolución, cada nuevo libro, cada nueva teoría han suscitado un nuevo "zig-zag" y una nueva falta por parte de Bujarin. Toda su biografía política y teórica es una cadena de errores desde el punto de vista del bolchevismo. Las faltas que Bujarin ha cometido después de la muerte de Lenin sobrepasan enormemente – por su amplitud y, sobre todo, por sus consecuencias – todas las faltas anteriores. Este escolástico, que esteriliza el marxismo, que lo convierte en un juego de ideas y, con frecuencia, en un sofisma verbal, se ha revelado como el "teórico" principal de este período de desviación política de la Dirección del Partido, es decir, de abandono del camino revolucionario proletario para seguir el camino de la pequeña burguesía. Y esto no se logra sin sofismas. De ello nace el papel "teórico" actual que desempeña Bujarin.

En todas las cuestiones – poco numerosas por cierto – en que Stalin ha tratado de ocupar una posición personal o simplemente de dar, sin la dirección inmediata de Lenin, su propia respuesta a las grandes cuestiones, constante e invariablemente – orgánicamente, por decirlo así – ha adoptado una posición oportunista.

En una carta que escribió desde el destierro, Stalin denominaba la lucha de Lenin contra el menchevismo, contra la gente de *Vperiod* y contra los conciliadores, "de tempestad en un vaso de agua" (véase la *Zavja Vostoka* del 23-12.25)

Que yo sepa, si hacemos abstracción de los artículos o menos justos, pero simplemente elementales, sobre la cuestión nacional, no existen otros documentos políticos que reflejen el pensamiento de Stalin antes de 1917.

La posición personal de Stalin (antes de la llegada de Lenin) al comienzo de la Revolución de Febrero era manifiestamente oportunista.

La posición personal de Stalin respecto de la Revolución alemana de 1923 es, desde el principio al fin, la de un conciliador que se arrastra a remolque de los acontecimientos

La posición personal de Stalin en las cuestiones de la Revolución china es una edición agravada del "martynovismo de 1903.1905.

La posición personal de Stalin en las cuestiones del movimiento obrero inglés constituye una capitulación centrista ante el menchevismo.

Pueden amañarse las citas. Pueden disimularse las actas taquigráficas. Puede prohibirse la difusión de las cartas y de los artículos de Lenin. Pueden fabricarse por series las citas tendenciosas. Pueden suspenderse, ocultarse o quemarse los documentos históricos. Incluso puede hacerse extensiva la censura a los relatos fotográficos y cinematográficos de los acontecimientos revolucionarios. Stalin se encarga de hacer todo eso. Pero los resultados no justifican ni justificarán sus esperanzas. Se necesita la estrechez de espíritu de Stalin para creer que es posible hacer olvidar, por medio de maquinaciones burocráticas de la peor especie, los gigantescos acontecimientos de la Historia.

En 1918, en la primera fase de su lucha contra mí, Stalin se vio obligado a escribir, como ya hemos visto, las palabras siguientes:

"Todo el trabajo de organización práctica de la insurrección se efectuó bajo la dirección inmediata de Trotski, presidente del Soviet de Petrogrado. Puede decirse que el paso de la guarnición al lado del Soviet y la hábil organización del trabajo del Comité de guerra se los debe el Partido, ante todo y sobre todo, al camarada Trotski." (Stalin, *Pravda* del 6 de noviembre de 1918.)

Haciéndome enteramente responsable de mis palabras, me veo obligado a decir: el salvaje aplastamiento del proletariado chino y de la Revolución china en sus tres principales etapas; el fortalecimiento de la posición de los agentes tradeunionistas del imperialismo inglés, después de la huelga general de 1926; el debilitamiento general de la posición de la

Internacional Comunista y de la U. R. S. S., se lo debe el Partido, ante todo y sobre todo, a Stalin.

21 de octubre de 1927.

Trotsky, acusado de haber infringido la disciplina del Partido

(Discursos pronunciados en la sesión de la Comisión Central de Control. Junio de 1927)

La eliminación de Trotsky de sus funciones directivas había sido premeditada desde la primera enfermedad de Lenin, es decir, desde 1922. Los trabajos preparatorios se llevaron a cabo durante el año siguiente; la campaña se manifestó públicamente a fines de año. La dirección de esta labor fue asumida por el triunvirato (Stalin, Zinoviev, Kamenev). Pero el triunvirato se disgregó en 1925. Zinoviev y Kamenev fueron víctimas de las maniobras del aparato que habían contribuido a forjar contra Trotsky. A partir de aquel momento, la tarea de la fracción de Stalin estuvo destinada a proceder a un cambio completo de los hombres colocados al frente del Partido, alejando de sus cargos a todos los que habían dirigido el Partido y el Estado en vida de Lenin. En julio de 1926, Trotsky leyó ante la asamblea plenaria del Comité Central y de la Comisión Central de Control una declaración prediciendo con toda exactitud las medidas que adoptaría en seguida la fracción de Stalin para sustituir por una dirección stalinista la dirección leninista. Los stalinistas han puesto en práctica dicho programa, en el transcurso de los años siguientes, con una puntualidad verdaderamente sorprendente.

La principal etapa en este camino fue la comparecencia de Trotsky ante el tribunal del Presidium de la Comisión Central de Control para responder de una doble acusación: 1º, de haber pronunciado discursos "fraccionales" en la sesión del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista; 2º, de haber tomado parte en las manifestaciones de simpatía en favor de Smilga, miembro del Comité Central, mandado poco tiempo antes a Siberia oriental, a Kabavovski, como castigo por su actitud opositora. Zinoviev fue acusado también de crímenes por el estilo. La sanción acordada fue la de su destitución del Comité Central.

A continuación se insertan los dos discursos que pronunció el autor de este libro ante la Comisión Central de Control, que llenaba las veces del Tribunal de Justicia. El autor ha cortado los párrafos relativos a las cuestiones que el lector extranjero no podría comprender sin explicaciones detalladas. Por lo demás, y salvo ligeras correcciones de estilo, los discursos son publicados tales y como fueron pronunciados.

Primer discurso

Trotsky. – Antes de abordar mi defensa o mi acusación – pues no sé cómo llamarla – me veo obligado a pedir que se elimine de este tribunal al camarada Jansson, al cual recuso por su actitud anterior. Todos estáis al corriente, indudablemente, de la existencia, a partir de 1924, de un "Comité de los siete", compuesto por todos los miembros del Politburó, menos yo. Mi puesto lo ocupaba vuestro ex presidente Kuibitchev, que, dadas sus funciones, hubiera debido ser el principal guardián de los estatutos y de las sanas costumbres del Partido, pero que realmente ha sido el primero en violarlos y adulterarlos. El "Comité de los siete" ha sido una institución ilegal y contraria al Partido, que disponía de los destinos de este último contra su voluntad. En un discurso que pronunció en una de las sesiones del Comité Central, el camarada Zinoviev designó a Jansson como uno de los participantes en el trabajo, contrario al Partido, del "Comité de los siete". Nadie ha desmentido dicha declaración. El propio Jansson no ha abierto la boca. Aun cuando haya otros que sean igualmente culpables del mismo crimen, respecto a Jansson existen pruebas que constan en acta. Jansson se dispone hoy a

juzgarme por mi actitud contraria al Partido. Yo exijo de vosotros que recuséis a Jansson como juez.

El presidente Ordionikidzé. – Eso es imposible. ¿Bromea usted, camarada Trotski?

Trotski. – No tengo costumbre de bromear cuando se trata de cuestiones graves e importantes. Comprendo muy bien que mi proposición ha colocado al Presidium en una situación un tanto difícil, pues mucho me temo que haya otros más en el Presidium de los que participaron en el trabajo de los "siete". Sea como fuere, mi proposición no era una broma. La verdad es que si bien sus reuniones tenían aparentemente por objeto "fijar el orden del día" del Politburó, yo, miembro de este último, ignoraba dichas reuniones. Ahora bien; fue en una de dichas reuniones donde se adoptaron las medidas de lucha contra mí. Los miembros del Politburó adoptaron en una reunión la decisión de abandonar toda polémica entre ellos para combatir únicamente a Trotski. El Partido ignoraba todo esto; yo, también. Y así ocurrió durante mucho tiempo. Yo no he dicho nunca que el camarada Ordionikidzé fuera miembro de dicho Comité fraccional; he dicho, en cambio, que tomaba parte en su trabajo.

Ordionikidzé. – Jansson, quizá; pero respecto a Ordionikidzé, está usted equivocado.

Trotski. – Me excuso por ello, aun cuando dicha equivocación me parezca solo de pura forma. He hablado, en efecto, de Jansson. Y no he manifestado que formara parte del Comité propiamente dicho, sino que participaba en los trabajos de ese Comité fraccional, que, contrariamente a los estatutos del Partido, trabajaba contra los estatutos y contra la voluntad del Partido. De otra manera no hubiera tenido por qué ocultarse. Si se encuentran aquí otros camaradas que, lo mismo que Jansson hayan tomado parte en los trabajos de dicho Comité, pido también que se les recuse igualmente.

(El Presidium rechaza acto seguido la recusación de Jansson.)

Trotski. – Hay camaradas que estiman que es preciso eliminarnos del Comité Central a consecuencia de la manifestación de la estación de Yaroslav, del discurso de Zinoviev difundido por la "radio" y de mi "actitud" en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Todo esto podría tener algún valor si no existiera la declaración que nosotros, la oposición, le entregamos al Comité Central a *comienzos de junio del año pasado*. En ella predecíamos, muy clara y justamente, el curso que iba a seguir la lucha dirigida contra nosotros; predecíamos que os aprovecharíais de los más nimios pretextos para explicar el programa de reorganización de la dirección ideológica que se ha fijado vuestro jefe fraccional hace ya tiempo, mucho antes de la sesión de junio del Comité Central y del XIV Congreso del Partido.

Formuláis contra mí dos acusaciones. La primera es mi intervención en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Yo consideraba y considero todavía que la Comisión Central de Control no puede en manera alguna juzgarme por mis intervenciones en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Si el camarada Jansson sigue sin comprender esto, debe leer seriamente los estatutos de la Internacional y de nuestro Partido. Así verá que tengo razón, como la tendría al negarle a una Comisión de Control provisional el derecho de pedirme cuentas por una intervención hecha en mi calidad de miembro del Comité Central.

La segunda acusación está relacionada con las manifestaciones de simpatía que han tenido lugar en la estación de Yaroslav en favor de Smilga. Habéis desterrado a Smilga a Khabarovsk. Solicito una vez más que os dignéis ponerlos de acuerdo para dar una explicación sobre este destierro. Schkiriátov ha dicho en la Comisión Central de Control: "¡También se puede trabajar en Khabarovsk!" Si se mandara a Smilga a Khabarovsk en condiciones normales y para trabajar, no vendríais diciendo ahora que el hecho de acompañarle a la estación era una demostración contra el Comité Central. Y si se trata del destierro

administrativo de un camarada cuya presencia es necesaria en los puestos responsables, es decir, en los cargos soviéticos de combate, es que engaños al Partido y que hacéis un doble juego. ¿Manteneis todavía que el viaje de Smilga a Khabarovsk responde a una misión que ha sido confiada según el procedimiento normal? ¿Y no os acusáis al mismo tiempo de haber organizado una manifestación contra el Comité Central? Es una política de doble fondo.

Pero voy a pasar en seguida de estas pequeñeces de la acusación a los problemas políticos esenciales.

Los peligros de guerra

En nuestra declaración, entregada en el mes de julio del año pasado, decíamos: "Una de las primeras condiciones para la defensa de la Unión Soviética y, por tanto, para el mantenimiento de la paz, estriba en unir por medio de un lazo indisoluble al Ejército Rojo, cada vez mayor y más fuerte, con las masas laboriosas de nuestro país y del mundo entero. Todas las medidas económicas, políticas o culturales conducentes a aumentar el papel de la clase obrera en el Estado, consolidan el lazo que une a los obreros agrícolas, a los pobres del campo, así como a los campesinos medios, y aumentan también la fuerza del Ejército Rojo, aseguran la inviolabilidad del país de los Soviets y fortalecen la causa de la paz."

La prueba de ello está en que hace un año os hemos invitado a examinar los peligros de guerra y los peligros en el interior de la U. R. S. S. en tiempo de guerra. No se trata de cuestiones especiales, sino de cuestiones inherentes a nuestra política de clase. Cuando el jefe oficial del Estado, el presidente del Comité Central Ejecutivo, Kalinin, pronuncia en Tvers un discurso en el que declara que necesitamos soldados fuertes y robustos, pero que el soldado fuerte y robusto no puede ser sino un campesino medio, ya que no pueden serlo los soldados pobres porque entre ellos abundan los enclenques, ¿no quiere dar a entender esto el propósito de apoyarnos sobre el campesino medio, bajo cuyo nombre denominamos al "kulak" o candidato a "kulak"? Kalinin olvida que hemos hecho la Revolución de Octubre y que los miserables y los enclenques han vencido a los gallardos y a los fuertes. ¿Por qué ha sucedido esto? Porque los primeros constituían y constituyen el número. ¿Qué importa – me diréis – lo que ha podido decir ese pobre Miguel Ivanovitch? ¿Pero le habéis llamado al orden? No, no le habéis llamado al orden. Sin embargo, nos llamáis al orden a nosotros en cuanto criticamos su política, que deprime al campesino pobre y fortalece al "kulak", a ese "kulak" que Yakovlev, aquí presente, oculta por medio de estadísticas truncadas. Si alguien debe ser juzgado aquí, es Yakovlev; sin embargo, es él quien se dispone a juzgarnos.

Hoy explotáis el peligro de guerra para atacar a la oposición y preparar su aplastamiento. Juzgad por vosotros mismos: de todos los problemas tratados en el Comité Ejecutivo de la Internacional, entre ellos se han examinado los peligros de guerra, el movimiento obrero inglés y más particularmente el problema de la Revolución china; no habéis publicado, para informar al Partido, más que un solo folletito rojo contra la oposición y habéis – ¿cómo decirlo? – ... y habéis escamoteado de la reseña taquigráfica mi discurso, so pretexto de que no lo había "releído". Esto quiere decir que explotáis el peligro de guerra ante todo contra nosotros.

Declaramos que estamos dispuestos a continuar criticando el régimen staliniano mientras no nos amordacéis por la violencia física. Hasta que eso ocurra, criticaremos este régimen que lleva en sí la ruina de todas las conquistas de la Revolución de Octubre. Ya en tiempos del zarismo había patriotas que confundían la patria con las autoridades. Nosotros no hacemos lo mismo. Criticaremos el régimen staliniano como un régimen de incapacidad, un régimen de desviación, de debilidad ideológica, de cortos alcances y desprovisto de perspicacia.

Hemos llamado vuestra atención durante todo un año respecto al Comité angloruso. Os hemos dicho que este Comité mata la formación de un movimiento revolucionario entre el proletariado inglés. Y vosotros habéis arrojado en la balanza toda vuestra autoridad, la experiencia bolchevique acumulada, la autoridad de Lenin, con el fin de sostener a Purcell. Alegáis: "¡Pero si le criticamos!" Esta es una desviación, una nueva forma de apoyar el oportunismo. Lo "criticáis" – cada vez más débilmente, con menos frecuencia –, pero mantenéis relaciones con él. Purcell puede decirles a esos revolucionarios, a esos bolcheviques, cuando lo califican de agente de Chamberlain: "Miradle bien: es el propio Tomski, miembro del Politburó, presidente de la Central de los Sindicatos rusos, el que ha enviado dinero a los huelguistas ingleses; me critica, sí, pero actúa codo con codo conmigo. ¿Cómo os atrevéis a tratarme de agente del imperialismo?" ¿Tendrá o no tendrá razón Purcell para contestar así? Mediante una táctica complicada habéis puesto todo el mecanismo del bolchevismo al servicio de Purcell. Y esta acusación es más grave, un poco más seria que la de haber acompañado a Smilga a la estación de Yaroslav. ¿Oué habéis hecho del bolchevismo? ¿Qué habéis hecho de su autoridad, de su experiencia, de la teoría de Marx y de Lenin? ¿Oué habéis hecho de todo eso en estos últimos años? Les habéis dicho a los obreros del mundo entero, y en primer lugar a nuestros obreros moscovitas, que en caso de guerra el Comité angloruso sería el eje de la organización de la lucha contra el imperialismo. Y nosotros hemos dicho y seguimos repitiendo que en caso de guerra el Comité angloruso será el refugio preparado para todos los desertores que antes se hacían pasar por amigos, para todos los tránsfrugas que quieran pasarse al campo de los enemigos de la Unión Soviética. Thomas apoya abiertamente a Chamberlain. Pero Purcell apoya a Thomas, y esto es lo esencial. Thomas se mantiene por el apoyo del capital. Purcell se mantiene gracias al engaño de las masas y al mismo tiempo apoya a Thomas. Ahora bien; vosotros sostenéis a Purcell. En vosotros, en vuestro lado derecho, existe una cadena que va hasta Chamberlain. Sois vosotros los que os encontráis del mismo lado que Purcell, el cual apoya a Thomas y con él a Chamberlain. He aquí las consecuencias que se desprenden de un análisis político y no de una nimiedad.

En las reuniones, y sobre todo en las células obreras y campesinas, se cuentan infinitas historias sobre la oposición, y se pregunta con qué "recursos" lleva a cabo su "trabajo" la oposición. Los obreros, quizá ignorantes, quizá inconscientes, quizá también instigados por vosotros, hacen esas preguntas reaccionarias. Y hay oradores lo suficientemente cobardes para contestar a esas preguntas de una manera evasiva.

Si fuérais verdaderamente una Comisión Central de Control, vuestro deber sería poner término a esta campaña inmundada, miserable, repugnante, en una palabra: staliniana.

Nosotros no nos paramos en pequeñeces, sino que hacemos una franca declaración política: Chamberlain y Thomas se encuentran en el mismo frente y Purcell los apoya, pues sin su ayuda no son nada; sosteniendo a Purcell debilitáis a la U. R. S. S. y fortalecéis al imperialismo. He aquí una declaración política honrada! Vosotros mismos sabéis }a hov toda su importancia.

Si temiérais, como decís, un peligro de guerra, ¿os entregaríais en el propio seno del Partido a esa loca represión que cada vez se agrava más? ¿Podríais arrojar en estos momentos a los militantes de primer orden, alejarles del trabajo militar porque, siempre dispuestos y aptos a luchar por la patria socialista, consideran la actual política del Comité Central falsa y funesta? ¿Disponéis de muchos trabajadores militares como Smilga, Mratchkovski, Lachevitch, Bakaiev? He oído decir que estáis dispuestos a destituir a Muralov de la Inspección militar con el pretexto de que ha firmado la declaración de los 83. ¡Vais del brazo de Purcell y de otros "luchadores contra la guerra" de la misma especie, y tratáis de destituir a Muralov de la Inspección militar! (*Escándalo en la sala.*)

Una voz. – ¿Quién le ha informado a usted?

Trotsky. – No me ha informado nadie; pero sé que se habla cada vez más insistentemente de este asunto.

Ordionikidzé. – Va usted demasiado deprisa.

Trotsky. – Acaba usted de decir una cosa justa: hablo, en efecto, con cuarenta y ocho horas de anticipación de una cosa que se disponen ustedes a hacer dentro de un instante¹ lo mismo que el año pasado, en julio, preveíamos apriorísticamente todo el curso de la lucha contra nosotros. Ahora se trata de una nueva etapa.

¿Y los auditores de la Academia Militar y de la Academia de Aviación? Arrojáis a los mejores por su actitud opositora. He dispuesto de algún tiempo para reunir algunas breves notas biográficas sobre los cuatro auditores que habéis arrojado estos días, en vísperas de terminar sus estudios. La primera biografía es la de Okhotnikof; la segunda, de Kuzmitchev; la tercera, de Broidta; la cuarta, de Capel. He aquí la primera: Okhotnikof nació en 1897. Su padre y su madre eran campesinos de la Besarabia; no poseían tierras y trabajaban las de un gran propietario. Instrucción primaria. Hasta 1905 trabajó con su padre, trabajando también, de vez en cuando, como cochero. En 1915 entró a servir en el ejército zarista. Al estallar la Revolución de Febrero se encontraba en Ekaterinoslav; el 26.º regimiento de artillería lo eligió del Sovjet de diputados soldados; en mayo se le mandó, dado "su espíritu bolchevique", al frente del 4.º ejército, donde ingresó en el Comité de la División y de la 17.0 brigada. Herido durante un combate, se encontraba en el hospital al estallar la Revolución de Octubre. A su salida del hospital, en diciembre de 1917, organiza inmediatamente a los elementos revolucionarios, y lucha contra el ejército rumano de ocupación, trabaja bajo la dirección del Partido bolchevique y, en 1918, se adhiere a la organización ilegal de Besarabia. Le nombran presidente del Comité revolucionario ilegal del distrito de Telest y comandante de un cuerpo de ejército. Es juzgado dos veces por un Consejo de guerra rumano y condenado a muerte; finalmente consigue evadirse. En 1919 llega a Ucrania con un grupo de revolucionarios, y entra a formar parte de la 45.º división roja. Ocupa diversos puestos en el mando. Pasa toda la guerra en el frente y, terminada ésta, toma parte en diferentes ocasiones en la lucha contra los bandidos blancos: Ingresa en la Academia Militar en 1924. Falto de instrucción general, se le coloca al principio en el curso preparatorio. Pasa del primero al segundo curso con la mención "Bien". En el Partido se le impone una primera sanción en febrero de 1927 por sus ideas opositoras. Ahora se le expulsa de la Academia "por haber acompañado a Smilga".

Conozco además otras cuatro biografías por el estilo, que, en conjunto se diferencian muy poco las unas de las otras. Se trata de soldados de la Revolución, de soldados del Partido, que han recibido heridas y diplomas del Comité Central Ejecutivo, que han sido condecorados con la Orden de la Bandera Roja; de revolucionarios de temple que permanecerán fieles a Octubre, que lucharán hasta el fin por Octubre. ¿Y vosotros los arrojáis de las Academias Militares! ¿Es así como se prepara la defensa militar de la Revolución?

Se nos acusa – ya lo sabéis – de *pesimismo* y de *escepticismo*. ¿Cuál es el origen de esta acusación de "pesimismo"? Esta vil, esta estúpida expresión, ha sido lanzada, según parece, por Stalin. Para *ir contra la corriente*, como lo hacemos nosotros, se precisa, sin embargo, de un poco más de fe en la revolución internacional de la que tenéis muchos de vosotros. ¿De donde procede esta acusación de escepticismo? De la famosa teoría de la edificación del socialismo en un solo país. Nosotros no hemos tenido fe en esta teoría de Stalin.

Zinoviev. – Ordionikidzé me decía en 1925: "Escribe contra Stalin".

¹ Muralov, uno de los principales dirigentes del Ejército Rojo, no tardó en ser relevado, no sólo de la Inspección Militar, sino excluido del Partido y deportado a Siberia, donde se encuentra aún actualmente. (*Nota del autor.*)

Trotsky. – No hemos tenido fe en este descubrimiento, que tiende a desnaturalizar radicalmente a Marx y a Lenin. No hemos tenido fe en semejante descubrimiento, y he aquí por qué somos pesimistas y escépticos.

¿Sabéis quién ha sido el precursor del "optimista" Stalin? He traído conmigo un importante documento, que os entregaré si así lo deseáis. Se trata de un artículo de Volmar, social patriota alemán, escrito en 1879. Este artículo se intitula: "El Estado socialista aislado". Sería conveniente traducirlo y enviárselo a todos los miembros del Comité Central y de la Comisión Central de Control, así como a todos los miembros del Partido.

El socialdemócrata alemán Volmar defendía la teoría del socialismo nacional en 1879, mientras que su imitador Stalin no ha comenzado a fabricar su "original" teoría hasta 1924. ¿Por que opinaba así Volmar en 1879? Porque era una época de reacción, un período de gran retroceso y de debilidad del movimiento obrero europeo. La Comuna de París había sido vencida en 1871, y hasta 1878 no resurgió el movimiento revolucionario en Francia. En Inglaterra triunfaba el tradeunionismo liberal, la política obrera liberal. Fue la época de más profunda decadencia del movimiento revolucionario inglés, así como todo el movimiento revolucionario continental. Pero la socialdemocracia alemana se desarrollaba, durante la misma época, rápidamente. Esta contradicción condujo a Volmar a recurrir también a la teoría original del socialismo en un solo país. ¿Sabéis cómo acabó Volmar? Acabó convertido en socialdemócrata, bávaro, en un archiderechista, en un nacionalista. ¿Alegaréis que la situación hoy es muy diferente? Es cierto: la situación hoy es muy diferente. Pero en estos últimos años, el proletariado europeo ha sufrido grandes derrotas. Las esperanzas en la revolución mundial, en la victoria proletaria inmediata, que existían en 1918-1919, están ya descartadas, y aquellos que pertenecen a los optimistas de la mayoría que han perdido esta esperanza tienden a deducir que podemos muy bien prescindir ahora de la revolución internacional. Son éstas las premisas de una desviación oportunista hacia la "Volmarización" limitadamente nacional, que comienza con su teoría del socialismo en un solo país.

Nos acusáis, tanto en lo que se refiere a esta teoría como en lo que no tiene relación alguna con ella, de pesimismo y de escepticismo. Nosotros, la oposición, somos un "puñado" de pesimistas y de escépticos. El Partido está unido y, en su seno, todos son optimistas y poseen una gran fe, ¿No es un poco simplista todo esto? Permitidme que plantee la cuestión de la siguiente manera: el *arrivista*, es decir, el individuo que desea obtener beneficios personales, ¿se adhiere actualmente a la oposición? Únicamente el *arrivista* aislado puede darnos su adhesión durante un momento, para separarse inmediatamente e ir a alinearse acto seguido en las filas de los "mejores representantes" de nuestro Partido y del país. Pero se trata en este caso de personajes de una moral deplorable y excepcional. Si tomamos como ejemplo al *arrivista* medio, yo os pregunto: ¿tratará en las actuales condiciones de hacer carrera alistándose en la oposición? Todos sabéis muy bien que no. ¿Es que en las actuales condiciones puede adherirse el *arrivista* a la oposición, cuando, por delito opositor, se expulsa de las fábricas, reduciéndoles al paro forzoso, a los obreros bolcheviques que, llegado el momento, combatirán tan valerosamente como puedan combatir los aquí presentes? No; el *arrivista*, ambicioso, no se adherirá a la oposición. El ejemplo de los obreros opositores nos prueba que, a pesar de la represión, todavía se tiene el valor, en las filas del Partido, de defender sus concepciones. Una vez más os lo pregunto: las personas del montón, los burócratas, los ambiciosos, ¿vendrán con la oposición? No, no vendrán a nuestras filas. Y los obreros cargados de familia, fatigados, decepcionados por la Revolución, que permanecen en el Partido por inercia, ¿vendrán a la oposición? No, no vendrán. Dirán para sí: "Evidentemente, el régimen es malo; pero que hagan con ellos lo que quieran; yo no puedo meterme en tales andanzas." ¿Qué cualidades es necesario poseer, pues, en las actuales condiciones, para ingresar en la oposición? Es menester poseer una fe firme en su causa, es

decir, en la causa de la revolución proletaria; una verdadera fe revolucionaria. Vosotros, en cambio, no exigís más que una fe vaga, consistente en votar según la opinión de la dirección, en identificar la patria socialista con un simple Comité del Partido, en adaptar su conducta a la del Secretariado. Si trabajáis en la industria o en la administración, para estar tranquilos asegurados antes en el Comité del Partido de vuestro radio o en el secretario del Comité del Partido de vuestra provincia. ¿Cómo se comprueba vuestra fe? Votando con unanimidad de 100 por 100. Y el que no quiere tomar parte en esa votación obligatoria, trata de escurrir el bulto. Pero el secretario de la célula le retiene: "Debes votar, y votar como te dicen." Los que se niegan a votar son inmediatamente despedidos. ¿Creéis que es posible ocultar estas cosas al proletariado? ¡No! Me permito preguntaros: ¿con quién jugáis? Estáis haciendo un mal juego con vosotros mismos, con la Revolución y con el Partido. El que vota siempre con una unanimidad de 100 por 100 a vuestro favor es el que atacaba ayer a Trotski, el que ataca hoy a Zinoviev, el que atacará mañana a Bujarin o a Rikov: ese no será nunca un soldado seguro en las horas difíciles de la Revolución. La oposición da pruebas de su fidelidad y de su valor por el simple hecho de que en un grave período de desviaciones y de presión oficial no se rinde, sino que agrupa en torno suyo, por el contrario, a los elementos combativos más valiosos, a los que no se puede comprar ni aterrorizar.

Jansson. – También entre los opositores se encuentran los arrivistas y los aprovechados.

Trotski. – ¡Nómbrelos! Expulsaremos a todos. Nómbrelos! ¿Dónde están? El núcleo fundamental de la oposición se compone de elementos a los cuales no es posible comprar ni aterrorizar.

El régimen del Partido amordaza, oprime, en cadena al Partido, disimula el profundo proceso de clase que se opera en el país, proceso en el cual tropezamos con los primeros síntomas del peligro de guerra y con el cual tropezaremos más vivamente todavía si llega la guerra.

El régimen actual desfigura el carácter de la vanguardia del proletariado, y no permite que se diga abierta y honradamente de dónde viene el peligro. Y el peligro que amenaza al proletariado viene de las clases que no son proletarias, pues el último período se caracteriza por un repliegue político del proletariado mientras que las otras clases cobran importancia.

Con esto precisamente se relaciona el problema del Estado obrero. Una de las innumerables y vergonzosas mentiras que se propalan sistemáticamente por medio de la *Pravda* es que yo he declarado que nuestro Estado no es obrero. Se dice esto falsificando un acta taquigráfica que yo no he releído donde exponía simplemente la actitud de Lenin con respecto al Estado obrero y en oposición a la de Molotov. Lenin decía que habíamos heredado no pocas taras del aparato zarista. ¿Qué decís hoy vosotros? Convertís al Estado obrero en un *fetiché*, queréis santificarlo como una especie de Estado constituido "por la gracia de Dios". ¿Quién es el teórico típico de esta santificación? Molotov. Este es su mérito. Voy a leeros una vez más sus declaraciones. Vosotros habéis ocultado mi crítica de Molotov y la *Pravda* la ha adulterado. Pero he aquí lo que ha dicho Molotov contra Kamenev en la XIV Conferencia del Partido de la provincia de Moscú (*Pravda* del 13 de febrero de 1925): "Nuestro Estado es un Estado obrero... Pero he aquí que se nos ofrece una fórmula que es justo definir así: aproximar todavía más a la clase obrera hacia nuestro Estado... ¿Qué quiere decir esto? Deberíamos asignarnos la tarea de aproximar a los obreros hacia nuestro Estado. Pero ¿a quien pertenece éste? ¿Les pertenece o no a los obreros? ¿No es el Estado del proletariado? ¿Cómo es posible aproximar a los obreros hacia el Estado, es decir, aproximar a los obreros hacia sí mismos, hacia la clase obrera que se encuentra en el Poder y que gobierna el Estado?" He aquí las palabras de Molotov. Se trata, camaradas, de la crítica más estúpida de la concepción leninista del *presente* Estado obrero, es decir, de un Estado que no puede convertirse verdaderamente y a fondo en un Estado obrero más que mediante un gigantesco trabajo de crítica, de progreso,

de mejoramiento. Mi objeción se refiere precisamente a ese fetichismo burocrático, y mejor que mi objeción mi exposición del análisis leninista del Estado soviético. (*Interrupciones.*)

”¿Qué es preciso hacer?”, se dice aquí. Si creéis francamente que no se puede hacer nada contra las cosas que indico es porque creéis perdida a la Revolución. Parecerá si sigue por el camino actual. Sois vosotros, pues, los verdaderos pesimistas. Sin embargo puede modificarse muy bien la situación cambiando de política. Pero antes de decidir *lo que hay que hacer* es preciso decir *lo que ocurre* y en qué sentido se operan los procesos. Si examináis una cuestión tan espinosa como la de las viviendas, creéis que se operan dos procesos los cuales se expresan por medio de cifras que os serán fácil comprobar: el proletariado se amontona cada vez más en las viviendas, mientras que las otras clases disponen cada vez más de un espacio mayor. No me refiero a los pueblos, donde se construye mucho. Claro está que no son los pobres quienes construyen, sino las capas sociales superiores, el ”kulak” y el campesino medio pudiente. ¿Y en las ciudades? A los llamados ”artesanos”, es decir, a la pequeña burguesía, a los pequeños patronos, a los comerciantes, a los especialistas, les corresponde este año un espacio mayor que el año pasado. En cambio a los obreros les ocurre lo contrario. Antes de discutir lo que se debe hacer es necesario darse honradamente cuenta de los hechos. En los otros aspectos de la vida, en la literatura, en el teatro, en la política, ocurre absolutamente lo mismo que en la cuestión de las viviendas: las clases que no pertenecen al proletariado se difunden, se extienden, mientras que el proletariado se repliega, se restringe. Repito que al mismo tiempo que se extienden las clases burguesas en el aspecto material – podéis comprobarlo en la calle, en los establecimientos, en los tranvías, en las viviendas –, en el aspecto político el proletariado, en su conjunto, se restringe, y *nuestro régimen de Partido acentúa el repliegue del proletariado como clase*. Este es el hecho fundamental. El ataque más grave procede de la derecha, de las clases que no son proletarias. Nuestra crítica debe tender a despertar la conciencia del proletariado, a llamar la atención sobre el peligro que viene, con el fin de que no se imagine que ha adquirido el Poder para siempre, sean cuales fueren las circunstancias, y que el Estado soviético es siempre y en todas las circunstancias un Estado obrero. Es menester que el Proletariado comprenda que, en un período concreto de la Historia, sobre todo con una falsa política en la dirección, el Estado soviético puede convertirse en un aparato mediante el cual el Poder sea desplazado de su base proletaria para pasar manos de la burguesía, que, inmediatamente después, destruirá la envoltura soviética y convertirá su Poder en un poder bonapartista. Este peligro es muy real con una línea política falsa.

Sin la revolución internacional no es posible edificar el socialismo. Sin una política justa, a base de la revolución internacional y no a base de conceder nuestro apoyo a Purcell, no sólo no edificaremos el socialismo, sino que conduciremos el Poder soviético a su bancarrota. Es menester que el proletariado lo comprenda así. Nuestro error, el error de la oposición, nuestro crimen, consiste en no dormirnos ni cerrar los ojos con gran ”optimismo” a los peligros que amenazan a nuestra Revolución. El peligro real viene de la derecha – no del alada derecha de nuestro Partido, que no es sino el mecanismo de transmisión – ; el verdadero peligro, el peligro esencial, viene de las clases burguesas que levantan la cabeza, y cuyo ideólogo es Ustrialof, ese burgués inteligente, clarividente, al cual le concedía Lenin una atención particular al mismo tiempo que nos ponía en guardia contra él. Ya sabéis que no somos nosotros quienes sostenemos a Ustrialov, sino Stalin. En el otoño de 1926, Ustrialov escribía: ”Hace falta ahora una nueva maniobra, un nuevo impulso; para expresarnos en lenguaje figurado: *una neonep*. Desde este punto de vista debemos reconocer que las concesiones prácticas que el Partido ha hecho recientemente a la oposición no pueden por menos de inspirarnos serias inquietudes.” Y a continuación decía: ”¡Viva el Politburó si el *mea culpa* de los jefes de la oposición es el resultado de su capitulación *unilateral y categórica!* Pero será un mal signo si es el fruto de un compromiso con ellos. En este caso volvería a comenzar la lucha fatalmente... El Comité Central victorioso debe inmunizarse interiormente contra el

virus disolvente de la oposición. Debe sacar todas las deducciones de la derrota de ésta... *De lo contrario, sería una calamidad para el país.*” ”Así es – prosigue Ustrialov – como deben examinar las cosas los intelectuales que permanecen en Rusia, los hombres de negocios, los especialistas, los ideólogos de la evolución y no de la revolución.” Y la conclusión de Ustrialov era la siguiente: ”Por todo esto nos declaramos hoy completamente por... Stalin.” ¿Qué decís vosotros a esto? Queréis alejar a la oposición del Comité Central, por el momento nada más que del Comité Central. El burgués Ustrialov conoce la historia de la Revolución francesa; la conoce muy bien. Y este intérprete de los sentimientos de la nueva burguesía comprende que sólo en la política de los propios bolcheviques puede preparar la forma menos dolorosa al acceso al Poder de la nueva burguesía. Ustrialov escribe, sosteniendo al Comité Central staliniano, que es necesario protegerse {¿contra qué?} contra el virus disolvente de la oposición. Está, pues, de acuerdo con vosotros al decir que la oposición es el virus disolvente que es necesario destruir, pues de lo contrario ”será una calamidad para el país”. Así se expresa Ustrialov. He aquí por qué no solamente está contra nosotros, sino que también sostiene a Stalin. Reflexionad sobre esto. No os encontráis frente a gente ignorante, inconsciente o engañada, que cree que la oposición trabaja con el oro inglés. No. Ustrialov es un hombre consciente que sabe lo que dice y adónde va. ¿Por qué os apoya? ¿Qué es lo que defiende con vosotros?

Me han relatado recientemente que el camarada Soltz¹, durante una conversación con uno de los camaradas que han firmado la declaración de la oposición, ha establecido una analogía con la Revolución francesa. Yo creo, en efecto, que es éste un buen método. Creo incluso que sería hoy de gran utilidad reeditar para el Partido la historia real y la interpretación marxista de la Revolución francesa, sobre todo de su último período. El camarada Soltz se encuentra aquí precisamente y sabe mejor que nadie lo que ha dicho. Si yo no lo repito exactamente, espero que se servirá corregirme. ”¿Qué significa la declaración de los 83? – decía Soltz – . ¿Adónde nos conduce? Conocéis la historia de la Revolución francesa y adónde fue a parar: a las detenciones y a la guillotina.” El camarada Vorobiev, con el cual conversaba Soltz, le preguntó: ”¿Cómo! ¿Estáis dispuestos a guillotinarlos?” Extendiéndose sobre su tema, Soltz le dijo: ”¿Es que creéis que Robespierre no compadecía a Danton cuando lo mando a la guillotina? El propio Robespierre tuvo que ir a ella también después...¿Creéis que no fue una cosa penosísima? Sin embargo, fue necesaria...” Esto fue lo sustancial de la conversación. Yo os digo que es necesario, indispensable, refrescar nuestros conocimientos sobre la Revolución francesa. Podemos comenzar aunque no sea más que por Kropotkin, que no era un marxista, pero que comprendió mejor que Jaurés los sentimientos del pueblo y los movimientos de clase de la Revolución. Durante la Revolución francesa se guillotino a no poca gente. También nosotros hemos fusilado a muchos. Pero la historia de la Revolución comprendió dos grandes capítulos: uno que se desarrolló así (*el orador traza una curva ascendente*) y otro que se desarrolló de esta manera (*una descendente*). Esto es lo que hay que comprender. Cuando se desarrollaba siguiendo una curva ascendente, los jacobinos franceses, los bolcheviques de entonces, guillotinaban a los realistas y a los girondinos. Nosotros, los opositoristas, hemos pasado por este gran capítulo cuando fusilamos con vosotros a los guardias blancos y a los girondinos. Después se abrió un nuevo capítulo en Francia cuando los ustrialovistas y semiustrialovistas franceses, los termidorianos y los bonapartistas, los jacobinos de la derecha, empezaron a perseguir y a fusilar a los jacobinos de la izquierda, a los bolcheviques de entonces. Yo quisiera que el camarada Soltz reflexionara hasta el final de su analogía y que después nos contestara a esta pregunta: ¿Con arreglo a qué capítulo se dispone a fusilarnos? (*Escándalo en la sala.*) No bromeo; la Revolución es una cosa seria. No hay nadie entre nosotros capaz de tener miedo a los fusilamientos. Todos somos viejos revolucionarios. Pero

¹ Uno tie los miembros del Tribunal, es decir, del Presidium de la Comisión Central de Control. (*Nota del autor.*)

es preciso saber a quién se fusila y con arreglo a qué "capítulo". Cuando nosotros fusilábamos sabíamos muy bien con arreglo a qué capítulo lo hacíamos. Pero actualmente, ¿sabéis claramente con arreglo a qué capítulo os disponéis a fusilarnos? Mucho me temo, camarada Soltz, que os dispongáis a fusilarnos con arreglo al capítulo de los ustrialovistas, el capítulo de Termidor.

Cuando se emplea aquí el término "termidovianchina" se cree que es una injuria. Créese que se trataba de contrarrevolucionarios, de partidarios conscientes del realismo, y así otras cosas por el estilo. No había tal, sin embargo. Los termidorianos eran jacobinos que habían evolucionado hacia la derecha. La organización jacobina – los bolcheviques de entonces –, bajo la presión de las contradicciones de clase, llegó pronto a convencerse de que había que aplastar a Robespierre. ¿Creéis que a la mañana siguiente del 9 Termidor se dijeron: acabamos de poner el Poder en manos de la burguesía? No, nada de eso! Tomad todos los periódicos de la época. Decían: hemos aplastado a un puñado de individuos que turbaban la tranquilidad del Partido; ahora que están aniquilados, muertos, la revolución triunfará definitivamente. Si el camarada Soltz lo duda...

Soltz. – Repite usted mis palabras casi textualmente.

Trotsky. – Tanto mejor. Si nos hemos puesto de acuerdo a este respecto, camarada Soltz, creo nos ayudará mucho a saber con arreglo a qué capítulo os disponéis a inaugurar el aplastamiento de la oposición. Una cosa hay cierta: que si no se comienza a corregir como hace falta la línea clasista del Partido, tendréis que seguir en el interior del Partido la línea indicada por Ustrialov, es decir, la lucha implacable contra la oposición.

Voy a leeros lo que decía Brival, uno de los jacobinos de la derecha, uno de los termidorianos, del informe que hizo de lo sucedido en la sesión de la Convención en que Robespierre y otros jacobinos fueron entregados al Tribunal revolucionario. "Los intrigantes, los contrarrevolucionarios que se cubrían con la toga del patriotismo, han querido perder la libertad; la Convención ha decidido proceder a su detención; esos representantes son: Robespierre, Conthon, Saint-Just, Lebas, Robespierre el joven. ¿Cuál es su opinión?, me ha preguntado el presidente. Yo he respondido: el hombre que ha votado siempre inspirándose en los principios de las Horas, tanto en la Asamblea Constituyente como en la Convención, ha votado por la detención. He hecho incluso más: he sido uno de los que han propuesto dicha medida. Por otra parte, como secretario, me he apresurado a firmar y a enviar este decreto a la Convención." He aquí el lenguaje de un Soltz o de un Jansson de entonces. Los contrarrevolucionarios eran Robespierre y sus adeptos. "El hombre que ha votado siempre inspirándose en los principios de las Horas" significaba, en el lenguaje de la época: "El hombre que ha sido siempre un bolchevique." Brival se consideraba como un viejo bolchevique. Hoy también existen secretarios que se apresuran a firmar y a enviar.

Escuchad, por otra parte, el manifiesto de la Convención a Francia, a la patria, al pueblo, después de que Robespierre, Saint-Just y sus compañeros fueron aniquilados: "Ciudadanos: en medio de las brillantes victorias obtenidas contra los enemigos exteriores, amenaza a la República un nuevo peligro... La obra de la Convención será estéril, el valor del ejército perderá todo su sentido si los ciudadanos vacilan en elegir entre la patria y unos cuantos ciudadanos aislados. ¡Obedeced la voz de la patria, no os coloquéis en las filas de los aristócratas malhechores y de los enemigos del pueblo y salvaréis nuevamente a la patria!"

Creían que en el camino que conducía al triunfo de la Revolución se levantaban los intereses de "algunos individuos aislados"; no comprendían que esos "individuos aislados" eran el reflejo de la fuerza revolucionaria elemental de las capas sociales populares de aquella época. Aquellos "individuos aislados" eran el reflejo de aquella fuerza revolucionaria espontánea que se oponía a la "neonep" y al bonapartismo. Los termidorianos creían que se trataba de un

cambio de personas, sin darse cuenta de que de lo que se trataba era de un desplazamiento de las clases. ”¡Escuchad la voz de la patria, no os coloquéis en las filas de los aristócratas malhechores!”... Los aristócratas eran los amigos de Robespierre. ¿No le hemos oído decir hoy a Jansson este mismo epíteto: ”Aristócrata!”, lanzado contra mí?

Podría decirse artículos en que los jacobinos revolucionarios son presentados como agentes de Pitt, el Chamberlain de entonces. Verdaderamente, la analogía es sorprendente. Chamberlain es el Pitt de hoy, pero en más pequeño. Coged la historia de Aulard. ”Los enemigos no se contentaron con matar a Robespierre y a sus amigos, sino que los calumniaron, presentándolos a los ojos de Francia como *realistas y vendidos al extranjero*.” Cito textualmente. Ahora bien; el artículo de la *Pravda*: ”La ruta de la oposición”, ¿no está basado en esta concepción? Quien haya leído el último artículo editorial de la *Pravda* habrá percibido el olor que se desprende de él. Este olor a ”segundo capítulo” molesta el olfato. El olor de segundo capítulo es el ”ustrialovchina” que se infiltra ya en los organismos oficiales de nuestro Partido y desarma a la vanguardia del proletariado, al mismo tiempo que el régimen del Partido oprime a todos los que luchan contra el Termidor. El simple miembro del Partido se ahoga. El obrero de filas se calla.

Queréis una nueva ”depuración” del Partido con el fin de imponer el silencio. Este es el régimen que reina en el Partido. Acordaos de la historia de los clubs jacobinos. Hubo dos fases en la depuración. Durante la ola ascendente se desprendieron de los moderados; cuando la curva comenzó a descender, se desembarazaron de los jacobinos revolucionarios. ¿Adónde les condujo esto a los clubs? Al régimen anónimo del terror, bajo el cual había que callarse, que votar con una unanimidad del 100 por 100, que abstenerse de toda crítica, que pensar según las prescripciones de arriba, al mismo tiempo que no se comprendía que el partido era un organismo vivo, independiente, y no un aparato del Poder que se basta a sí mismo. La Comisión Central de Control de entonces – también existían instituciones que llenaban vuestras funciones – signó dos capítulos con toda la Revolución. En el segundo capítulo quitó a los miembros del Partido la costumbre de pensar, al mismo tiempo que les obligaba a aceptar como un credo cuanto venía de arriba. Y los clubs jacobinos, centros de la Revolución, se convirtieron en el semillero de los futuros funcionarios de Napoleón. Es verdaderamente necesario instruirse en las enseñanzas de la Revolución francesa. Pero ¿es acaso menester repetirlo? (*Interrupciones.*)

No decimos esto por pura broma de fracción. Nadie estaría dispuesto a exponer por cosas insignificantes, por futesas, todo lo que exponemos nosotros. Ignoro si son las últimas declaraciones que hago sobre estas cuestiones ante esta asamblea. Ignoro a qué velocidad pensáis ejecutar el programa de que os hablaba al comienzo de mi discurso. Pero esta hora y veinte minutos que me habéis concedido he querido emplearlos, no para refutar las mezquinas y miserables acusaciones que formuláis contra mí, sino para definir claramente las cuestiones esenciales de nuestros desacuerdos.

¿Qué debe hacerse para evitar la escisión? ¿Puede evitarse ésta? Si viviéramos en las condiciones de antes de la guerra imperialista, de antes de la Revolución, en las condiciones de una acumulación relativamente lenta de los antagonismos, creo que la escisión sería infinitamente más probable que el mantenimiento de la unidad. Sería criminal engañarse a sí mismo en lo que concierne a la importancia de los puntos de vista. Pero hoy la situación es diferente. Nuestras divergencias se han agravado y los antagonismos han aumentado. En el último período, la evolución de la Revolución china ha hecho que nuestros desacuerdos hayan aumentado de nuevo y considerablemente. Pero al mismo tiempo poseemos, en primer lugar, un inmenso poder revolucionario concentrado en el Partido, una inmensa y rica experiencia acumulada en los trabajos de Lenin, en el programa y en las tradiciones del Partido, Hemos despilfarrado gran parte de ese capital y la hemos reemplazado por los productos baratos de la

”nueva escuela”, que impera hoy como soberana en la Prensa del Partido. Pero todavía nos queda mucho oro puro. En segundo lugar, el actual período es un período histórico de curvas bruscas, de acontecimientos gigantescos, de colosales lecciones que nos pueden enseñar muchísimo. Se han producido acontecimientos grandiosos que permiten comprobar las dos líneas políticas que se afrontan. Pero no tratéis de ocultar esos acontecimientos. pues más pronto o más tarde se acabará por conocerlos. Es un imposible disimular las victorias o las derrotas del proletariado. El Partido puede facilitar o dificultar el conocimiento de esas lecciones y su asimilación. Vosotros las dificultáis. He aquí por qué nosotros somos optimistas. Luchamos y lucharemos en favor de la línea política de la Revolución de Octubre. Estamos tan profundamente convencidos de que nuestra línea es la justa, que no dudamos de que acabará por implantarse en la conciencia de la mayoría proletaria de nuestro Partido.

¿Cuál es, en estas condiciones, el deber de la Comisión Central de Control? Creo que su deber debería consistir en crear en este período de bruscas sacudidas un régimen más sano y más flexible en el Partido, con el fin de permitir que los gigantescos acontecimientos comprueben sin sacudidas bruscas las líneas políticas que se afrontan. Es preciso darle al Partido la posibilidad de entregarse a una autoridad ideológica a la luz de los grandes acontecimientos. Si os decidís a ello, os respondo de que dentro de un año o dos el curso del Partido se habrá corregido. No hay que ir de prisa, no hay que tomar decisiones difíciles de reparar después. Tened cuidado de no veros obligados a decir: Nos hemos separado de los que hubiéramos debido guardar y hemos guardado a los que hubiéramos debido separar de nosotros.

Segundo discurso

Trotsky. – Tomo nota con satisfacción de la declaración del camarada Ordjonikidzé, de que a su juicio, como al mío, el burocratismo ha aumentado en el curso del año último. El eje de la cuestión no está sólo en el número de funcionarios, sino en el régimen, en el curso político, en la manera de abordar los dirigentes a los dirigidos. En una reunión confidencial de los militantes de un radio, en el curso de la cual el secretario del Comité del radio, Yakovlev, hizo un discurso fraccional contra la oposición, una obrera tomó la palabra y se expresó, poco más o menos, en los siguientes términos: ”Todo eso es muy justo; es preciso llegar a dominar a la oposición; pero el mal está en que cuando viene al Comité del radio un individuo bien vestido se le recibe en seguida, mientras que una obrera, más modesta, peor vestida, tiene que esperar largo rato en la ”antesala”.” Se trata de declaraciones de una obrera, miembro del Comité de un radio. Estas palabras son cada vez más frecuentes y significan no solamente que ha aumentado el número de los burócratas, sino que los medios dirigentes se identifican cada vez más con las capas superiores de la sociedad soviética de la post-Nep; que se crean dos planos, dos formas de vida, dos géneros de costumbres, dos tipos de relaciones, o, por decirlo mejor, *que se crean los elementos de una dualidad en las condiciones de existencia*, que, de continuar desarrollándose, puede convertirse en una dualidad del Poder político. Ahora bien: una dualidad del Poder político puede ser ya una amenaza directa para la dictadura del proletariado. Una considerable capa social de personas de las ciudades, pertenecientes a los medios soviéticos, y a los del Partido, viven, hasta las tres de la tarde, como funcionarios; después de las tres, como simples particulares; critican al Comité Central del Partido, y el miércoles¹, después de las seis, condenan a la oposición, calificándola de tendencias escépticas.

Este tipo de miembro del Partido recuerda al funcionario zarista que, en privado, predicaba las teorías de Darwin, pero que, en caso de necesidad, presentaba un certificado de comunión.

¹ Día de reunión de las cédulas comunistas. (*Nota del traductor.*)

El camarada Ordionikidzé nos propone que le ayudemos a luchar contra el burocratismo. ¿Por qué expulsar entonces a los opositores de sus cargos? Yo afirmo que la inmensa mayoría de los opositores son arrojados de sus puestos, no porque ejecuten mal el trabajo o porque no observen las directivas del Comité Central, sino para castigarles por sus convicciones opositores. Son relevados por el delito de "trotskismo".

Quiero por lo menos una vez, y aun cuando sea brevemente, hablar del trotskismo, es decir, de la mentira que figura bajo mi historia política, sobre todo en la boca y en la pluma de Yaroslavski, que asiste a estos debates en calidad de juez, y de sus amigos. He dicho mil veces, y todos los viejos miembros del Partido lo saben, que he combatido a veces a Lenin y al Partido bolchevique sobre muchas e importantes cuestiones. Pero no he sido nunca menchevique. Si se concibe el menchevismo como una línea política de clase – y solamente así debe concebirse –, no he sido nunca un menchevique. Rompí desde mediados de 1904, tanto en el terreno de la organización como en el terreno político, con lo que debía ser más tarde el menchevismo, es decir, rompí con ello desde el momento en que se convirtió en menchevismo, desde que comenzó a ser una tendencia política. Rompí con ello sobre el problema de las relaciones con la burguesía liberal, después del artículo de Vera Zassulitch y del artículo de Axelrod con su plan de apoyo de los liberales provinciales, etc. No he estado jamás de acuerdo con el menchevismo acerca del papel que desempeñarían las clases en la Revolución. Y era ésta la cuestión capital. Los Yaroslavski engañan al Partido y a la Internacional sobre los hechos, no sólo de los últimos diez años, sino también de un pasado más lejano, cuando me encontraba fuera de las dos fracciones fundamentales de la socialdemocracia de entonces.

El Congreso bolchevique de mayo de 1905 adoptó una resolución sobre la insurrección y el Gobierno provisional. El camarada Krassin propuso un largo apartado a este respecto, a decir verdad, toda una resolución, de la cual hizo Lenin los más vivos elogios. Esta resolución fue escrita enteramente por mí en Petersburgo y publicada por Krassin (tengo la prueba de ello en una carta que me escribió Krassin durante las sesiones del Congreso). La parte esencial – podéis consultar las reseñas – de la principal resolución del primer Congreso del Partido bolchevique sobre la insurrección y el Gobierno provisional la escribí yo, y de ello me siento orgulloso. ¿Pueden mis críticos presentar algo semejante en su activo?

En 1905, varios de los manifiestos publicados en Bakú en una imprenta bolchevique clandestina fueron redactados por mí, y especialmente un manifiesto a los campesinos concerniente al 3 de enero, otro sobre la legislación agraria del Gobierno zarista, etc. En 1906, en el mes de noviembre, la *Novaia Jizn*, dirigida por Lenin, se solidarizó con mis artículos, publicados en el *Natchalo*, sobre el carácter de nuestra resolución.

Ordionikidzé. – Sin embargo, usted estaba en el *Natchalo* y no en la *Novaia Jizn*.

Trotsky. – Me parece que olvida usted que el Comité Central bolchevique, con Lenin a la cabeza, había votado, por unanimidad, una resolución de unión de los bolcheviques con los mencheviques. Por otra parte, unas semanas más tarde, el *Natchalo* se fusionaba con la *Novaia Jizn*, que, en diversas ocasiones, hizo calurosos elogios de mis artículos. Era el período de las tendencias hacia la unidad. Olvidáis decir que en 1905, en el Soviet, trabajé codo con codo con los bolcheviques. Olvidáis decir que en 1906 Lenin publicó en la *Novaia Jizn* mi folleto *Nuestra táctica*, que definía nuestras relaciones con los campesinos en la Revolución. Olvidáis decir que en el Congreso de Londres de 1907 Lenin aprobó mi posición en relación con la burguesía y con los campesinos. Puedo afirmar que mis desacuerdos no han sobrepasado nunca los de Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht en las cuestiones en que se encontraron en desacuerdo con Lenin. Sin embargo, ¿quién se atrevía a decir de ellos que eran mencheviques?

Yo no era bolchevique en aquel momento. Pero no he cometido nunca faltas tan enormes como el mantenimiento del Comité angloruso o la subordinación del Partido Comunista chino al Kuomintang.

Krivov. – ¿Y el programa de Viena?

Trotsky. – ¿Se refiere usted al bloque de agosto de 1912?

Krivov. – Sí.

Trotsky. – Aquello fue el fruto de un intento conciliador. Yo no había abandonado todavía la esperanza de una unión de los bolcheviques con los mencheviques. Pero olvidáis que vosotros mismos, Yaroslavski, Ordionikidzé y otros, formabais parte, a comienzos de 1917 – ¡no en 1912, sino en 1917! –, de organizaciones similares a los mencheviques. La Conferencia de Viena fue una de las múltiples tentativas de conciliación. Yo no pensaba, ni mucho menos, en formar un bloque con los mencheviques contra los bolcheviques. Tenía esperanzas todavía de reconciliar a los bolcheviques con los mencheviques, y me esforzaba por unirlos. Como siempre, Lenin no aceptó esta unidad ficticia. A consecuencia de esta tentativa de conciliación, yo me encontré formalmente en el bloque menchevique. Pero comencé en seguida, al día siguiente mismo, a combatir a los mencheviques, y al declararse la guerra éramos ya enemigos irreductibles. Sin embargo, en la misma época, Stalin no era más que un vulgar conciliador, incluso en los momentos más agudos. En 1911, Stalin calificó la lucha de Lenin y de Martov de "tempestad en un caso de agua". ¡He aquí lo que escribía un miembro del Partido bolchevique! En 1917, Stalin era partidario de la unión con Tseretelli. En 1926, Stalin es partidario del bloque con Purcell, Chang Kai Chek, Van Tin Wei. Mis faltas no son nada comparadas con éstas. Mi actividad de 1914 a 1917, es decir, durante la guerra, ha sido despiadadamente deformada por la ligera mano de un Kussinen – ese socialdemócrata de pura sangre –, por los que no eran en aquel entonces más que unos patriotas o unos kautskistas. Recuerdo haber escrito al comienzo de la guerra un folleto, *La guerra y la Internacional*, sobre el cual Zinoviev, que no estaba ni podía estar muy inclinado hacia mí, dijo que planteaba exactamente las cuestiones en cuanto podía haber de esencial.

Shklovski. – ¡Eso era en 1914!

Trotsky. – Exacto: era en 1914. Este folleto se convirtió en el arma de los elementos de la extrema izquierda en Alemania, en Austria, en Suiza. Yo era un internacionalista revolucionario a pesar de no ser un bolchevique. Milité en Francia con un grupo de camaradas socialistas y sindicalistas, que se han adherido después a la Internacional Comunista, que han sido sus fundadores. Fui expulsado de Francia por internacionalista revolucionario. Me expulsaron de España por lo mismo. En Nueva York milité en el *Novy Mir* con Volodarski y Bujarin. En febrero-marzo de 1917 publiqué artículos en el *Novy Mir* en el mismo sentido de los que escribía Lenin en Suiza al mismo tiempo, precisamente cuando los artículos de "No hay que ir demasiado de prisa, camaradas." Esto es ya una cosa corriente en el Partido. El problema se plantea siempre a pesar de los opositores, y va seguido de insinuaciones, de sucias insinuaciones, de groseras deformaciones, deshonestas, esencialmente stalinistas, de la plataforma de la oposición y de la biografía revolucionaria de los opositores, a los que se presenta como enemigos de la Revolución, como enemigos del Partido, todo ello con objeto de provocar entre los oyentes, entre los miembros jóvenes, completamente nuevos con los cuales llenáis artificialmente las filas del Partido, una reacción violenta, y para poder decir después: "¿Lo veis? Nosotros no queremos precipitar las cosas, pero las masas lo exigen." Se trata de una estrategia muy stalinista. Vosotros mismos sois los organizadores de esta campaña, y cuando sufrís sus efectos decís: "El Partido lo exige; nosotros no podemos hacer nada."

La segunda censura que me dirige el camarada Ordionikidzé es una censura política de un carácter más general. Opina que mi comparación con la Revolución francesa traiciona mi pesimismo. "¡Trotski cree que la Revolución está perdida!" Si yo creyera que la Revolución está perdida, ¿qué interés tendría en combatirlos? Si yo no creyera en la edificación del socialismo, como decís vosotros, ¿cómo vendría a proponeros el "pillaje del mujik", como también decís vosotros, a menos de que sintiera hostilidad personal hacia él? Si yo no creyera en la Revolución no combatiría por ella; si tal creyera, lo mejor sería seguir la corriente. Les ruego que se fijen bien en esto. Una persona que cree que la Revolución está perdida, no se lanza a la batalla. La Revolución de Octubre no está perdida; no he dicho esto nunca, por la sencilla razón de que no lo creo. Pero he dicho que se puede perder a la Revolución de Octubre si se quiere de verdad perderla, y en este sentido habéis dado ya algún paso. En esta cuestión, camarada Ordionikidzé, su manera de razonar no es dialéctica, sino formal, pues ignora las fuerzas vivas, la cuestión del Partido, y está impregnada desde el principio al fin de fatalismo. Diferenciáis el optimismo y el pesimismo, como si se tratara de dos categorías fijas, independientes de las condiciones y de la política. Según vosotros, se puede ser únicamente "optimista" o "pesimista", es decir, creer que la Revolución está completamente perdida o que no parecerá sean cuales fueren las condiciones y hagamos lo que hiciéramos. Tanto en un sentido como en el otro, vuestra idea es falsa. ¿Acaso la Revolución no ha tenido ya sus altas y bajas? ¿No existió un inmenso movimiento de ascensión revolucionaria durante el período de la Revolución de Octubre y no nos hemos mantenido de un cabello durante Brest-Litovski? Recordad lo que decía Lenin cuando luchaba contra los comunistas de izquierda: que resulta muy difícil conducir el automóvil en período revolucionario, pues hay que dar buenas vueltas y revueltas. Brest fue un retroceso. Por venir después de la sublevación de Cronstadt, la Nep fue un retroceso. ¡Y es que cada ola de retroceso no ha engendrado olas oportunistas! Cuando estos movimientos de retroceso de la Revolución se prolongan un año, dos años, tres años, es indudable que la depresión moral de la masa del Partido es todavía más profunda. Camarada Ordionikidzé: usted es caucásico y sabe que un camino que conduce a la cima de la montaña no sigue una línea recta, sino que hace revueltas y zigzag, y que después de una subida vertical hay que volver a bajar dos o tres veredas para volver a subir, pues el camino conduce, a pesar de todo, a la montaña. Obligado a bajar un poco, tengo que saber que el camino hace un recodo y que después vuelve a subir. Si, en nombre de mi "optimismo", no tengo en cuenta esos zigzags que suben y bajan, sucederá que en una de las revueltas mi carretera dará un salto en el vacío. Yo os digo que en este momento vuestro camino os conduce hacia la derecha y en forma descendente. El peligro está en que no os dais cuenta de ello, es decir, en que cerráis los ojos a la realidad. Y es muy peligroso conducir en la montaña con los ojos cerrados.

En el otoño de 1923 asistimos a un movimiento revolucionario grandioso, paralelo al de la Revolución alemana. Después de la derrota de ésta, comenzó también el reflujo en nuestro país. De ese reflujo ha nacido la teoría staliniana del socialismo en un solo país, teoría de degeneración, que está en contradicción con los fundamentos del marxismo. En 1926, durante la Revolución china, asistimos a un vigoroso resurgimiento, que coincidió con el mejoramiento de nuestra situación revolucionaria. Después sucedió un reflujo más sensible al fracaso de la Revolución china. Es preciso tomar la curva del movimiento histórico en toda su acepción concreta. En 1923 sufrimos varias derrotas importantes. Los que se dejaron abatir por ello fueron unos miserables poltrones. Pero los que no saben distinguir su pie derecho de su pie izquierdo, el resurgir de la Revolución de su decadencia, son gentes de cortos alcances y unos simples burócratas. Durante una conversación que tuve en enero de 1924, después de la derrota, con Brandler, éste me dijo: "En el otoño de 1923 no estaba de acuerdo con usted porque le vela demasiado optimista; ahora es usted demasiado pesimista y no puedo estar tampoco de acuerdo usted." Yo le respondí: "Mucho me temo, camarada Brandler, que no sea

usted nunca un buen revolucionario, pues no sabe distinguir la cara de la Revolución de su lado opuesto.”

El camarada Ordionikidzé considera la victoria o el fracaso de la Revolución fuera de toda relación de dependencia con la dialéctica del proceso, es decir, con la acción recíproca de nuestra política y de las condiciones objetivas. Plantea la cuestión así: o la victoria fatal de la Revolución o su fatal fracaso. Pero yo digo que si empezamos seriamente a equivocarnos podemos perder a la Revolución. Pero pretender que, hagamos lo que hagamos – con relación al ”kulak”, con relación al Comité angloruso, con relación a la Revolución china –, nada será capaz de perjudicar a la Revolución, y que ésta de ”todas formas” debe vencer es cosa que nada más los burócratas indiferentes pueden decir. Y éstos son muy capaces de perder a la Revolución.

¿En qué se diferencia nuestra Revolución de la Revolución francesa?

En primer lugar, en el fundamento económico y de clase de la época. En Francia fue la pequeña burguesía de las ciudades la que representó el papel directivo; en nuestro país, fue el proletariado. Y únicamente gracias a ello la Revolución burguesa pudo transformarse en revolución socialista y, como tal, desarrollarse, tropezando al mismo tiempo con grandes dificultades y con grandes peligros. Esta es la primera diferencia.

La segunda es que Francia se encontraba rodeada de naciones feudales más atrasadas que ella desde el punto de vista económico y cultural. Nosotros estamos rodeados de países capitalistas más avanzados con relación a la técnica y a la producción, con un proletariado más fuerte y más instruido que el nuestro. En dichos países puede esperarse la Revolución en un porvenir relativamente próximo. Esto quiere decir que la situación internacional de nuestra Revolución, a pesar de que el imperialismo nos es mortalmente hostil, es, desde un amplio punto de vista histórico, infinitamente más favorable que en Francia a fines del siglo XVIII.

La tercera diferencia, en fin, es que vivimos en la época del imperialismo, época de inmensas conmociones interiores e internacionales; y es este hecho precisamente el que crea esta gran curva revolucionaria ascendente sobre la cual se apoya nuestra política. Pero no hay que creer que esta ”curva” nos permitirá hacer frente a todas las dificultades, sean cuales fueren las condiciones. Creer esto sería un error. Quien crea que podemos edificar el socialismo, incluso si el capitalismo llega a aplastar al proletariado para algunas decenas de años, no comprende el problema. No se trata de ”optimismo”, sino de ceguera nacional reformista. No podemos vencer más que como parte integrante de la Revolución internacional. Es menester durar hasta la revolución internacional, incluso si ésta tarda varios años. A este respecto, la orientación de nuestra política es de una importancia decisiva. Si nuestro curso revolucionario es justo, nos consolidaremos para varios años, consolidaremos la Internacional Comunista, avanzaremos por el camino del socialismo y llegaremos a este resultado si la revolución mundial nos lleva a remolque de la Historia.

El principal peligro lo constituye el curso del Partido. Este ahoga la resistencia revolucionaria. ¿En qué consiste vuestro curso de derecha? En contar con el campesino pudiente y no con el obrero agrícola y el campesino pobre. Os inclináis por el burócrata, por el funcionario, y no por la masa. Tenéis demasiada confianza en el aparato. El apoyo mutuo, la seguridad recíproca se practican en gran escala, y es precisamente ésta la razón por la cual Ordionikidzé no puede ni siquiera llegar a reducir el personal. El hecho de ser independiente de la masa engendra un sistema de protección mutua. Y este aparato es considerado como el punto de apoyo del Poder. En el Partido se confía en el secretario de la cédula y no en el simple miembro. Ponéis vuestra confianza en Purcell y no en el militante de filas. En China os orientáis hacia Chang Kai Chek, hacia Wan Tin Wei y no hacia el proletariado de Shanghai, hacia el coolí, que arrastra él mismo sus cañones, hacia el campesino insurrecto.

Planteáis, además, la cuestión de nuestra exclusión del Comité Central. Todos nosotros seguiremos trabajando donde podamos y como simples miembros del Partido. Pero esto no puede resolver la cuestión. Deberéis avanzar aún más en vuestras deducciones. La vida os obligará a ello... Sería preferible que os detuviérais antes y que modificáseis el curso político.

La oposición, el peligro de guerra y los problemas de la defensa

(Discurso pronunciado en la asamblea plenaria del Comité Central y de la Comisión Central de Control. 1 de agosto de 1927)

El Presidium de la Comisión Central de Control, que examinó en junio de 1927 la posible exclusión de Trotski y de Zinoviev del Comité Central del Partido, no adoptó ninguna decisión a este respecto. La cuestión no había sido lo suficientemente "preparada" todavía. El arte principal de la estrategia staliniana consiste en saber dosificar prudentemente los golpes asestados al Partido. La oposición continuó combatida violentamente durante los meses de junio y julio. La cuestión de la eliminación de los opositores de las instituciones superiores del Partido fue aplazada hasta la asamblea plenaria del Comité Central y de la Comisión Central de Control, que se reunió a fines de julio y a comienzos de agosto. En dicho Pleno, el problema del peligro de guerra fue deliberadamente mezclado con el de la oposición, con el fin de dar a la lucha posterior un carácter más venenoso. Sin embargo, el propio Pleno no se decidió todavía a excluir a Trotski y a Zinoviev del Comité Central. La fracción staliniana tenía necesidad de ganar algunas semanas con el fin de realizar una campaña de agitación contra la oposición, presentándola como la "aliada" de Chamberlain.

Publicamos a continuación el discurso pronunciado por el autor de este libro el 1 de agosto de 1927 sobre el peligro de guerra y los problemas de la defensa.

Trotski. – Me habéis concedido cuarenta y cinco minutos. Hablaré concretando todo lo más posible y teniendo en cuenta la extensión de todos los aspectos de lo que examinamos en este momento. Vuestras tesis afirman que la oposición adopta un carácter trotskista al abordar los problemas de la guerra y del "derrotismo". Es una invención más. El artículo 13 de vuestras tesis lo dedicáis por completo a este absurdo. El conjunto de la oposición no es en manera alguna responsable de las divergencias de apreciación completamente secundarias que tuve sobre este punto y en el pasado con Lenin. En lo que me concierne personalmente puedo responder aquí mismo a esta insinuación es estúpida. Continuaba todavía la guerra imperialista cuando escribí sobre ésta y sobre la lucha que había que realizar contra ella, así como también escribí los llamamientos al proletariado mundial en nombre del primer Consejo de los Comisarios del Pueblo y del Comité Central del Partido. fui yo quien escribió la parte del programa de nuestro Partido, referente a la guerra, la principal resolución sobre lo mismo del VIII Congreso del Partido, las resoluciones de toda una serie de Congresos de los Soviets, el manifiesto del Primer Congreso de la Internacional Comunista destinado en gran parte al mismo problema, el manifiesto-programa del II Congreso de la Internacional Comunista, que le concedía gran espacio a la guerra, a sus consecuencias y a las perspectivas. Fui yo quien redacté las tesis del III Congreso de la Internacional Comunista sobre la situación internacional y las perspectivas de la Revolución y de la guerra. Fui designado por el Comité Central del Partido para presentar ante el IV Congreso un informe sobre las perspectivas de la Revolución internacional y la guerra. En el V Congreso de la Internacional Comunista (1924) escribí un manifiesto con ocasión del décimo aniversario de la guerra imperialista. Y no hubo en el Comité Central la menor divergencia respecto a todos estos documentos, que fueron adoptados, no sólo sin discusión, sino casi sin enmiendas. Deseo saber, pues, cómo es que la

”desviación” de que se me acusa no se ha manifestado jamás en el intensivo trabajo que he realizado en la Internacional Comunista. Pero, según parece, cuando rechacé en 1926 ”el derrotismo económico”, consigna estúpida e ignara destinada por Molotov a los obreros ingleses, rompí con el leninismo. ¿Por qué entonces, después de mi crítica, se metió Molotov su absurda consigna en el bolsillo?

Molotov. – No ha existido consigna alguna.

Trotsky. – Es precisamente lo que digo: se formularon estupideces, pero no una consigna. Es precisamente lo que yo digo (*Risas.*) ¿Por qué ha habido necesidad de exagerar hasta la exageración las antiguas divergencias, liquidadas además hace ya tiempo? ¿Por qué? Para disimular y escamotear las divergencias reales, verdaderas, de hoy. ¿Puede plantearse seriamente la cuestión de la lucha revolucionaria contra la guerra y la verdadera defensa de la U. R. S. S. tomando como guía al Comité angloruso? ¿Puede dirigirse a las masas obreras hacia la huelga general y la insurrección durante la guerra y, simultáneamente, hacia el bloque con los Purcell, los Hicks y otros traidores? Os lo pregunto: ¿Será nuestro espíritu de defensa bolchevique o tradeunionista? ¡Así se plantea la cuestión!

Recordaré en primer lugar lo que los actuales jefes le han enseñado a este respecto al proletariado de Moscú durante todo el año pasado. Es éste el punto esencial. Leeré textualmente las directivas del Comité de Moscú: ”*El Comité angloruso puede, debe y jugará sin ningún género de dudas un papel enorme en la lucha contra las intervenciones de toda clase dirigidas contra la U. R. S. S. Este (el Comité angloruso) se convertirá en el centro organizador de las fuerzas internacionales del proletariado en lucha contra todas las tentativas de la burguesía internacional de provocar una nueva guerra.*” Molotov ha dicho aquí: ”Por mediación del Comité angloruso escindimos a Amsterdam.” Esto quiere decir que no comprende las cuestiones, ni siquiera ahora. Habéis desorientado a los obreros de Moscú, como a los del mundo entero, engañándoles sobre quiénes eran sus amigos y quiénes sus enemigos.

Skripnik. – ¡Qué tono!

Trotsky. – El tono es el que corresponde a la importancia de la cuestión. Habéis aumentado la cohesión de Amsterdam al mismo tiempo que os debilitábais. ¡El Consejo General está ahora más unánime que nunca... contra nosotros!

Es menester decir, sin embargo, que las escandalosas directivas del Comité de Moscú, que acabo de leer, expresan mucho más completamente, más claramente y más honradamente el verdadero punto de vista de los partidarios del Comité angloruso que los ”trucos” escolásticos de Bujarin.

El Comité de Moscú les enseñaba a los obreros de esta ciudad, y el Politburó a los de la Unión Soviética, que, en el caso de peligro de guerra, nuestra clase obrera podría agarrarse a la soga del Comité angloruso. Así se planteaba la cuestión desde el punto de vista político. Pero esta soga se vio que estaba podrida. El número del sábado de la *Pravda* habla de un ”frente único de traidores” del Consejo General. El propio Arturo Cook, el querido Benjamín de Tomski, se calla. ”¡Es un silencio completamente incomprensible!”, exclama la *Pravda*. Es vuestra frase habitual: ”¡Completamente incomprensible!” Habéis comenzado por apoyaros en el grupo de Chang Kai Chek, es decir, Purcell e Hicks, y habéis puesto después vuestras esperanzas en el ”fiel Wan Tin Wei”, es decir, Arturo Cook. Pero Cook os ha traicionado como os traicionó Wan Tin Wei dos días después de que Bujarin le encasillara entre los fieles. Habéis entregado el movimiento minoritario atado de pies y manos a los señores del Consejo General. No sabéis y no queréis oponer en ese movimiento los verdaderos revolucionarios a los reformistas que se ”cuelan”. Habéis rechazado una soga delgada, pero sólida, para coger una más gruesa,

pero completamente podrida. Cuando se atraviesa una pasarela estrecha, poco segura, un punto de apoyo pequeño, pero seguro, puede ser la salvación. Pero desdichado del que se agarre a una tabla podrida, carcomida, pues la caída será entonces inevitable. Vuestra política actual en el terreno internacional es la política de las tablas podridas. Os habéis agarrado sucesivamente a Chang Kai Chek, a Fen Yu Siang, a Ten Cha Tchi, a Wan Tin Wei, a Purcell, a Hicks, a Cook. Cada una de esas tablas se ha roto en el preciso momento en que eran más necesarias. Y todas las veces que ha sucedido esto habéis comenzado por decir: "Es completamente incomprensible", como lo hace el artículo de la *Pravda* respecto de Cook, para añadir al día siguiente: "Lo habíamos previsto."

¿Como se han desarrollado las cosas en China?

Examinemos (en conjunto) toda la línea de conducta de la táctica, o, mejor dicho, de la estrategia seguida en China. El Kuomintang es el Partido de la burguesía liberal durante la Revolución, de la burguesía liberal que arrastra en pos a los obreros y a los campesinos para traicionarlos después.

Conforme a vuestras directivas, el Partido Comunista debe permanecer en el Kuomintang a pesar de todas las traiciones y sometido a la disciplina burguesa de éste.

El conjunto del Kuomintang entra en la Internacional Comunista y *no se somete* a la disciplina de esta última; no hace sino aprovecharse de su nombre y de su autoridad para engañar a los obreros y a los campesinos chinos.

El Kuomintang cubre a los generales agrarios que tienen en sus manos a los soldados campesinos.

A fines de octubre último Moscú exige que la revolución agraria no se extienda con el fin de no asustar a los terratenientes que ejercen el mando del ejército. Este se convierte así en una sociedad de socorros mutuos de los propietarios pequeños y grandes.

Los señores no tienen el menor inconveniente en calificar su campaña militar de nacional y revolucionaria con tal de que el Poder y la tierra permanezcan en sus manos. El proletariado, que constituye una fuerza revolucionaria joven, potente, en manera alguna inferior a la de nuestro proletariado de 1905, es arrojado hasta ponerse a las órdenes del Kuomintang.

Moscú les da el siguiente consejo a los liberales chinos: "Promulgad una ley sobre la organización de un *mínimo* de milicias obreras." ¡Y esto en marzo de 1927! ¿Por qué les dais a las esferas superiores el consejo: "Conceded un mínimo de armamentos", y no la consigna a la base: "Armaos lo más posible"? ¿Por qué un mínimo y no un máximo? Por no "asustar" a la burguesía, por no provocar la guerra civil. Pero ésta se ha producido inevitablemente, y ha resultado infinitamente más cruel, sorprendiendo a los obreros sin armas y ahogándolos en sangre.

Moscú ha intervenido contra la creación de Soviets "detrás del ejército" (como si la Revolución fuera la retaguardia), con el fin de no desorganizar la retaguardia de esos mismos generales que, dos días más tarde, aplastaban a los obreros y a los campesinos.

¿Hemos fortalecido a la burguesía y a los grandes terratenientes obligando a los comunistas a someterse al Kuomintang y cubriendo a éste con la autoridad de la Internacional Comunista? Sí, los hemos fortalecido.

¿Hemos debilitado a los campesinos frenando el desarrollo de la revolución agraria y de los Soviets? Sí, los hemos debilitado.

¿Hemos disminuido las fuerzas de los obreros por medio de la consigna, o, mejor dicho, por medio del consejo respetuoso dado a las esferas superiores burguesas: "el mínimo de

armamento” y ”nada de Soviets”? Sí, las hemos disminuido. ¿Debemos sorprendernos de haber sufrido una derrota después de haber hecho todo lo posible para que la victoria resultara mucho más difícil?

La explicación más justa, más concienzuda y más franca de esta política la ha dado Vorochilof: ”La revolución campesina – ha dicho – hubiera podido dificultar la marcha de los generales hacia ”el Norte”. Habéis frenado la Revolución en interés de una campaña militar. Chang Kai Chek veía las cosas exactamente de la misma manera. La expansión de la Revolución hubiera podido dificultar la campaña del general ”nacional”. Pero la Revolución es una verdadera marcha de los oprimidos contra los opresores. Con el fin de apoyar la expedición del general, habéis aminorado, frenado, la marcha de la Revolución e introducido el desorden en su seno. Y precisamente por esto, la campaña de los generales se ha vuelto, no sólo contra los obreros y los campesinos, sino también (y precisamente por esta razón) contra la Revolución nacional.

Si le hubiéramos asegurado a tiempo una completa autonomía al Partido Comunista; si le hubiéramos ayudado a armarse de una Prensa y de una táctica justa; si le hubiéramos dado las consignas: ”armamento máximo de los obreros”, ”expansión de la guerra campesina en el campo”, el Partido Comunista hubiera aumentado, no cada día, sino cada hora, y sus cuadros se hubieran templado en el fuego de la lucha revolucionaria. Hubiéramos debido lanzar la consigna de los Soviets desde los primeros días del movimiento de masas. Hubiéramos debido, donde hubiera sido posible, instaurar efectivamente los Soviets. Hubiéramos debido conducir a los soldados a éstos. La revolución agraria hubiera introducido el desorden en los ejércitos seudorrevolucionarios, pero hubiera contaminado al mismo tiempo a las tropas contrarrevolucionarias del enemigo. Únicamente sobre esta base: revolución agraria y Soviets, hubiera sido posible forjar gradualmente un ejército verdaderamente revolucionario, es decir, un ejército obrero y campesino.

Camaradas: Hemos oído aquí un discurso de Vorochilov, no en su calidad de comisario del Pueblo de Guerra y Marina, sino como miembro del Politburó. Y yo digo: ”Ese discurso es por sí solo una catástrofe y vale por una batalla perdida.”

(Exclamaciones en los bancos de la oposición: ”¡Es verdad!”).

Trotsky. – Durante el último Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que tuvo lugar en mayo, cuando, después de haber señalado por fin! – el paso de Chang Kai Chek al campo de la reacción, poníais vuestra confianza en Wan Tin Wei y después en Tan Che Tchi, yo le dirigí una carta al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Esto sucedía el 28 de mayo. ”El fracaso de esta política es absolutamente inevitable.” ¿Qué proponía yo? Voy a leer textualmente lo que escribí el 28 de mayo: ”El Pleno hubiera obrado justamente haciéndole una cruz a la resolución de Bujarin y sustituyéndola por otra concebida en algunas líneas: 1.º, los campesinos y los obreros no tienen por qué tener confianza en los jefes de la izquierda del Kuomintang, sino instaurar sus Soviets uniéndose a los soldados; 2.º, los Soviets deben armar a los obreros y a los campesinos avanzados; 3.º, el Partido Comunista debe asegurarse su autonomía completa, crear su Prensa diaria, dirigir la creación de los Soviets; 4.º, las tierras de los grandes propietarios deben ser inmediatamente confiscadas; 5.º la burocracia reaccionaria debe ser suprimida inmediatamente; 6.º, los generales traidores y los contrarrevolucionarios en general deben ser castigados sobre el terreno; 7.º, es necesario encaminarse hacia el establecimiento de una dictadura revolucionaria a través de los Consejos de diputados obreros y campesinos.” Y ahora comparad: ”nada de guerra civil en los pueblos”; ”no asustemos a nuestros compañeros de viaje”; ”no irriteemos a los generales”; ”el mínimo de armamento para los obreros”, etc. ¡Y es eso bolchevismo! ¡Y decir que nuestra actitud es calificada por las tesis del Politburó... de menchevique! Después de haberle dado

una vuelta a vuestra posición os habéis decidido firmemente a llamar negro a lo blanco. Pero vuestra desgracia es que el menchevismo internacional, de Berlín a Nueva York, aprueba la política china de Stalin-Bujarin, y, con pleno conocimiento de causa, se solidariza con vuestra línea de conducta en la cuestión china.

Comprendedme bien: no se trata en manera alguna de las traiciones individuales de militantes chinos del Kuomintang, de los condottieros chinos de la derecha y de la izquierda, de los funcionarios sindicales ingleses, de los comunistas chinos o ingleses. Cuando viajamos en el ferrocarril, parece como que es el paisaje el que se mueve. Toda la desgracia estriba en que habéis tenido confianza en aquellos que no hubieran debido inspirároslos; en que habéis subestimado la educación revolucionaria de las masas, que exige ante todo que se les inculque la desconfianza hacia los reformistas y hacia los superficiales centristas de "izquierda", así como hacia todo espíritu de justo medio en general. La virtud cardinal del bolchevismo consiste en poseer esta desconfianza en grado superlativo. Los partidos jóvenes deben todavía y momentáneamente absorberla y asimilársela. Vosotros habéis obrado y obráis en un sentido diametralmente opuesto. Les inculcáis a los partidos jóvenes la esperanza de que la burguesía liberal evolucionará más hacia la izquierda y la confianza en los políticastros liberales obreros de las Trade-Unions. Le ponéis trabas a la educación de los bolcheviques ingleses y chinos. De aquí vienen esas "traiciones" que os cogen siempre de improviso.

En torno al "centrismo" y a la política de las tablas podridas

La oposición os advirtió de que, bajo vuestra dirección, el Partido Comunista chino se orientaría inevitablemente hacia una política menchevique; esto les valió a los opositores los peores insultos. Ahora os advertimos con toda seguridad de que el Partido Comunista inglés, bajo la influencia de la política que le imponéis, se envenena fatalmente por el centrismo y el colaboracionismo. Si no cambiáis radicalmente de curso, las consecuencias de esta política para el Partido Comunista inglés no serán mejores que lo han sido para el Partido Comunista chino. Lo mismo sucede, por otra parte, con toda la Internacional Comunista.

Es preciso comprender, en fin, que el centrismo de Bujarin-Stalin no resiste la prueba de los acontecimientos. Los más grandes acontecimientos de la historia humana son la Revolución y la guerra. Hemos puesto a prueba la política centrista en la Revolución china. Esta exigió que de las conclusiones bien planteadas se dedujeran directivas impregnadas de un espíritu centrista. El Partido Comunista chino se vio obligado a deducir esas conclusiones. Y he aquí por qué he venido a parar – no podía ser de otra manera – en el menchevismo.

El inaudito fracaso de vuestra dirección en China exige que renunciéis ya de una vez a una política que os obliga en las más difíciles circunstancias a agarraros a las tablas podridas.

La prueba más grandes de la Historia, después de la revolución, es la guerra. Os lo anticipamos: ante posibles acontecimientos bélicos, la política staliniana y bujariniana, política de zigzags, de restricciones mentales, equívocas, política de centrismo, no puede prevalecer. Y esto interesa a toda la dirección de la Internacional Comunista. Actualmente, el único examen a que se somete a los dirigentes de los partidos comunistas hermanos consiste en preguntarles: "¿Estáis dispuestos a votar noche y día contra el "trotskismo"?" La guerra los colocará en presencia de acontecimientos que darán lugar a otras responsabilidades. Sin embargo, la política llevada a cabo con el Kuomintang y el Comité angloruso ha desviado manifiestamente su atención hacia las esferas superiores de Amsterdam y de la socialdemocracia. Ya podéis decir: la línea de conducta del Comité angloruso fue la de la esperanza en la tabla podrida de la burocracia de Amsterdam, de la cual el Consejo General de las Trade-Unions constituye actualmente la parte más podrida. En caso de guerra tropezaréis con un "imprevisto" después de otro. Las tablas corcomidas se romperán bajo vuestros pies.

La guerra provocará una diferenciación brutal entre los actuales dirigentes de la Internacional Comunista. Parte de ellos adoptarán la actitud de Amsterdam, recogiendo su consigna: "Queremos defender de verdad a la U. R. S. S., pero no queremos ser un puñado de fanáticos." La otra parte de comunistas europeos (creemos firmemente que será la mayoría) adoptará la posición de Lenin, de Liebknecht, la que defendemos nosotros. No habrá lugar para la posición intermedia de Stalin. Por eso precisamente – permitidme que os lo diga con toda franqueza – las divagaciones vuestras acerca del puñado de opositores, de los generales sin ejército, etc., etc., nos parecen sencillamente ridículas. Los bolcheviques ya han oído cosas por el estilo, y más de una vez, en 1914 y en 1917. Nosotros vemos demasiado claramente lo que será el mañana y lo preparamos. Nunca como ahora ha existido en el seno de la oposición una certidumbre tan inquebrantable en su posición y una unanimidad tal.

Zinoviev, Kamenev. – ¡Absolutamente exacto! ¹

Trotsky. – Desde el punto de vista de la *política interior*, la lenta desviación del centrismo no encontrará tampoco un lugar adecuado en presencia de la guerra. Las discusiones se condensarán, las contradicciones entre las clases se acentuarán y presentarán su aspecto más agudo. Y será necesario entonces dar respuestas claras y precisas.

¿De qué tendremos necesidad en tiempo de guerra: de "unidad revolucionaria" o de "unión sagrada"? La burguesía ha inventado para los períodos de guerra o de peligro de guerra una situación política especial calificada de "armisticio civil" o de "unión sagrada". El sentido de esta concepción estrictamente burguesa consiste en que las divergencias y las querellas de todos los partidos burgueses, comprendida la socialdemocracia, lo mismo que las discusiones en el seno de los propios partidos, deben callarse durante la guerra con el fin de aturdir y engañar mejor a las masas. La "unión sagrada" es la forma suprema de complot de los dirigentes contra los dirigidos. Es añadir que si bien nuestro Partido no tiene nada que disimularle a la clase obrera, desde el punto de vista político, en tiempos de paz, lo mismo debe suceder y con mayor razón en tiempos de guerra, cuando la claridad y la pureza de la línea de conducta política, lo profundo de la ligazón con las masas, constituyen una cuestión de vida o muerte. Por esto precisa. mente, y a pesar de que nuestro Partido tiene un carácter infinitamente más centralizado que cualquier otro partido burgués, nos permitimos discutir con rudeza y en plena guerra civil, y en liquidar, aplicando la democracia en el seno del Partido, todas las cuestiones fundamentales de la dirección política. Fue ésta una de las cosas indispensables, gracias a la cual el Partido elaboró, reforzó su línea de conducta justa y consolidó su unidad revolucionaria. Hay, o, hablando más exactamente, hubo hasta hace poco, camaradas que creían que después de la muerte de Lenin estaba hasta tal punto asegurada una dirección absolutamente justa, que no tendría necesidad de ser controlada por el Partido. Nosotros creemos, por el contrario, y ahora más que nunca, que la dirección debe ser modificada y controlada a través de toda la historia de nuestro Partido. Necesitamos, no una hipócrita "unión sagrada", sino una honrada unidad revolucionaria.

La política centrista intermedia no puede mantenerse en tiempos de guerra. Tendrá que inclinarse hacia la derecha o hacia la izquierda, o, dicho de otro modo: hacia el punto de vista de Termidor o el de la oposición. (*Escándalo.*)

¿Puede vencerse en caso de guerra siguiendo el camino termidoriano? Si se examinan las cosas desde un punto de vista general, la victoria es posible. Para ello habría que abolir, primero, el monopolio del comercio exterior; darle al "kulak" la posibilidad de importar y de exportar dos veces más; permitirle que aplaste bajo su peso al campesino medio; obligar al campesino pobre a comprender que no le queda otra salida que la de pasar por el "kulak";

¹ Como es sabido, Zinoviev y Kamenev no resistieron mucho tiempo la prueba.

relevar y consolidar la importancia de la burocracia y de la administración; rechazar las reivindicaciones obreras presentándolas como pertenecientes al "espíritu corporativo"; restringir la intervención de los obreros en los Soviets desde el punto de vista político; restablecer los decretos promulgados el año último sobre las elecciones y hacerlas gradualmente extensivas en provecho de los propietarios. Este sería el camino de Termidor. Su verdadero nombre es el retorno, por etapas, al capitalismo.

Entonces veríamos en el mando del ejército a los "kulaks" en los grados inferiores y a los intelectuales burgueses en los puestos superiores. La victoria obtenida en este aspecto significaría la aceleración de la desviación hacia las posiciones burguesas. ¿Es posible obtener la victoria siguiendo la ruta revolucionaria del proletariado? Sí. Y hay todavía más. Todo el ambiente mundial contiene la afirmación de que en el caso de guerra el éxito más seguro se obtendría siguiendo precisamente este camino. Pero para esto es necesario acabar en primer lugar con el crepúsculo político, en el cual todos los gatos son pardos. El "kulak" se encuentra a la derecha: es un enemigo. Los obreros agrícolas, los campesinos pobres, se encuentran a la izquierda: sin amigos. Hay que dirigirse, por mediación del campesino pobre, hacia el campesino medio. Es menester crear un ambiente político en el cual les sea imposible a la burguesía y a la burocracia rechazar con el codo a los obreros, diciéndoles: "¡Ya no estamos en 1918!". Es menester que la clase obrera pueda decirse: "En 1927, no sólo tengo más que comer, sino que desde el punto de vista político soy más dueño del Estado que en 1918." Sólo al final de este camino la victoria será, no solamente posible, sino que estará seguramente afianzada, pues únicamente siguiendo dicho camino contaremos con el apoyo de las masas populares de Polonia, Rumania y de toda Europa.

¿Puede obtenerse el éxito siguiendo la política centrista de Stalin, oscilando entre los dos campos, comenzando por la promesa de contentar al "kulak", de adoptar a su hijo, de mirar con cariño a su nieto, y pasando seguidamente y con vacilación a la creación de grupos de campesinos pobres, cambiando cada año las instrucciones electorales, es decir, la constitución soviética, primero en favor del "kulak", después contra él, después de nuevo por él, como se dio el caso en el Cáucaso septentrional? ¿Por qué política se guía? ¿Por Chang Kai Chek y Wan Tin Wei, por Purcell y Cook, por los traidores de arriba? ¿Por la política que dictó nuestro Politburó en su increíble directiva del 20 de octubre de 1926 respecto de China, instando a no introducir la guerra civil en los campos chinos con el fin de no rechazar a los "compañeros de ruta", a la burguesía, a los terratenientes y a los generales, o la otra directiva solicitando de la burguesía liberal un mínimo (!!) de armamento para los obreros? Ese curso irrita y enfría a los unos sin conquistar a los otros; hace perder al "amigo" Wan Tin Wei y desorienta a los comunistas. Ese curso significa que os agarráis continuamente a las tablas podridas.

En tiempos de paz, una política semejante puede durar un tiempo indefinido. Pero en caso de guerra o de revolución, el centrismo debe inclinarse forzosamente hacia la izquierda o hacia la derecha. Ya se disgrega en alas derecha e izquierda, que, inevitablemente, crecen en detrimento del centro. Este proceso se acelerará inevitablemente; y si se nos impusiera la guerra, ésta le daría un carácter febril. El centro staliniano se disolverá inevitablemente. En estas circunstancias, el Partido necesitaría más que nunca a la oposición para corregir su línea de conducta, para no romper al mismo tiempo su línea revolucionaria y no diseminar los cuadros del Partido, que son su principal capital. Efectivamente: la mayoría de los cuadros proletarios realmente bolcheviques es capaz, frente a una política justa, siguiendo una línea de conducta clara, en presencia de circunstancias exteriores imperiosas, de renovar la política y adoptar con plena conciencia, y no por pura forma, una política firme, realmente revolucionaria. Y nosotros queremos llegar precisamente a este resultado. En cuanto a la mentira sobre el carácter condicional de nuestro espíritu de defensa, sobre los dos partidos; en

cuanto a la mentira, más infecta todavía, sobre el insurreccionalismo, se las arrojamos a la cara a nuestros adversarios.

Una voz de la oposición. – Exacto.

Trotsky. – Pero ¿es que las críticas de la oposición disminuyen la autoridad de la U. R. S. S. en el movimiento obrero mundial?

Ya la manera de plantear la cuestión no es nuestra, sino de la gente de Iglesia, de los pastores, de los dignatarios y de los generales cuando plantean la cuestión de la autoridad. La Iglesia católica exige de los creyentes que la suya sea aceptada sin murmurar. El revolucionario lo apoya al mismo tiempo que lo critica; a medida que menos se acepta su derecho a la crítica, tanto mayor es su abnegación para luchar en favor de aquello en que participa directamente, creándolo y reforzándolo. La crítica de los errores de Stalin puede, evidentemente, disminuir la hinchada autoridad staliniana, que "no admite murmullos". Pero la Revolución y la República no se basan en esto. Una crítica franca, la verdadera reparación de los errores, le probarán a todo el proletariado mundial la fuerza interior del régimen que, en medio de las peores circunstancias, lleva en sí mismo las garantías que le permiten encontrar su camino justo. En tal sentido, la crítica de la oposición y las consecuencias que provoca ya, y que provocará todavía mañana en una medida mayor aún, no disminuyen la autoridad de la Revolución de Octubre, sino la fortalecen por la confianza no ciega, sino revolucionaria, del proletariado mundial, y aumenta por esto mismo nuestra capacidad de defensa en el terreno internacional.

El proyecto de resolución presentado por el Politburó dice:

"La preparación de la guerra contra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas significa sencillamente la renovación, sobre una base más amplia, de la lucha de clases entre la burguesía imperialista y el proletariado triunfante."

¿Está esto bien? Completamente bien. Resulta incluso absurdo hacer la pregunta. Pero la resolución añade: "Aquel que, como lo hace la oposición en el Partido, pone en duda este carácter de la guerra", etc.

¿Que la oposición pone en duda ese sentido general de clase de la guerra? ¿Es absurdo! No lo pone, ni mucho menos, en duda. Sólo aquellos que, después de haberse equivocado, tratan de confundir a los demás, pueden afirmar lo contrario. Pero ¿es que esto significa, sin embargo, que el sentido general de clase, indiscutible para todos nosotros, cubra todo error, toda desviación? No, no puede tener ese significado. No, no se puede encubrir todo. Si se admite por adelantado y de una vez para siempre que la dirección actual es la única concebible, que es la dirección nata, en este caso toda crítica de una dirección que comete errores puede ser presentada como una crítica negativa de la defensa de la patria socialista y un llamamiento al insurreccionalismo. Semejante actitud es sencillamente la negación del Partido. Entonces, según vosotros, el Partido no puede servir más que para la defensa y habría que enseñarle cómo debe ejercer esta defensa. Diremos una vez más, y de una forma simple y brevemente: Nosotros, la oposición, ¿discutimos la defensa de la patria socialista? No. Esperamos, no solo defenderla, sino enseñarles a defenderla a otros. ¿Ponemos en duda la capacidad de Stalin al fijar una línea de conducta justa para la defensa de la patria socialista? Sí, lo ponemos en duda desde un elevado punto de vista político.

En un reciente artículo de la *Pravda*, Stalin formula la pregunta siguiente: "¿Es que verdaderamente la oposición estará contra la victoria de la U. R. S. S. en las futuras batallas contra el imperialismo?". Repitémosla: "¿Es que verdaderamente la oposición estará contra la victoria de la U. R. S. S. en las futuras batallas contra el imperialismo?". Dejemos de lado la arrogancia de la pregunta. No volveremos por el momento a ocuparnos de los términos,

extremadamente pesados, con arreglo a los cuales caracterizó Lenin los métodos stalinianos: brutalidad y deslealtad. Tomemos la pregunta tal y como está formulada y démosle una respuesta. Sólo los guardias blancos pueden estar "contra la victoria de la U. R. S. S. en la guerra futura contra el imperialismo". La oposición es partidaria del triunfo de la U. R. S. S.; lo ha probado y lo probará en igual grado que los otros por medio de actos. Pero para Stalin no se trata de esto. En el fondo ha visto otra cosa que no se atreve a expresar. Es la siguiente: "¿Es que la oposición cree verdaderamente que la dirección de Stalin es incapaz de asegurar la victoria de la U. R. S. S.?" . Pues bien, sí; así lo cree.

Zinoviev. – Muy bien.

Trotsky. – La oposición cree que la dirección de Stalin hace más difícil la victoria.

Molotov. – ¿Y dónde está el Partido?

Trotsky. – ¿El Partido? Lo habéis estrangulado. La oposición cree que la dirección de Stalin dificulta la victoria. Lo mismo había afirmado respecto a la Revolución china. Sus advertencias se han visto confirmadas de una manera espantosa por los acontecimientos. Es menester cambiar de política sin aguardar a que se produzca una confirmación tan catastrófica en el interior. Cada opositor real, y no cada pseudooposicionista, ocupará en caso de guerra, en el frente o en la retaguardia, el puesto que le confíe el Partido y cumplirá con su deber hasta el fin. Pero ningún opositor renunciará a su derecho y a su deber, en vísperas de la guerra o en el transcurso de ésta, a luchar por el enderezamiento del curso del Partido (como se ha hecho siempre en el Partido), pues la condición más importante del éxito consiste precisamente en esto. Resumen: ¿Por la patria socialista? ¡Sí! ¿Por el curso staliniano? No!

Dos palabras sobre el ejército. Todos los factores de la economía, de la política, de la cultura, se combinan en la defensa del país. Pero existe un instrumento especial, inmediato, de la defensa: es el ejército. El papel de ésta tiene un carácter decisivo. El dominio militar es el que más brutalmente refleja los aspectos del régimen; no sólo los aspectos fuertes, sino también los débiles, todos los desplazamientos de la política, todas sus faltas y sus errores de cálculo. Y al mismo tiempo es más fácil dejarse engañar en este dominio que en otro por las apariencias, por el aparato, por el *bluff*. Más de una vez en la Historia del régimen ha sido controlado a través del ejército. Es preferible exagerar aquí en el sentido de la crítica que en el de la confianza beatífica. Determinados militantes del ejército, bajo la impresión de una amenaza posible de guerra, han cambiado recientemente sus opiniones sobre el estado de nuestras fuerzas armadas. Cada uno de ellos no es menos abnegado a la causa de la República socialista que cualquiera de los aquí presentes. El resultado de su discusión está expuesto en forma de un documento que contiene el programa de las modificaciones necesarias con el fin de aumentar el nivel revolucionario y la capacidad combativa del ejército. Le entregaré un ejemplar de dicho documento al Politburó del Comité Central por mediación de Ríkov.

Exclusión de Trotsky del Comité Central del Partido Comunista Ruso

(Discurso pronunciado ante la asamblea plenaria del Comité Central y de la Comisión Central de Control. 23 de octubre de 1927)

Durante los meses de agosto, septiembre y octubre la fracción staliniana se entregó a la lucha contra la oposición, basándose en las decisiones de julio-agosto. En octubre llegó, por fin, el momento, en que la fracción directora se decidió a ejecutar su proyecto. El Pleno de octubre se había impuesto la tarea, no sólo de eliminar a Trotsky y Zinoviev del Comité Central, sino también de preparar las condiciones necesarias que permitieran la aplicación de la política de represión en gran escala.

El Pleno de julio-agosto había lanzado la acusación de que la oposición se negaba a defender la República de los Soviets contra sus enemigos los imperialismos. Pero en la nueva fase, esta deshonesto acusación, que se desacreditó en seguida, no bastaba ya. Fueron aventadas las últimas reservas ideológicas que poseía Stalin. Se lanzó en la batalla una nueva historia acerca de un cierto complot militar que se decía había concebido la oposición y en relación con ella. Esta intervención nuestra en el complot consistía en el hecho de que un especialista, hablando con otros especialistas – que, lo mismo que a no estaban entre los conjurados, pero que hubieran podido llegar a estarlo –, pronunció el nombre de Trotski. Lo hizo, no con la intención de conspirar, sino sin ninguna intención precisa. ¡Qué importaba! Se había pronunciado el nombre de Trotski; un determinado número de especialistas habíanse encontrado juntos; evidentemente, de una manera general, hubiera podido existir una conjuración militar. Bien es verdad que el especialista militar que citó a Trotski (y millares de otros pronunciaban su nombre) encontrábase, por diversas razones, en la época de la "criminal" conversación, en Mongolia, es decir, en un lugar poco propicio para la dirección de un golpe de Estado que debía efectuarse en Moscú. Pero ¿es que los agitadores stalinianos tienen acaso el deber de decir dónde está Mongolia y, en general, de ocuparse de geografía, cuando intervienen ante las células del Partido? Según parece, fueron detenidos algunos especialistas sin que existiera la menor razón para ello.

Meniinski, presidente de la G. P. U., presentó sobre esto un informe ante el Pleno del Comité Central y de la Comisión Central de Control, de plantearse el problema de la oposición. Incluso los más obtusos partidarios de la fracción staliniana, los elementos más desprovistos de conciencia, escucharon dicho informe con un sentimiento de ansiedad y de vergüenza. La amalgama termidoriana apareció de una manera demasiado grosera a la luz del día. Ciertos miembros de la mayoría expresaron en los pasillos su indignación. El fracaso de la maquinación staliniana fue de tal modo patente ante el Pleno, que todos los oradores que intervínieron, a excepción de Bujarin, que estaba fuera de sí, evitaron – por prudencia, por repugnancia – que se hablase de esta cuestión. Lo cual no fue óbice, naturalmente, para que los agitadores de Stalin continuaran envenenando al Partido con rumores relacionados con el complot contrarrevolucionario.

La exclusión de Trotski y de Zinoviev, en vísperas del XV Congreso, no fue sino el preámbulo indispensable para proceder a la eliminación de la oposición y a la deportación de los opositores activos a Siberia y a Asia central. Y así se inauguró una nueva etapa del desarrollo de la Revolución.

Trotski. – La proposición que hice de discutir separadamente la cuestión del oficial vrangeliano y la del complot militar ha sido rechazada. En el fondo planteaba la cuestión de saber por qué, por quién y cómo ha sido engañado el Partido, al cual se le ha dicho que los comunistas de la oposición formaban parte de una organización contrarrevolucionaria. Para demostrar una vez más cómo concebís la discusión, habéis decidido suprimir del acta taquigráfica, es decir, ocultarle al Partido, mi breve intervención sobre el oficial vrangeliano. Bujarin nos ha presentado aquí la filosofía de la amalgama termidoriana basada en los documentos del Meniinski, los cuales no tienen nada que ver ni con nuestra imprenta ni con la oposición en general. Nosotros necesitamos hechos y no la filosofía barata a lo Bujarin. Los hechos no existen. Por esto precisamente habéis introducido esta cuestión en discusión valiéndoos de un truco. La brutalidad y la deslealtad han crecido a tal punto que se han convertido en perfidia criminal. Todos los documentos revelados por Meniinski están dirigidos completamente contra la política que se aplica actualmente; para lograrlo basta ponerlos en claro por medio de un análisis marxista. No tengo tiempo para hacerlo. Nada más quiero plantear la cuestión fundamental: ¿cómo y por qué la fracción que dirige actualmente el Partido se ha visto obligada a engañar al Partido, haciendo pasar a un agente de la G. P. U. por

un oficial vrangeliano y extirpando los fragmentos de una encuesta inacabada y exagerada deliberadamente con el fin de introducir el terror en el Partido valiéndose de una falsa noticia sobre la participación de los opositores en una organización contrarrevolucionaria? ¿Por qué se hace esto? ¿Y qué se pretende con ello? Estas son las únicas preguntas que importan desde el punto de vista político. Todo lo demás ocupa un segundo e incluso un décimo plano.

Dos palabras, ante todo, respecto a lo que ha recibido el nombre de "trotskismo". Con este término, totalmente oportunista, se intenta contruir una teoría. Con el fin de fabricar el "trotskismo" trabaja a todo vapor y con tres equipos de recambio una gran fábrica de falsificaciones. Recientemente he escrito sobre esto una carta al Instituto Histórico del Partido, carta que contiene unas cincuenta citas y documentos y que sorprende, a la escuela histórica y teórica que tenemos que sufrir actualmente, en flagrante delito de falsificación, de alteración, de disimulación de hechos y de documentos, de desfiguraciones del pensamiento de Lenin, y sobre todo con el único objeto de combatir al llamado "trotskismo". He exigido que esta carta les fuera enviada a los miembros del Pleno, tosa que no se ha hecho. Y, sin embargo, esta carta casi no contiene más que citas y documentos. La mandaré a la "Hoja de discusión", aun cuando tengo la seguridad de que también se le disimulará al Partido, pues los hechos y los documentos que en ella reproduzco son demasiado abrumadores para la escuela staliniana.

En nuestra declaración de julio del año último previmos con una perfecta exactitud todas las etapas por que debía pasar la demolición de la dirección leninista del Partido para ser reemplazada por la de Stalin. Me refiero a una sustitución temporal, pues tantas más son las "victorias" que obtiene el grupo dirigente, tanto más se debilita en realidad. Podemos completar ahora nuestros enunciados de julio del año último con la conclusión siguiente: el actual triunfo de Stalin desde el punto de vista de la organización precede a su caída política. Esto es totalmente inevitable y, conforme al régimen staliniano, se producirá bruscamente. La tarea fundamental de la oposición consiste en reducir al mínimo los daños que las consecuencias de la peligrosa política de la dirección actual le causarán al Partido y a la ligazón de éste con las masas.

Queréis excluirnos del Comité Central. Estamos enteramente de acuerdo con vosotros en reconocer que esta medida se deduce enteramente del curso actual, en la fase del desarrollo que acaba de alcanzar, o, mejor dicho, en la fase de su fracaso. La fracción directora que excluye del Partido a centenares y centenares de los mejores militantes, de obreros bolcheviques inquebrantables; la pandilla del aparato que se atreve a excluir a bolcheviques como Mratchkovski, Serebriakov, Preobrazhenki, es decir, a camaradas que podrían constituir por sí solos un Secretariado del Partido con una mayor autoridad y una mayor preparación, más leninista, que el actual Secretariado; la fracción Stalin-Bujarin, que encarcela en la Prisión Interior de la G. P. U. a admirables militantes como Nechaev, Stykhold, Vassiliev, Schmidt y tantos otros; la fracción del aparato que se mantiene violentando al Partido, ahogando su pensamiento, desorganizando a la vanguardia del proletariado, no sólo en la U. R. S. S., sino en el mundo entero; esta fracción, completamente penetrada de oportunismo, que ha arrastrado tras de sí y sigue arrastrando todavía a los Chang Kai Chek, Feng Yu Siang, Wan Tin Wei, Purcell, Hicks, Ben-Tillet, Kussinen, Smeral, Peper, Heinz-Neumann, Rafés, Martinov, Kudratiev y Ustrialov no puede tolerarnos a nosotros en el Comité Central ni siquiera un mes antes del Congreso. Nos damos cuenta del por qué de esto.

La brutalidad y la deslealtad van a la par con la astucia. Habéis disimulado nuestra plataforma. Mejor todavía: habéis tratado de ocultarla. ¿Qué significado tiene este miedo a nuestra plataforma? La cosa está clara.

Temer nuestra plataforma es temer presentarse ante las masas

Os anunciamos el 8 de septiembre que a pesar de todas las prohibiciones haríamos que el Partido conociera nuestra plataforma, y así lo hemos llevado a cabo. Y realizaremos este trabajo hasta el final. Mrachkovski y los demás camaradas que imprimieron nuestra plataforma obraron y obran en absoluta solidaridad con nosotros, miembros opositoristas del Comité Central y de la Comisión Central de Control. Nosotros somos por completo responsables de ello, no sólo desde el punto de vista político, sino también desde el punto de vista orgánico.

La deslealtad y la brutalidad que describía Lenin no son ya tan sólo las características de una persona: son las características de la fracción dirigente, de su política, de su régimen. No se trata sólo de procedimientos visibles desde el exterior. El rasgo característico y esencial del actual curso es la fe en la violencia todopoderosa contra su propio Partido. Gracias a la Revolución de Octubre, nuestro Partido posee un potente aparato de coerción, sin el cual es imposible concebir la dictadura del proletariado. El centro de esta dictadura es el Comité Central de nuestro Partido.

En vida de Lenin, mientras hubo un Comité Central leninista, el aparato de organización del Partido permaneció sometido a una política revolucionaria de clase practicada universalmente. Bien es cierto que Stalin, como secretario general, constituyó para Lenin una preocupación desde el comienzo. "Ese cocinero no prepara más que platos cargados de especias", decía en medio de un círculo de íntimos durante el X Congreso. Pero bajo la dirección leninista, ante un Politburó cuya composición era leninista, el Secretariado general ejercía un papel completamente secundario. La situación empezó a cambiar desde la enfermedad de Lenin. La selección de los hombres por el Secretariado, la agrupación de los stalinianos a través del aparato, tomaron un carácter de valor propio, independiente de la línea de conducta política. Por esto precisamente Lenin, al pensar en la eventualidad de su abandono del trabajo, le dio un supremo consejo al Partido: "relevar a Stalin de su puesto, pues puede conducir al Partido a la escisión y a la muerte." El Partido no pudo conocer a tiempo este consejo. El aparato, hábilmente seleccionado, lo escamoteó. Las consecuencias de este estado de cosas se presentan ahora ante nosotros en toda su amplitud.

La fracción dirigente cree que se puede llegar a todo por medio de la violencia. Es un error fundamental. La violencia puede cumplir un papel revolucionario enorme, pero con una condición: que esté sometida a una política de clase justa. La violencia de los bolcheviques contra la burguesía, contra los mencheviques, contra los socialistas revolucionarios, dio, en determinadas circunstancias históricas, resultados inmensos. Las violencias de Kerenski y de Tseretelli contra los bolcheviques no hicieron más que precipitar el fracaso del régimen de colaboración. Excluyendo, privando de trabajo, encarcelando, la fracción dirigente se levanta, por medio del látigo y del rublo, contra su propio Partido. El militante obrero teme decir en su propia célula lo que piensa, y teme votar siguiendo los dictados de su conciencia. La dictadura del aparato mantiene en el terror al Partido, que debe ser la expresión suprema del proletariado. Sembrando el miedo en el Partido, la fracción dirigente disminuye la capacidad de éste de mantener el terror entre sus enemigos de clase. Pero el régimen del Partido no vive más que para sí. Expresa toda la política de la dirección del Partido. En el transcurso de estos últimos años, esta política ha desviado el eje de clase de la izquierda a la derecha, del proletariado hacia la pequeña burguesía, del obrero hacia el especialista, del militante de filas hacia el aparato, del obrero agrícola y del campesino pobre hacia el "kulak", del obrero de Shanghai hacia Chang Kai Chek, del campesino chino hacia el oficial burgués, del proletariado inglés hacia Purcell, Hicks y demás miembros del Consejo General de las Trade-Unions, y así sucesivamente. Esta es precisamente la esencia del stalinismo.

A primera vista parece como que la trayectoria staliniana es absolutamente vencedora. La fracción de Stalin asesta golpes hacia la izquierda (Moscú, Leningrado) y hacia la derecha (Cáucaso del Norte); pero en realidad toda la política de la fracción centrista se lleva a cabo bajo los golpes de un doble látigo: derecha e izquierda. Falta de una base de clase, la fracción burocrática centrista oscila entre dos líneas de clase, mientras se desvía sistemáticamente de la del proletariado hacia la de la pequeña burguesía. Y esta desviación se efectúa sin seguir una línea recta y en forma de zigzags bruscos.

En el pasado hemos conocido otros casos así. El más evidente y memorable fue la ampliación de las instrucciones electorales a consecuencia de la presión ejercida por el "kulak" (látigo de derecha). Después, la abrogación de estas concesiones ante el empuje de la oposición (látigo de izquierda). Y después ha habido no pocos zigzags en lo referente a la legislación obrera, a los salarios, a la política de los impuestos, a la actitud observada hacia el comerciante privado, etc. Y el curso general se desviaba al mismo tiempo hacia la derecha. El manifiesto publicado con ocasión del décimo aniversario de Octubre constituye, indudablemente, un zigzag hacia la izquierda. Pero nosotros no perdemos un solo instante de vista que se trata de un zigzag que, por sí solo, no modifica la dirección general de la política y debe incluso – en un porvenir muy próximo – apresurar la política del centro director, que continuará su desviación hacia la derecha.

Los gritos lanzados hoy con motivo de la *ofensiva intensa contra el "kulak"*, al cual se le decía todavía ayer: "Enriqueceos", no pueden cambiar esta línea de conducta, lo mismo que no la harán variar las sorpresas preparadas con ocasión de acontecimientos como el de la jornada de trabajo de siete horas. La línea política de la actual dirección está determinada, no por algunos zigzags de aventureros, sino por el *apoyo social que esta línea ha reunido en torno suyo en su lucha contra la oposición*. Por mediación del aparato staliniano, del régimen de Stalin, la vanguardia del proletariado sufre la presión de los burócratas, que se han fortalecido (comprendiendo a los burócratas obreros), de los administradores, de los pequeños patronos, de los nuevos propietarios, de los intelectuales privilegiados de las ciudades y del campo, de todos los elementos que empiezan a mostrarle el puño al proletariado diciéndole: "¡Ya no estamos en 1918!"

No es el zigzag de izquierda el que decide, sino la línea de conducta política fundamental. Es la selección de los amigos en ideas, son los cuadros, es la base social. No se puede estrangular a las células obreras y ejercer, al propio tiempo, una presión sobre el "kulak". Lo uno es incompatible con lo otro. En cuanto se llegue a la realización del zigzag de izquierda promulgado con ocasión del aniversario, se tropezará con una resistencia cada vez mayor y más encarnizada en las propias filas de la mayoría.

Hoy, "¡enriqueceos!"; mañana, "¡deskulakeceos!". Para Bujarin, todo es fácil. Un plumazo, y ya está. Pero el "kulak", y el administrador, y el burócrata empedernido, y el "ustrialovista", tienen un concepto muy diferente. Estos no se inclinan ante estos zigzags de aniversario y hablarán cuando llegue el caso.

El camarada Tomski, que está más ligado que los demás, se ha manifestado, como ya es sabido, contra el zigzag del aniversario. Y es que Tomski tiene el presentimiento de que los obreros les exigirán cuentas a los Sindicatos. Y es él quien deberá responder. Mañana, los obreros le exigirán a Tomski que detenga de hecho el curso hacia la derecha, llamado en el manifiesto curso hacia la izquierda, lo cual hará que sea inevitable la lucha entre el bloque dirigente. En el ala derecha de nuestro Partido conviven el administrador y el sindicalista. Ahora constituyen un bloque, como ha sucedido más de una vez en la historia del movimiento obrero internacional. Pero el zigzag hacia la izquierda del aniversario levantará una barrera entre el administrador y el sindicalista. El hombre del aparato, que oscila entre los dos,

perderá su punto de apoyo. El zigzag del aniversario es la confesión más innegable y más clara de que la oposición tiene razón en todas las cuestiones esenciales de la vida interior de la ciudad y del campo. Constituye, por otra parte, la propia desaprobación política de la fracción dirigente, su certificado de indigencia. Una desaprobación verbal, puesto que es incapaz de darle curso después prácticamente. El zigzag del aniversario no retardará, sino que acelerará la bancarrota política del curso actual de la dirección.

El régimen actual del Partido se deriva de toda la política de la dirección. Detrás de los extremistas del aparato se encuentra la burguesía interior que renace. Y detrás de ésta se encuentra la burguesía mundial. Todas estas fuerzas pesan sobre la vanguardia del proletariado y le impiden levantar la cabeza, abrir la boca. Y cuanto más se desvía la política del Comité Central de la línea de clase, más se ve obligado a imponer desde arriba esta política a la vanguardia proletaria por medio de medidas coercitivas. De aquí nace el intolerable régimen que impera en el Partido. Cuando Martynov, Sumeral, Rafés y Pepper dirigen la Revolución china, Mratchkovski, Serebriakov, Preobrazhenki, Charov y Sarkis son excluidos del Partido por haber impreso y difundido una plataforma bolchevique destinada al Congreso. Estos hechos no son solo de orden interior del Partido. No: en esos hechos encuentra ya su expresión la activa influencia política de las clases.

Es un hecho cierto que la burguesía interior ejerce una presión sobre la dictadura del proletariado y sobre su vanguardia proletaria, menos atrevida, menos hábil, menos astuta que la de la burguesía mundial. Pero estas dos presiones se ejercen a la par, simultáneamente. Los elementos de la clase obrera y de nuestro Partido que han sido los primeros en prever la proximidad del peligro; que han sido los primeros que han hablado de él; es decir, los representantes de la clase obrera más revolucionarios, más decididos, más perspicaces, más irreductibles, forman hoy parte de los cuadros de la oposición. Y estos cuadros se desarrollan lo mismo en el interior de nuestro Partido que internacionalmente.

Los acontecimientos más importantes y los hechos nos dan la razón. La represión refuerza nuestros cuadros, reúne en nuestras filas a los mejores de entre los "viejos" del Partido, temple a los jóvenes, agrupa en torno de la oposición a los verdaderos bolcheviques de la nueva generación. Excluidos del Partido, los opositores constituyen *los mejores hombres del Partido*. Los que los excluyen son – sin darse cuenta de ello todavía – el instrumento de presión de las otras clases sobre el proletariado. Al tratar de pisotear nuestra plataforma, la fracción dirigente ejecuta una orden social dada por Ustrialov, es decir, por la pequeña y media burguesía, que resurgen. Contrariamente a la política de la vieja burguesía emigrada y en decadencia, Ustrialov, con su política inteligente, clarividente, de la nueva burguesía, no aspira a la revolución, a las grandes conmociones; no pretende, sencillamente, "saltar las etapas". La marcha ustrialovista actual es el curso staliniano. Ustrialov se dirige abiertamente a Stalin. Exige de Stalin el castigo de la oposición. Excluyendo y deteniendo a los opositores, lanzando contra nosotros una acusación esencialmente termidoriana respecto al oficial de Wrangel y al complot militar, Stalin ejecuta la orden social de Ustrialov.

El objetivo inmediato de Stalin es: dividir al Partido; dividir a la oposición; acostumbrar al Partido a los métodos de agotamiento físico; constituir equipos de reventadores fascistas, de hombres que trabajan a puñetazos, a pedradas; meter a la gente en la cárcel. En estos métodos se ha detenido momentáneamente el curso staliniano antes de ir más lejos. Pero su camino está trazado. . ¿Qué necesidad tienen los Yaroslaski, los Chvernik, los Golochekin y otros de discutir sobre las cifras de control, puesto que pueden arrojar a la cabeza de un opositor un grueso libraje de cifras de control? ¹. El stalinismo encuentra su expresión desenfadada

¹ Durante una discusión, Yaroslavski, fuera de sí, le arrojó a Trotski a la cabeza un grueso volumen del Plan del Estado.

dejándose llevar a verdaderos actos de granujería. Ahora bien; repitémoslo: esos métodos fascistas no son otra cosa que el ciego cumplimiento – inconsciente – de una orden social procedente de las otras clases. ¿El objetivo? Amputar al Partido de la oposición y agotarlo físicamente.

Ya hay alguns que dicen: "Excluiremos a un millar, fusilaremos a un centenar y la calma renacerá en el Partido". Así hablan esos desaventurados ciegos, atemorizados y encadenados al mismo tiempo. Es la voz de Termidor. Los peores burócratas, corrompidos por el Poder, cegados por el odio, preparan esta política termidoriana con todas sus fuerzas. Y para ello necesitan de dos partidos. Pero la violencia chocará con una línea política justa que cuenta a su favor con el valor revolucionario de los cuadros de la oposición. Stalin no creará dos partidos. Nosotros le decimos abiertamente al Partido: la dictadura del proletariado está en peligro. Y estamos firmemente convencidos de que el Partido – su núcleo proletario – nos escuchará, comprenderá y ratificará. El Partido está ya profundamente agitado; mañana llegará a agitarse hasta su último límite.

Detrás de los pocos millares de opositores que pertenecen a los cuadros del Partido hay una doble, una triple capa de adheridos a la oposición, y detrás una capa aún mayor de obreros miembros del Partido que han comenzado ya a escuchar atentamente a la oposición y a aproximarse a ella. Este proceso es inevitable. El obrero sin partido no se ha dejado ganar por los ataques y las calumnias dirigidos contra nosotros. Su legítimo descontento ante el desarrollo del burocratismo y del régimen de la mordaza lo ha expresado la clase obrera de Leningrado en su elocuente manifestación del 17 de octubre. El proletariado es inquebrantablemente partidario del Poder de los Soviets, pero quiere otra política. Todas estas cosas son inevitables. El aparato es impotente para combatirlos. Y cuanto más violentas sean las represiones, más fortalecerán la autoridad de los cuadros de la oposición ante los ojos de los comunistas de filas y del conjunto de la clase obrera. Por cada centenar de opositores excluidos del Partido habrá un nuevo millar de opositores. El opositor excluido sigue y seguirá sintiéndose miembro del Partido. Puede arrancársele por la violencia el carnet del Partido al verdadero bolchevique leninista; pueden ser retirados, momentáneamente, sus derechos de miembro del Partido; pero no por eso dejará nunca de cumplir sus obligaciones de miembro del Partido. Cuando Jansson le preguntó al camarada Mrachkovski, en la sesión de la Comisión Central de Control, lo que haría si se le excluía del Partido, el camarada Mrachkovski respondió: "Continuaré como antes".

Esto mismo contestará todo opositor, se le excluya de donde se le excluya: del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, del Comité Central, del Partido Comunista, de la Unión... Todos decimos con Mrachkovski: "Continuaré como antes."

Tenemos en mano la clave del bolchevismo, y no seréis vosotros quienes nos la quitéis. Sabremos aprovecharla. No nos amputaréis del Partido, no nos arrancaréis a la clase obrera. Conocemos las represiones y estamos acostumbrados a los golpes. Le disputaremos la Revolución de Octubre a la política de Stalin, cuya esencia puede ser expresada en algunas palabras: *Amordazamiento del núcleo proletario; fraternización con los conciliadores de todos los países; capitulación ante la burguesía mundial.*

Excluidnos, pues, del Comité Central un mes antes del Congreso que os habéis encargado ya de transformar en una reunión de la gente de la fracción de Stalin. El XV Congreso será, desde el punto de vista exterior, una especie de triunfo definitivo de la mecánica del aparato. Pero en realidad simbolizará su completo hundimiento político. Las victorias de la fracción de Stalin son las victorias de las fuerzas de la clase extrañas a la vanguardia proletaria. Las derrotas del Partido, bajo la dirección de Stalin, son derrotas de la dictadura del proletariado. El Partido se da ya cuenta de ello. Nosotros correremos en su ayuda. *La plataforma de la*

oposición está sobre la mesa del Partido. Después del XV Congreso, la oposición será, en el Partido, incomparablemente más fuerte que en estos momentos. calendario de la clase obrera y el calendario del Partido no coinciden con el calendario burocrático de Stalin. El proletariado piensa lenta, pero seguramente. Nuestra plataforma acelerará ese proceso. Y en último extremo, será la línea política la que decidirá, y no la mano de hierro burocrática.

La oposición es invencible. Lo mismo hoy que nos excluís del Comité Central, como ayer que nos excluisteis del Partido a Serebriakov y Preobrazhenki y detuvisteis a Fichelev y otros. Nuestra plataforma se abrirá camino. Los obreros de todos los países se preguntan ya, con la mayor inquietud, por qué se excluye y se detiene, con ocasión del décimo aniversario de la Revolución de Octubre, a los mejores combatientes de esa Revolución. ¿De quién es la culpa? ¿De qué clase? ¿De la que venció en Octubre o de la que ejerce su presión para minar la victoria de Octubre? Hasta los obreros retardatorios de todos los países, despertados por vuestras represiones, acatarán nuestra plataforma con el fin de comprobar la innoble calumnia lanzada y propalada sobre el oficial de Wrangel y el complot militar.

Las persecuciones, las exclusiones, las detenciones, convertirán nuestra plataforma en el documento más popular, más querido del movimiento obrero internacional. Excluidnos. No por eso impediréis las victorias de la oposición. Estas victorias serán las de la unidad revolucionaria de nuestro Partido y de la Internacional Comunista.

Respuesta a un contradictor benévolo

Querido camarada:

He recibido su carta del 6 de octubre, fechada desde el Zaporozje, donde se encuentra provisionalmente. No tengo razones para dudar de que le ha sido inspirada por las mejores intenciones. Pero creo, y no con menos firmeza, que los caminos que conducen directamente a Termidor se encuentran asimismo también empedrados de esas buenas intenciones.

Se trabaja hoy mucho más enérgicamente en el mejoramiento de los caminos termidorianos que en el de los caminos vecinales rusos.

Quiere usted convencerme del daño causado por la oposición en general y por la "superindustrialización" en particular, y para ello emplea como ejemplo la lección que se desprende del Dnieprostroï, donde se encuentra actualmente. Dice usted en su carta:

"Como prueba aplastante de esto (es decir: de lo nocivo de una exagerada industrialización), puede servir la decisión de usted (?) acerca de la necesidad de apresurar la marcha del Dnieprostroï, del cual no se tendrá necesidad durante mucho tiempo, y que, además, ha sido construido según un proyecto completamente ignaro..."

A continuación expone usted un gran número de considerandos y acumula los unos sobre los otros, dándole así a toda la carta (permítame que se lo diga francamente) un carácter bastante confuso. Y nuevamente vuelve usted a ese Dnieprostroï, que, según su opinión, se "presenta como una piedra de toque, como un medio infalible de analizar lo que usted (es decir: yo) se propone hacer."

Contesto a su carta porque creo que es, en su grado máximo, un producto típico de una forma ya corriente de pensamiento existente en el Partido, y que se caracteriza por los dos rasgos siguientes: incapacidad teórica de ser lógicos y, a consecuencia de esto, una actitud de negligencia ante los hechos.

La manera de pensar de los marxistas debe ser infinitamente rigurosa, exigente: no admite lagunas, fosas ni el grosero ajuste de las piezas. Por esto precisamente toma estrictamente en cuenta los hechos, sin fiarse del oído ni de la memoria, y ejerciendo el control partiendo de las

fuentes. La manera de pensar del ciudadano medio es trivial, aproximativa, y yerra, tantea, sin mirar hacia adelante; no ha menester de una rigurosa exactitud desde el punto de vista de los hechos. Y esto es cierto sobre todo en política; y es más cierto todavía cuando se trata de una política de fracción. Cogido en flagrante delito, queda siempre el recurso de decir que se lo ha oído decir a un amigo. Su carta, desgraciadamente, forma parte de esta última categoría...

Cuanto usted dice sobre el Dnieprostroi se lo ha oído indudablemente a un amigo cuya falta de seriedad es indudable. Usted dice que "se ve clara la intención de precipitar la marcha del Dnieprostroi". ¿De qué decisión se trata? ¿En calidad de qué y con qué autoridad podía adoptar yo semejante decisión? ¿Cómo hubiera podido hacerlo, sobre todo en 1925, cuando todas las decisiones eran adoptadas a espaldas mías por el *Septriunvirato* fraccional y pasaban después, simplemente para cubrir las formas, por el Politburó?

Escuche usted como sucedieron, en realidad, las cosas. En el verano de 1925, el Consejo de la Defensa y del Trabajo tomó una decisión – en la cual no participé – de nombrar una Comisión de Dnieprostroi bajo mi presidencia. El principio de la construcción de una central hidroeléctrica había sido zanjado *dos o tres años antes*. La organización encargada de ello hizo no pocos trabajos preparatorios y cálculos. Yo permanecí por completo alejado de todo. Mi Comisión, según la decisión del Consejo de la Defensa del Trabajo, tenía la tarea de comprobar el proyecto y los cálculos en dos o tres meses, con el fin de poder introducir en el presupuesto establecido para 1925-26 los primeros créditos con destino a esta construcción. En este caso, como en muchos otros, defendí un punto de vista según el cual era mejor, dada nuestra miseria, calcular y comprobar durante un par de años más las cosas en lugar de prolongar inútilmente un par de meses la realización de los trabajos. Precisamente al defender este punto de vista, y gracias a ciertas gestiones, obtuve que el plazo fijado para los trabajos de la Comisión fuera *prolongado* un año más. Según puede usted ver, esto no se parece en nada a mi "precipitación", de la cual usted habla. Los hombres más competentes del país y del mundo vinieron a trabajar en el examen del proyecto. Entre técnicos y economistas se llevó a cabo un intercambio de opiniones en la Prensa. Por mi parte no ejercí la menor presión ni sobre la Comisión, donde estaban representadas todas las instituciones económicas, ni, con mayor razón, sobre la Prensa. Por otra parte, me hubiera sido imposible hacerlo, dado el conjunto de la situación creado en las esferas superiores del Partido y de los Soviets. Esto sucedía en 1925-26, cuando la historia del Partido y de la Revolución había sido refundida de nuevo y cuando Molotov se hizo teórico y Kaganovitch administraba Ucrania...

Bien es verdad que intervine en la Prensa, así como en las sesiones del Comité Central, contra las disertaciones demasiado generalizadas, con arreglo a la inteligencia del ciudadano medio, para afirmar que el Dnieprostroi, en su conjunto, no estaba en nuestros medios. Con parecidos argumentos se levantaron cierto día algunos "amigos del pueblo" contra la construcción del Transiberiano, que, sea dicho de paso, era para la Rusia de entonces una empresa infinitamente más difícil que lo era para nosotros el Dnieprostroi. Sin embargo, la solución que debía dársele a la cuestión general de la marcha de la industrialización no debía en manera alguna resolver el problema particular, consistente en saber cuándo y en qué proporciones habría que construir el Dnieprostroi y, en general, si había que abordar su construcción. La Comisión que dirigía yo no debía preparar más que los elementos para darle una solución a este problema. Las cosas no llegaron ni siquiera a este punto. La lucha contra el "trotskismo" se transformaba, en uno de sus aspectos, en la lucha contra el Dnieprostroi. Los directores de las diferentes instituciones, y particularmente los de los ferrocarriles, de los cuales habla usted de una manera tan poco elogiosa, creyeron cumplir con su deber saboteando todos los trabajos de la Comisión. La única norma que les gula a ciertos sabios de Estado consiste, como sin duda debe usted saber, en decir "afeitado" cuando yo digo "esquilado". Ahora bien; teniendo presente que, dado lo poco avanzados que andaban los

trabajos, y no había emitido mi opinión definitiva sobre el proyecto y sobre el plazo en que debía quedar terminado el Dnieprostroi, las instituciones hacían durar las cosas, ponían trabas, saboteaban y lanzaban "rumores". Acabé por pedir que se me descargara del cargo de presidente de la Comisión, a lo cual se accedió. Después de lo cual, en un plazo extraordinariamente corto, es decir, en algunas semanas, la Comisión realizó todo el trabajo, formuló sus conclusiones y las hizo adoptar por el Consejo de Defensa y del Trabajo. Es muy posible que la Comisión se dejara llevar por el noble deseo de demostrar que era competente.

Indudablemente le transmitieron de arriba una consigna incitadora. Las cosas, en efecto, tomaron una marcha "forzada". Pero yo no he tenido nada que ver con la inspección de las cifras y de los planes, ni mucho menos con los plazos fijados

Mientras fui presidente de la Comisión, Stalin, y en consecuencia, Molotov, intervinieron como resueltos adversarios del Dnieprostroi. Adoptando el tono de los "filósofos campesinos", Stalin emitía axiomas por el estilo de los que consisten en decir que construir el Dnieprostroi para nosotros es, como quien dice, tanto como comprar un fonógrafo un campesino. Al producirse, a raíz de mi dimisión, una transformación de 180°, ante la cual expresé mi sorpresa en una de las sesiones del Comité Central, Stalin explicó que antes se trataba de quinientos mil millones, mientras que entonces no se trataba más que de ciento cuarenta millones. Todo lo cual está reseñado en las actas de un Pleno del Comité Central. Stalin demostró así que no comprendía nada de lo referente al fondo del problema y que el interés que manifestaba hacia el Dnieprostroi se limitaba a consideraciones y a combinaciones de orden personal. Habíase hablado de los quinientos mil millones al tratar de las nuevas fábricas que debían consumir la energía del Dnieprostroi. En cifras redondas, el precio de coste había sido fijado en 200 ó 300 millones. Ampliando el Dnieprostroi, el total alcanzaba, poco más o menos, la cifra global de quinientos millones. Pero estos establecimientos, por sí mismos, formaban parte del plan de construcción de las respectivas ramas industriales. Y no era el Dnieprostroi el que tenía necesidad de él, sino, por el contrario, era él el que tenía necesidad del Dnieprostroi.

La última palabra respecto a las nuevas fábricas debían pronunciarla la industria química, el centro de la industria metalúrgica, etc. En mi tiempo, la Comisión se limitaba a abordar la comprobación de este problema. En cuanto me marché, fueron resueltos tres movimientos en dos tiempos; hubiérase dicho que alguien le había infundido vida a la Comisión.

Esta breve reseña, que puede ser comprobada con los textos en la mano, demuestra claramente con cuánta ligereza de espíritu ha comenzado usted a crear ciertos mitos.

No hay razón, sin embargo, para que se avergüence usted mucho de ello. No es usted el primero y no será el último. Existen decenas y centenares de otros... creadores de leyendas. Y el ejemplo más evidente – el ejemplo clásico podríamos decir – lo constituye el mito de las fábricas Putilov. Casi toda la humanidad culta sabe a estas horas que en 1923 quise "cerrar" estas fábricas. Aparentemente, este crimen tiene un carácter opuesto al otro por el cual me acusa usted: en el Dnieper parece que yo decidí "construir" una cosa que no necesitábamos; en el Neva estaba resuelto a cerrar una cosa que nos era indispensable. Usted debe saber, creo yo, que la cuestión de Putilov jugó un papel enorme en lo que se dio en llamar la lucha contra el "trotskismo", sobre todo durante la primera fase. No pocos informes y resoluciones, no sólo de nuestros Congresos y Conferencias, sino también de los de la Internacional Comunista, contienen alusiones a esto. Con ocasión del V Congreso, la delegación francesa, conversando conmigo, me interrogó con el fin de saber por qué había querido cerrar una fábrica que constituía una de las fortalezas de hierro de la dictadura del proletariado. La resolución del XV Congreso menciona incluso y nuevamente las fábricas Putilov.

He aquí lo que en realidad sucedió: Rikov, que en 1923 fue nombrado nuevamente presidente del Consejo Superior de la Economía – Rikov y no yo –, intervino cerca del Politburó proponiendo que se cerrara este establecimiento. Según los cálculos del Consejo Superior de la Economía Nacional – decía esta fábrica no iba a servir para nada en el transcurso de la próxima década. Sería, por consiguiente, un peso que nuestra industria metalúrgica no iba a poder soportar. El Politburó votó en favor de que se cerrara. Yo no representaba nada, ni en el Consejo Superior de la Economía Nacional, ni en el Plan del Estado, ni en la industria de Leningrado. No emití sobre esto ninguna proposición propia. En mi calidad de miembro del Politburó, me veía obligado a zanjar la cuestión basándome en el informe de Rikov. El problema general de la industrialización no resuelve en manera alguna y por sí solo la cuestión de Putilov, lo mismo que la del Dnieprostroi. Stalin, después de oír el informe de Rikov, votó también en favor del cierre. Después, ante la protesta de Zinoviev, se dio a este problema una nueva solución al margen del Politburó y de una manera fraccional. En una de las sesiones siguientes del Politburó, Rikov acusó a Stalin de haber concertado un compromiso con Zinoviev dejándose llevar por consideraciones de orden extraño al de los negocios. He aquí cómo se produjo mi atentado contra la fábrica Putilov. Lo admirable es que la resolución del XV Congreso, en que se repetía la leyenda de la fábrica Putilov, fue adoptada a propuesta de Rikov. Mi crimen se limitó a votar una proposición formulada por el propio Rikov. Es increíble, dirá usted. ¡Han pasado tantas otras cosas increíbles!

Cuando escribo esta carta, abro por casualidad un folleto publicado por las Ediciones del Estado, escrito por un tal Chestakov y titulado: *A los campesinos. En torno a las resoluciones del XV Congreso*. Me entero, por la página 49, de que Trotski, "en su tiempo, presentó una declaración ante el Comité Central del Partido exigiendo el cierre de las inmensas fábricas del Putilov y de Briansk". No se dice por qué lo exigía. El hecho se cita para desenmascarar el supuesto "amor de la oposición hacia el obrero". "Véase cómo son esos superindustrializadores: exigen el cierre de las inmensas fábricas de Putilov y de Briansk con el fin de perjudicarles a los obreros." Respecto a Putilov he dicho más arriba cuanto sé. Y en cuanto a Briansk, no estando informado, no puedo decirle una palabra. Quizá lo hayan añadido sencillamente para completar la colección. En general, sería difícil concebir un libelo más insolente, más audaz que ese folleto oficioso sobre las resoluciones del XV Congreso. Han surgido ahora una cantidad de filibusteros de la literatura, capaces de todos los menesteres. En 1882, Engels le escribía a Bernstein: "Así son nuestros señores literatos." "Imitando a los escritores burgueses, creen poseer el privilegio de no estudiar nada y de discutir sobre todo. Nos han creado una literatura que, por su ignorancia de la economía, su utopismo y su insolencia, no tiene igual." Esto responde a una terrible actualidad. Los Chestakov han sobrepasado incluso a los literatos de aquella época, tanto por su ignorancia como por su utopismo oficial, y, sobre todo, por su petulancia. En el momento del peligro, esos señores sin honor ni conciencia serán los primeros en traicionar. En caso de derrota del proletariado, cantarán los elogios de los vencedores empleando el mismo estilo mendicante de la pitanza oficial.

* * *

Interviniendo contra las medidas de gran envergadura, escribe usted, no sin cierta ironía:

"Nuestra época no es la de los grandes problemas.

"Por el momento no hay grandes reformas más que en los ferrocarriles, donde les asestamos el golpe de gracia a las vías, a las locomotoras, y donde estamos a punto de terminar con los vagones..."

Todo eso se llama transporte de convoyes vacíos, centralización de los talleres, etc.

Según el texto de su carta, parece que debe llegarse a la conclusión de que en esto también la culpable es... la oposición. Como en la canción – ¿se acuerda usted? – : ”La culpa es de Voltaire”. Sea. Se nos hace responsables del cierre o semicierre de Putilov e incluso de las fábricas de Briansk. Cargamos también con la responsabilidad de la inauguración o la semiinauguración del Dnieprostroi. ¿Pero cómo hacernos responsables de la reforma de Rudzutak? ¿No se podría aquí también encontrar algún lazo de parentesco con el apartado 1042, del cual Lenin y Dierzinski dijeron en su tiempo que había salvado las locomotoras y los vagones, pero que en 1924, es decir, cuatro años después, fue denunciado como causante – o casi causante – de la destrucción de los ferrocarriles? podría probarse que fui yo quien ”arrastré” al inexperto Rudzutak por el camino del tráfico inútil hacia adelante y hacia atrás? Si sus propios recursos no bastan para resolver este problema de historia y de filosofía, diríjase a Yaroslavski, a Gussev y a otros guardianes de la ley; éstos le suministrarán cuanto haya menester ¡y aún más!

Teniendo en cuenta que trata usted de abordar los problemas económicos generales tomando como punto de partida casos particulares (no me opongo a este método, desde el punto de vista de principios), le propongo que se fije en un ejemplo. La industrialización está íntimamente ligada a la política de las concesiones. Lenin concedía a esta última una importancia enorme. De hecho, los resultados obtenidos fueron más que modestos, a lo cual contribuyeron, evidentemente, causas objetivas. Pero, incluso en este aspecto, los métodos de la dirección juegan un papel que no es menos restringido y que no es, sin duda, el menos importante. He aquí un ejemplo que le aconsejo analice detenidamente (mejor que el Dnieprostroi) y empleando el método de la autocrítica. Pero debe darse prisa, pues la autocrítica está a punto ya de lanzar su último suspiro...

Mi ejemplo se refiere a nuestra extracción del manganeso. Nuestros más importantes yacimientos de este metal, los de Chiaturi, han sido cedidos, como usted sabe, a la American Harrimann. Los de Nikopol los explotamos nosotros mismos. Como hombre familiarizado con cuanto se refiere a la metalurgia, usted sabe probablemente que el manganeso tiene una aplicación muy unilateral y que, en virtud de este hecho, su mercado es muy limitado. El manganeso de Nikopol es infinitamente inferior en calidad, mucho más difícil de extraer y ocasiona mayores gastos de transporte. Según los cálculos aproximados que he hecho y con la intervención de las mayores autoridades en la materia, la diferencia en el beneficio por tonelada de manganeso, con el de Chiaturi, es alrededor de ocho a diez rublos. Lo cual significa que cuando una tonelada de Chiaturi produce un beneficio de 4 ó 5 rublos, una tonelada de Nikopol ocasiona unos 4 ó 5 rublos de pérdidas. Conforme al contrato de concesión, nosotros recibimos un precio fijado por adelantado por cada tonelada vendida por el concesionario. Cada tonelada de Nikopol vendida por nosotros nos ocasiona una pérdida. Si el Estado cree necesario reservarse por completo la industria del manganeso sin someterla a concesión (el difunto Krassin defendía esta tesis y quizás tuviera razón), es necesario en este caso reducir al mínimo la explotación de Nikopol y desarrollar al máximo la de Chiaturi. Entonces podemos estar seguros de obtener grandes beneficios. Pero hemos obrado completamente a la inversa: después de haber hecho la concesión de Chiaturi hemos empezado a desarrollar Nikopol, invirtiendo unos millones, de los cuales, como sabe todo el mundo, tenemos los bolsillos llenos. Así obtenemos un doble objetivo: vendemos el manganeso de Nikopol con pérdida y eliminamos del mercado, gracias a una exportación deficitaria, el manganeso de Chiaturi con lo cual reducimos nuestro beneficio sobre cada tonelada vendida por el concesionario. En una palabra: a costa de una pérdida en Nikopol originamos otra en Chiaturi.

¿A qué se debe todo este hábil sistema de autosabotaje? En casos por el estilo, se habla mucho entre nosotros de errores de cálculo; siempre se encuentra un pariente lejano, un pobre diablo,

que resulta ser siempre el culpable. En esto, sin embargo, no ha existido ningún error. Todos los cálculos habían sido hechos por anticipado. Todas las instituciones habían sido advertidas. Los documentos relativos a esta cuestión, con los datos precisos, se encuentran en los respectivos archivos. Ha sido el "feudalismo soviético" el que ha representado un papel fatal. Como hemos aprendido ya en el caso de China, este feudalismo se identifica inevitablemente con el burocratismo, con el mandarinismo, que a veces es su verdadero origen. Chubar y otros mandarines ucranianos plantearon el problema del manganeso de Nikopol examinándolo desde su "propio" punto de vista local. El punto de vista de Karkov estaba en contradicción con el del Estado en general. En un régimen de dictadura centralizada del proletariado, la cuestión hubiera podido resolverse fácilmente para bien de toda la Unión y, por consiguiente, para Ucrania. Pero aplicando los métodos del feudalismo burocrático se hizo todo a la inversa. Por consideraciones que no tenían nada que ver con el manganeso, se llegó a la conclusión de que era absolutamente imposible hacerle menor daño a Chubar, pues esto hubiera podido tener como consecuencia un cambio en la "relación de fuerzas". Hubo, pues, no un error de apreciación económica, sino de cálculo político que no tenía más que un defecto: que era un cálculo muy mal planteado.

No poseo datos sobre el trabajo actual de Nikopol ni sobre las relaciones de éste con el de Chiaturi. Pero, hasta donde alcanza mi comprensión, dudo mucho que la situación general del mercado mundial le haya aportado a Nikopol los milagros con que contaba, contra todo buen sentido, la dirección de Karkov. Lo que supone una buena cantidad de millones perdidos. Claro que esto nada más es una suposición mía. ¿Es que se decidirá usted a contarle y a publicar los resultados? Si me equivoco, seré el primero en alegrarme de ello.

Pero volvamos al Dnieprostroi. Teniendo en cuenta lo poco que aprecia usted los hechos, no tengo razón alguna para creerle cuando dice usted que el Dnieprostroi ha demostrado que su constitución era prematura. Su segunda afirmación de que lo construirán mal me parece más exacta. Pero ¿qué puedo hacer yo? No se adelante usted a los Gussev, los Kussinén, los Manuilski, los Pepper, los Liadov y otros servidores políticos, los cuales se encargarán de demostrar que soy yo el responsable, no sólo de las fallas cometidas en el Dnieprostroi, sino también en la construcción del ferrocarril Turquestán-Siberia, cerca del cual habito.

Usted me dice reiteradamente: "Piense usted, reflexione en el Dnieprostroi y revise su programa de industrialización, hacia el cual ha arrastrado desgraciadamente al Partido."

"¿Arrastrado?" ¿qué quiere decir esto? La superindustrialización ha sido condenada en todos los comicios del Partido. El Partido se ha pronunciado contra ella con la unanimidad necesaria. Los servidores de la literatura oficial han escrito a este respecto centenares de folletos. Montañas de documentos han sido propagadas por todo el país, y puede decirse que por el mundo entero. Y esto siempre con el mismo tema: el trotskismo equivale a saquear al campesino en provecho de la superindustrialización. Y ahora, de repente, se dice que es Trotski el que, "desgraciadamente", ha arrastrado al Partido hacia ese programa criminal. Permítame que le pregunte: ¿qué piensan ustedes del Partido y, sobre todo, de su dirección, ustedes que son adversarios de la oposición? Cómo pueden ustedes conceder un voto de confianza a una dirección semejante?

Dice usted más abajo: "Se ha tratado de hablar con un lenguaje al campesino. ¿Y qué ha resultado? La alianza entre campesinos y obreros ha quedado comprometida para varios años, lo que es grave, porque el ejército es campesino y el país campesino también; la colectivización es un pretexto para ocultar la percepción de subsidios; será necesario un siglo para la industrialización."

Esas pocas líneas sinceras contienen todo un programa, e incluso más: toda una concepción del Mundo. Sólo que... ¿qué motivo ha podido decidirle a adherirse con tales convicciones al

partido de Marx y de Lenin? Tranquilícese usted: es usted casi un héroe de la época. Usted tiene en su pluma lo que decenas de miles de camaradas pertenecientes a las capas superiores llevan en el alma. En el partido de Marx y de Lenin se ha producido un desplazamiento, y su carta reaccionaria de ciudadano medio no es más que una de sus numerosas manifestaciones.

”Se ha tratado de emplear su lenguaje con el campesino”. ¿Quién lo ha intentado? El Comité Central. Y en este caso, permítame preguntarle: ¿por qué lo ha ”intentado”? Este ha empezado por condenar, por rechazar, por desterrar, por deportar, y después parece que se ha planteado la pregunta: ”¿Y si probara a ver?”. Pero en este caso, permítame que se lo diga: ¿a qué reduce usted al Comité Central? ¿Cómo aprecia usted su política? ¿Y su moral política? Su posición no es agradable. ¿O es la posición del Comité Central la poco agradable? Es esto precisamente lo que decimos nosotros.

Usted pregunta: ”Se ha tratado de emplear su lenguaje con el campesino, ¿y cuál ha sido el resultado? La alianza entre campesinos y obreros ha quedado comprometida para varios años.” Permítame usted: precisamente toda nuestra discusión se planteó sobre el problema de la alianza. Y, sin embargo, parece que es la oposición ”la que no quiere la alianza con el campesino”. Cualquiera Manuilski podría probarlo. Y, de repente, se dice que la dirección ha comprometido esta alianza para varios años, sencillamente porque ha querido abreviar en el ”trotskismo”. ¿Qué confusión es ésta?

Su desgracia de usted es que a fuerza de ser ”trabajado” continuamente y de una forma monótona, sin la menor base de principios, ha olvidado usted la reflexión, la precisión, la buena fe. Así como la cadena fordista destruye el sistema nervioso, también la cadena de documentos de los stalinistas destruye los centros del pensamiento. Usted completa su confusión política con el galimatías de los comentarios. Pues, en fin de cuentas, la oposición ha publicado una plataforma y unas contratesis para el XV Congreso. Todas esas cuestiones han sido analizadas con toda claridad y de una manera tan concreta como lo permite una plataforma. Y usted nos atribuye el programa de las ”medidas” aplicadas con un sentimiento de pánico y de éxtasis administrativo causados por el carácter erróneo de toda la trayectoria anterior. Y si no es así, ¿a qué han sido debidas? Si se admite que, a consecuencia de una trayectoria socialista, diez años después de octubre ha habido que recurrir a un destructor ”arbitrario” (llamado no sé por qué ”comunismo de guerra”), esto significa que en general no hay salida para la situación. Y en este caso se condena la dictadura del proletariado en su conjunto, así como los métodos socialistas. Es tanto como darles la razón a los mencheviques y a los perros de la burguesía en general. Y a esto precisamente nos conduce, a pesar de sus intenciones, toda la casta de parásitos ideológicos. Para ellos todo marcha bien, todo marcha maravillosamente hasta el momento en que, bruscamente, todo empieza a marchar completamente mal. ¿Cómo es que el mal surge tan bruscamente? ¿Cómo es que, a consecuencia de una alianza entre obreros y campesinos, sistemáticamente consolidada, surgen unas medidas que comprometen esta ”unión” para varios ”años”? Los criados de Stalin no se preocupan lo más mínimo de esta cuestión. Y, sin embargo, es la que decide de la suerte del socialismo.

Dice usted simplezas, señor, cuando afirma que se ha tratado de emplear *nuestro* lenguaje con el campesino. Las medidas desesperadas no se deducían de nuestra plataforma, sino del hecho de que no fue tomada en consideración cuando era tiempo aún. Y todavía hay maniáticos de la palabra, miserables, que les dicen a los obreros que ”la oposición ha obstaculizado el almacenaje” de trigos, ”desviando la atención”. ¿De qué ha desviado la atención? ¿Del ”almacenaje” de trigos? Pues si era ella la que hablaba de ”almacenaje” y ustedes quienes desviaban la atención del Partido con la historia del oficial vrangeliano! Tengan cuidado de no verse obligados mañana a repetir la ”maniobra” dándole una extensión infinitamente mayor.

”El ejército es campesino, y el país, campesino también; la colectivización es un pretexto para ocultar la percepción de subsidios; será necesario un siglo para llegar a la industrialización.” Con estas solas palabras emerge a la superficie todo el fondo de su pensamiento. ¿Por qué no acaba usted de expresar éste? La conclusión debería ser la siguiente: usted ha querido hacer pronto, muy pronto, demasiado pronto, la Revolución de Octubre. Hubiera habido que esperar poco más o menos un siglo. Crear el poder de los Soviets para mantener sencillamente a un ejército campesino en un país campesino y para que la colectivización sirva de pretexto con el fin de recibir subsidios... no, pues los gastos efectuados para llegar a semejante resultado son desmesurados. Se ha dado demasiada prisa, ha corrido demasiado para hacer Octubre. Esto es lo que se desprende de usted por todos sus poros cuando se desembaraza del montón de documentos de los stalinistas y empieza usted a reflexionar por su propia cuenta.

Y, de acuerdo con su manera de pensar, añade usted a renglón seguido:

”Seguramente que ahora cree usted mismo que existen ya en China las premisas necesarias para el establecimiento del poder de los Soviets”. Sobre esta cuestión no puedo responderle más que una cosa: el ciudadano medio ha cobrado audacia y se rasca ya la tripa en público. Este espíritu medio no lo habían eliminado muchos revolucionarios, no solamente de después de Octubre, sino incluso de antes de Octubre. Sólo que antes se ocultaba, mientras que ahora surge a la superficie, no sólo entre los intelectuales, sino también entre muchos antiguos obreros que se han levantado por encima de la masa, que han recibido un cargo, que se han hecho un nombre y pueden mirar a la masa desde lo alto, tanto en Rusia como en China.

”¿Acaso se puede tratar a nuestro pueblo de otra manera? ¿Qué industrialización quiere usted realizar con nuestros mujiks? ¿Acaso los chinos tienen una inteligencia capaz de merecer el poder de los Soviets?”. El ciudadano medio reaccionario ha devorado al revolucionario, no dejando más que la piel y los huesos, y a veces incluso menos.

Se dispone usted a repetir, honorable camarada, los sabios ”argumentos” que nos exponían millares y millares de veces, no sólo antes de la Revolución de Octubre, no sólo diez o doce años antes de ésta, cuando afirmábamos que en Rusia zarista, esclava, ”mujik”, atrasada, la revolución podría conducir al Poder al proletariado antes que en los países capitalistas más avanzados, sino incluso en 1917, después de febrero, en vísperas de octubre, durante octubre y en el transcurso de los primeros y penosos años siguientes. Cuento con los dedos: las nueve décimas partes de los dirigentes ”optimistas” actuales, de los constructores del ”socialismo integral”, no creían ni siquiera en la posibilidad de la dictadura del proletariado en Rusia. Y para darle forma a su falta de fe argumentaban sobre la ignorancia del mujik, exactamente como hace usted ahora para la industrialización y los Soviets en China.

¿Sabe usted cómo se llama eso? ¿Cómo puede calificarse en una palabra? Eso se llama degeneración. Para otros, para muchos otros, es un renacimiento, un retorno a su fondo natural de pequeños burgueses, momentáneamente torturados por el martillazo del golpe de Estado de Octubre.

El pequeño burgués no puede mezclarse en la política sin crear mitos, leyendas, incluso chismes. Los hechos se vuelven, invariablemente, contra él, presentando su aspecto más inesperado, más desagradable. Por su propia naturaleza, es incapaz de asimilar grandes ideas; no hay coherencia; y, entonces, se dedica a tapar agujeros por medio de suposiciones, de ficciones, de mitos. Cuando se desliza de la línea proletaria para caer en la de la pequeña burguesía, resulta más indispensable todavía la creación de leyendas. Y es que se trata entonces de trabajar sin tregua, relacionando la jornada de ayer con la de hoy, pisoteando las tradiciones, al mismo tiempo que se hace como si se observaran. Y durante estos períodos es cuando se crean las teorías hechas expresamente para comprometer a los adversarios de ideas desde el punto de vista personal, y surgen entonces maestros en este arte. La fe en la táctica de

la intriga política todopoderosa se generaliza. Multiplíquense los chismes, se superan, adoptan una clasificación y acaban por ser canonizados. Se crea una especie de organización de autores de documentos análogos a los de los escolares tramposos, muy seguros de su confianza propia y de su irresponsabilidad. Desde el punto de vista exterior, todo esto da resultados verdaderamente milagrosos. Pero, en realidad, éstos se deben a la presión de las otras clases, transmitida por mediación de los "maestros" del aparato, de los intrigantes y de los autores de documentos escolásticos, que introducen la confusión en la conciencia de su propia clase y disminuyen así la fuerza de resistencia.

He encontrado, por casualidad, unas líneas que escribí hace cerca de veinte años (en 1909):

"Al ascender la curva de la evolución histórica, el pensamiento social es más perspicaz, más decidido, más inteligente, y aprende a distinguir inmediatamente lo esencial de lo insignificante y a evaluar de una ojeada las proporciones de la realidad. El pensamiento pesca los hechos al vuelo y los une por medio del hilo de la generalización... Pero al descender la curva política, se instala la estulticia en el pensamiento social. Bien es verdad que en la vida común persisten todavía los restos de frases generales, que son los reflejos de acontecimientos pasados... Pero el contenido interior de dichas frases se lo ha llevado el viento; el precioso talento de la generalización política ha desaparecido no se sabe dónde y sin dejar huellas. La estulticia pasa a ser insolente, y enseñando sus dientes podridos se burla de toda seria tentativa de generalización. Sintiendo que el campo de batalla le pertenece, empieza a obrar por sus propios medios." (L. Trotski, vol. XX, *La cultura del viejo mundo*, página 310.)

No se enfade usted si su carta ha hecho nacer en mí esta asociación de ideas. Pero ya sabe que una canción pierde su sentido si se le suprime una sola palabra.

Para explicar su confusionismo, sus yerros, sus errores, el pequeño burgués ha menester, no sólo de mitos en general, sino también de un manatíal que dé continuamente una especie de fuerza demoníaca. Usted sabe probablemente que esta fuerza es la encarnación mitológica de nuestra propia debilidad humana. ¿Y quién es más débil hoy, desde el punto de vista ideológico y en la actual situación del mundo, que el pequeño burgués? Este ve la fuerza demoníaca en diversas cosas que dependen de sus condiciones nacionales, de su pasado histórico, del lugar que el Destino le ha fijado. Cuando es, si podemos hablar así, un burgués sin mezcla, el origen de todos los males es para él el comunista, que quiere expoliar a los campesinos y a los honrados trabajadores en general. Y si es demócrata filisteo, el mal universal es para él el fascismo. En el tercer caso, son los "boches", los extranjeros, los metecos, como se dice en Francia. En el cuarto caso, son los judíos, etc. Y así sucesivamente hasta el infinito. Entre nosotros, para el hombre medio del aparato, para el pequeño burgués armado de su cartera, este origen universal del mal es el "trotskismo". Personalmente, usted representa una variedad "benévola" de este tipo. Si se construye mal el Dnieprostroi; si Rudzutak se deja llevar por sus convoyes vacíos; si corrigiendo precipitadamente, por medio del artículo 107, los errores cometidos durante toda una serie de años, se cometen errores peligrosos, el culpable es el "trotskismo". ¿Quién podría ser si no? Engels escribió antaño que el antisemitismo es el socialismo de los imbéciles. Aplicando este término a nuestras condiciones, el antitrotskismo es el comunismo. . de... la gente que tiene muy poco de perspicaz. Dicho de otro modo: los autores de la mitología antitrotskista saben perfectamente dónde les duele el zapato; pero cuentan con los simples, cuya atención puede desviarse fácilmente de las faltas cometidas por la dirección, atrayendo esta atención hacia el origen universal del mal a través del mundo, es decir, hasta el "trotskismo". ¿Qué lugar ocupa usted personalmente en este engranaje de engañadores y de engañados?

Usted se encuentra en un lugar cualquiera, en medio de ellos, llenando la función de eslabón de transmisión.

* * *

Dice usted en su carta:

”Le invito calurosamente, como amigo, a que abandone ya su actual posición. No sea usted más inteligente que el Partido. Engañese usted con su mayoría, con esta misma mayoría de funcionarios, de gente del aparato; de ciudadanos medios, corrompidos y degenerados; e incluso si esta mayoría ha llegado realmente a este extremo, de todas formas no podría usted ni transformarla ni reemplazarla por nada.”

¡Qué maravillosas ideas! Es imposible imaginarse otras mejores. No ha tenido necesidad de molestarse, por otra parte, en inventarlas. Ha dejado hablar sencillamente a su fondo de ciudadano medio del Partido. Permítame que le recuerde que el espíritu revolucionario colectivo es una tosa y otra el espíritu de rebaño de los ciudadanos medios. El espíritu colectivo debe conquistarse siempre; el espíritu de rebaño se entrega acabado ya, fabricado la víspera. Usted ha oído, sin duda, esas cosas que se dicen sobre ”el individualismo”, ”la aristocracia”, etc. Así se expresan, con estupideces impotentes, el espíritu de rebaño de los ciudadanos medios, por una parte, y las habladurías de comadres de los funcionarios, por otra.

El Partido necesita, ante todo, una línea política justa. Es menester saber y atravesarse a defender ésta, en caso de necesidad, contra la mayoría del Partido, incluso contra su mayoría real, y ayudarla así a reparar sus errores. Pero en el peor de los casos no hay por qué avergonzarse de engañarse con la mayoría si ésta se engaña por sí misma, tiene en cuenta su experiencia y aprende. Pero de esto es de lo que menos se trata precisamente. Desde hace ya mucho tiempo, es el aparato el que se engaña en lugar de la mayoría, y no le permite a ésta que le corrija. En esto precisamente consiste la ”dirección” actual; tal es el alma del stalinismo.

Usted cree que hay que limitarse sencillamente a aceptar a la mayoría tal cual es. Si el Partido hubiera estado poseído de este espíritu, ¿hubiera podido llevar a cabo la Revolución de Octubre? ¿Hubiera podido ni siquiera pensar en ello? No; este espíritu es un producto del último lustro. Antes del golpe de Estado de Octubre, los elementos de colaboración, de conciliación, de adaptación, de espíritu pequeño burgués, se agarraban a otras fuerzas: al movimiento cultural liberal, al educacionismo legal, al patriotismo de la época de la guerra, a la defensa nacional revolucionaria de Febrero. Ahora todo esto surge bajo el estandarte del ”bolchevismo” del aparato, se agrupa y arrastra golpeando a la oposición, o, dicho de otra manera, al bolchevismo proletario. Cuente cuántos defensores actuales, venerables, de Octubre, protegiéndolo contra ”la oposición antisoviética”, se encontraron en aquella época del otro lado de la barricada, y después, durante los años de la guerra civil, desaparecieron no se sabe dónde. El oportunismo trata invariablemente de apoyarse en una fuerza constituida ya. El Poder de los Soviets es una fuerza. Todo oportunista, pequeño burgués o ciudadano medio, trata de apoyarse en él, no tanto porque es sovieta como porque es poder. Los pseudo-revolucionarios de toda Europa; los antiguos revolucionarios devorados por el ciudadano medio que dormitaba en ellos; los antiguos obreros convertidos en dignatarios vanidosos, los Martinov y los Kussinen pasados y presentes, pueden, agarrándose a lo que existe, intervenir como herederos directos de Octubre, e incluso creer que efectivamente lo son.

Entre toda esta clase de ”ex”, ocupan ahora un lugar muy destacado los ex bolcheviques. Sería interesante establecer un día del censo. Son los mismos que como demócratas revolucionarios se adhirieron en 1905 al bolchevismo. Durante la contrarrevolución se separaron del Partido; trataron, no sin cierto éxito, de intervenir en el régimen del 3 de junio; se convirtieron en grandes ingenieros, grandes médicos, hombres de negocios; se hicieron los defensores y los amigos de la burguesía; con ella, patriotas, entraron en la guerra imperialista; la ola de los fracasos militares los condujo a la Revolución de Febrero; trataron de obtener el mejor sitio

posible en el régimen de "democracia"; mostráronles los dientes a los bolcheviques, que impedían el restablecimiento del "orden"; fueron los furiosos enemigos de Octubre; pusieron sus esperanzas en la Asamblea Constituyente; y cuando, a pesar de todo, comenzó a constituirse el régimen bolchevique, se acordaron repentinamente de 1905, volvieron a plantear su ingreso en el Partido, se encargaron de la defensa del nuevo orden y de las antiguas tradiciones; ahora insultan a la oposición sirviéndose de las mismas expresiones que les aplicaron en 1917 a los bolcheviques. Y hay muchos así. Fíjese solamente en la Sociedad de los viejos bolcheviques. Esta está constituida por una buena mitad – por no decir más de la mitad – de viejos "militantes" intransigentes que tienen tras de sí una interinidad de ocho, diez o doce años que estuvieron en el seno de la burguesía.

Todos esos burócratas estabilizados, "colocados", un poco embrutecidos, no pueden soportar sobre todo la idea de la "revolución permanente". Para ellos no se trata, claro está, de 1905, ni de darles vida artificial a antiguas querellas de fracción, relegada desde hace ya largo tiempo en los archivos. "Ahí me las den todas." Se trata, simple y sencillamente, de nuestra época, del hoy aislado de las conmociones del Mundo. Se trata para ellos de garantizarse, por medio, de una "hábil" política exterior, de construir lo que se deja buenamente construir y de llamar a todo esto el socialismo en un solo país. El ciudadano medio quiere el orden, la tranquilidad, una marcha moderada, lo mismo en lo económico que en lo político. Más suavemente, más lentamente. No se impaciente; ya llegaremos. No salte las etapas. El país es campesino; en China hay 400 millones de campesinos "ignorantes". Necesitamos un siglo para la industrialización. ¿Vale la pena de que nos rompamos la cabeza con los programas? Vive y deja vivir al prójimo. Tal es la substancia del odio hacia la "revolución permanente". Cuando Stalin anunciaba que habíamos construido las nueve décimas partes del socialismo, les daba así una satisfacción suprema a los burócratas de mentalidad limitada y satisfechos de sí mismos. Hemos construido las nueve décimas partes; la otra décima parte ya veremos cuándo la realizaremos. Durante los últimos años de su vida, Lenin temía por encima de todo esta responsabilidad colectiva de la gente del aparato y de los funcionarios armados con todos los recursos del Partido dirigente y del aparato del Estado.

¿Y nos invita usted a capitular ante estos elementos impregnados del espíritu del ciudadano medio, ante este enorme vómito de la Historia que ha seguido a la Revolución de Octubre, mal digerida todavía? Se ha equivocado usted de dirección. "Reflexione de nuevo." Ya hemos reflexionado de nuevo. Su carta no hace sino revelarnos una vez más la inmensa ventaja histórica que algunos miles de bolcheviques leninistas perseguidos tienen sobre la masa manejable, estulta, sin ideal, de funcionarios, de servidores celosos o simplemente de gentes de espíritu servil. Si nosotros hubiéramos llegado a su conclusión – "no se puede transformar" –, no nos hubiéramos resignado; hubiéramos construido de nuevo; es decir, hubiéramos separado los buenos ladrillos de los viejos muros, hubiéramos cocido una hornada de nuevos ladrillos y con ellos hubiéramos levantado un edificio nuevo en un lugar nuevo. Pero, afortunadamente para la Revolución, su triunfo – el de ustedes – no ha llegado todavía a este punto. Sabremos encontrar los medios de constituir una alianza con el núcleo proletario del Partido, con la clase obrera. Poco importa que nos persigan ustedes, que erijan barreras en torno nuestro. No les abandonamos a ustedes ni las tradiciones bolcheviques ni los cuadros proletarios bolcheviques.

* * *

A propósito: un día a dos antes de mi salida de Moscú recibí la visita de un digno ciudadano medio, que quería expresarme de alguna manera su simpatía y su sentimiento, o que trataba sencillamente de exteriorizar su impotencia y su inhabilidad congénita frente a los amenazadores procesos que se desarrollaban en el Partido y en el país. Este digno militante del Partido me declaró, en nuestra conversación de despedida, que consideraba justa toda la

política del Comité Central, pero que el régimen existente en el seno del Partido no estaba exento de faltas. Esto – decía – es evidente. Y la deportación es completamente escandalosa. Así se expresó, poco más o menos, un bravo funcionario. Debo decir que no había testigos. Al preguntarle yo: "¿Cómo es, pues, que una buena política ha conducido a un mal régimen?", mi visitante respondió: "Se han cometido errores aislados, pero "nosotros" los corregimos. Todos, absolutamente todos con los cuales he logrado hablar, condenan a la oposición, mas se muestran indignados ante las deportaciones; pero conseguiremos hacerlas anular", me dijo este digno militante. Me mofé de mi visitante y hasta creo que le dirigí algunas duras palabras, como las que me ha obligado usted a dirigirme. "No conseguirán ustedes absolutamente nada y mañana seguramente aprobarán las deportaciones, pues no les queda nada en el alma." Naturalmente, las cosas ocurrieron así.

Recientemente he recibido una carta de otro funcionario un poco menos importante. Este se queja de que no mantenga una amistosa correspondencia con él, aun cuando no esté de "acuerdo" conmigo, cosa que, según él, no constituye una razón. Después cambia de tema para referirme las modificaciones que se han producido en sus servicios y que Ivan Kirilovitch ha engordado y toca el violín. Una benévola funcionaria me ha transmitido sus consejos aprovechando una ocasión favorable: los hombres no viven más que una sola vez y no hay por qué dejarse deportar por toda una serie de discrepancias. Las mujeres de las ex jacobinas de la época del Directorio razonaban – claro está que más con los muslos que con la cabeza – exactamente lo mismo. Si usted le dice a esta funcionaria que no tiene más que "una sola vida", que apesta a Termidor, le recitará un extracto literario de tal modo encantador que el propio Yaroslavski se sentirá enternecido.

Y he aquí que ahora aparece usted, usted que entre la gente de su clase habla "ideológicamente" e incluso con cierta pasión. Pretende usted corregir de un golpe "mis errores" basándose en el Dnieprostroi. Y todos ustedes, pues constituyen legión, parecen olvidar que nos han mandado a presidio y al destierro a mí y a centenares de amigos míos en ideas. Si se les dijera a ustedes esto cara a cara, abrirían ustedes los ojos con asombro. "Sí; nosotros hemos votado algo parecido también; es cierto que no hemos protestado..." El ciudadano medio del Partido prefiere, en semejante caso, representar el papel de Poncio Pilatos, encogiéndose de hombros con aire de conmiseración. Si hay centenares de excelentes revolucionarios, de ideas firmes, consecuentes, héroes en su mayor parte durante la guerra civil, que han franqueado recientemente las puertas del presidio; si ocupan incluso las mismas celdas que los prevaricadores, los agiotistas y la siniestra canalla; si vuelven a calentar con sus cuerpos los antiguos lugares zaristas destierro, es, según usted, por una triste circunstancia, por una imperfección del mecanismo, por un error, por un exceso de celo. No, mis queridos amigos; no podrán ustedes escapar. Son *ustedes* quienes responden de cuanto sucede y quienes tendrán que *responder de ello*.

Nosotros, la oposición, estamos en plena formación de una nueva hornada histórica de verdaderos bolcheviques. Y ustedes, por medio de la deshonesto calumnia, por la represión, los someten a la prueba y nos ayudan a establecer la selección. Hay quienes tienen miedo a pasar por la misma celda que los prevaricadores y los agiotistas. Estos individuos se "arrepienten", reconocen sus errores, y los guardianes les abren las puertas. ¿Son éstos los mejores elementos? ¿Es que siquiera son revolucionarios? ¿Son acaso bolcheviques? Y son éstos los que pasan a ocupar los puestos de donde se arroja a los revolucionarios auténticos. En el Partido se produce cada vez más una selección de los "adaptados". La oposición es abandonada por los escépticos, por los vacuos, por los hombres de poca fe, los diplomáticos baratos, o, sencillamente, por los abrumados de familia. Y van a engrosar el mlmero de los hipócritas y de los cínicos, que piensan una cosa y en voz alta dicen otra. Los unos justifican su acto por "una necesidad de Estado". Otros, simplemente enganchados en el carro,

continúan tirando, envenenados para siempre por la imposibilidad de expresar sus ideas en su propio Partido. Y, de vez en cuando, Yaroslavski y los demás sepultureros establecen la estadística de la "bolchevización". Pero la verdadera masa obrera, fuera y dentro del Partido, se aleja intelectualmente del aparato, se encierra en sí misma, se endurece. Es este el proceso más amenazador, el principal, el decisivo. La fracción staliniana trabaja actualmente sobre todo en favor de los mencheviques y de los anarcosindicalistas, a los que se les prepara el terreno entre el proletariado. Que el aparato trate de conservar a los obreros sirviéndoles una vez por año una cucharada de café de autocritica, es trabajar sin la menor posibilidad de éxito. Sólo la oposición, que combate hasta la muerte, no sólo el menchevismo y el anarcosindicalismo (huelga incluso decirlo), sino también al centrismo staliniano y al espíritu oficial del aparato, es capaz de expresar de una manera bolchevique las necesidades y las aspiraciones de la mejor parte de la clase obrera, manteniendo a ésta bajo la bandera de Lenin.

* * *

Debe usted estar al corriente del asunto de Malakhov, miembro de la Comisión Central de Control, que durante varios años se entregó al robo. Me dirá usted que esto suele ocurrir en las mejores familias. Cuando se pone a razonar el ciudadano medio sale siempre del paso por medio de frases hechas en los casos difíciles. Sin embargo, yo me permito creer que la Comisión Central de Control, *tal y como fue concebida*, es una familia demasiado distinguida para explicar tan fácilmente la prolongada estancia en su seno de un "monstruo" tan excepcional. Pero es que no se trata solamente de esto. Pues, al fin y al cabo, todo el "trust" de la Kardolenta, o por lo menos todas las personalidades de éste, están al corriente de todos los actos heroicos de Malakhov. Y también los conocían los que estaban ligados a él por la misma amistad. ¿No contaba Malakhov con amigos, con relaciones, con íntimos en la Comisión Central de Control? ¿Pues cómo, de otra manera, hubiera podido llegar a esta institución tan elevada, puesto que no ha caído del cielo? Había quienes sabían y se callaban y éstos eran incluso numerosos. Los colegas y los subordinados se callaban: los unos para aprovecharse; los otros, por miedo. Tenían un doble miedo, ya que Malakhov era miembro de la Comisión Central de Control, cargo que le daba un poder de decisión. Malakhov tenía, por consiguiente, la posibilidad de robar cuanto quisiera y como quisiera, precisamente porque era miembro del Tribunal Supremo encargado de juzgar las costumbres del Partido. ¡Esta es la dialéctica del burocratismo!

¿Y sabe usted que ha sido ese mismo Malakhov quien nos ha juzgado y excluido a nosotros, a los opositores? Entre "una botella de vino" que le valla varios miles de rublos y una orgía en compañía de los especuladores, Malakhov tenía tiempo también para participar en un juicio contra Rakovski, I. N. Smirnov, Preobrazhenki, Mrachkovski, Serebriakov, Muralov, Sosnosvski, Beloborodov, Radek, Grunstein y muchos otros, a los cuales calificaba de "traidores a la causa del proletariado". Fue igualmente Malakhov quien excluyó a Zinoviev y a Kamenev y quien, después de su arrepentimiento, los absolvió y los mandó al Centrosiois. Este es el camino que sigue la "dialéctica".

Estoy seguro de que mientras se juzgaba a Rakovski o a Mratchkovski como traidores al proletariado, era Malakhov el que intervenía con palabras más ávidas de sangre. Ya en el XIV Congreso, sentado en el Presidium y mientras observaba a Moiseenko, que había sido colocado, con algunos otros ventrílocuos ucranianos, en el primer banco, con el fin de sabotear con sus aullidos los discursos opositores de Leningrado, le expresaba a mi vecino Kalinin la hipótesis siguiente: "No sé por qué muestra ése (Moiseenko) tanto entusiasmo. Mucho me temo que tenga algo que reprocharse." Se trataba en aquel entonces de una suposición un tanto ligera; pero más tarde, tras una investigación se vio que era efectivamente así: Moiseenko, que ha enriquecido las actas de los Plenos con frases indecorosas contra la oposición, forma parte de la religión malakhovista. Más de una vez, en el transcurso de los

últimos años, y dejándome guiar por la suposición psicológica que le indico más arriba, he conseguido llegar al fondo de las cosas. Si un hombre del aparato chillaba con demasiada arrogancia, miente, calumnia y le muestra el puño a la oposición; en nueve casos sobre diez es un malakhovista que trata de disimular su negocio. Esta es la dialéctica...

Tiene usted la audacia de decir que las cosas seguirán como están. "No hemos sido nosotros quienes hemos comenzado y no somos nosotros tampoco quienes acabaremos con todo esto." No, señor. Hemos sido *nosotros* quienes hemos comenzado. O más exactamente: han sido *ustedes*, el régimen del Partido que ustedes sostienen. Ha sido el régimen del burocratismo, *brutal y desleal*, que se basta a sí mismo. ¿Recuerda usted quién ha dado esta definición? No ha sido un cualquiera, un moralista importante, sino el revolucionario más grande de nuestro siglo. El régimen *desleal*: he aquí el más grande de los peligros. Nosotros no conocemos, claro está, formas de moralidad inmutables o impuestas desde fuera. El fin justifica los medios Pero el fin debe ser un fin de clase, revolucionario, histórico. Los medios, entonces, no pueden ser desleales, deshonestos, repugnantes. Pues la deslealtad, la deshonestidad, la mala fe pueden producir durante cierto tiempo efectos "útiles"; pero si se aplican durante un largo período roen la propia base de la fuerza revolucionaria de clase, la confianza en el interior de su vanguardia. Así se suele pasar de las citas adulteradas y del escamoteo de documentos auténticos al oficial vrangeliano y al artículo 58. Aquí se trata ante todo de problemas políticos, de salvar el prestigio político destruido por toda una serie de fracasos oportunistas. En el "trust" de la Kardolenta, la apuesta es menor y proporcionados los medios al objetivo fijado. Pero Malakhov el de la Kardolenta se protege devorando a las autoridades con los ojos: "Yo no vacilaría querido amigo, en dar mi vida por ti; pero tú debes protegerme también." La semilla de la brutalidad y de la deslealtad, si se la siembra con tanto método, acaba por germinar. Quien siembra oficiales vrangelianos recoge Malakhovs. ¡Y si sólo creciera uno solo! Pero la recolección da un céntuplo y quizá más...

Cuando piense usted en todas estas cosas, cuando haya comprendido usted todas estas cosas, podremos hablar de otra manera.

* * *

Puesto que ha manifestado usted tanto interés respecto a mi situación en el Partido, permítame que me interese un poco por la de usted mismo. Habla usted constantemente del Partido, de su mayoría. Pero los pensamientos que usted expone son los de una fracción clandestina. Acusa usted al Comité Central de haber arrastrado a la industrialización por el camino trotskista. Es la voz de la fracción rikovista, la de la derecha. Afirma usted que en la política agraria el Comité Central ha adoptado este año el lenguaje de la oposición. Así habla Rikov en persona. Según usted, las fantasías como la del Dnieprostroï constituyen "una destrucción criminal de nuestros recursos". Pero es el Comité Central, es decir, su mayoría, quien debe responder de dichas "fantasías". Las medidas excepcionales aplicadas en el campo han destruido – según usted – la alianza entre obreros y campesinos para toda una serie de años. Luego la política de la actual mayoría del Comité Central no vale absolutamente nada. Dicho de otro modo: condena usted en pleno a la dirección del Partido. Sólo que su condena conduce hacia la derecha, con el espíritu de los políticos a quienes Stalin comienza a designar vagamente con el término de "filósofos campesinos". Ignoro si forma usted parte, oficialmente, de esta fracción. Pero no hay nadie capaz de poner en duda que su carta está penetrada del estado de espíritu de dicho grupo, y que es absolutamente *oposicionista*, pero *oposicionista de derecha*. Usted es un rikovista. Y como tal, ataca usted a la oposición mientras le apunta a Stalin. Hay que apuntar en un sitio para dar en otro, como dice la conocida frase.

¿Cómo se imagina usted el desarrollo ulterior de las relaciones existentes entre la fracción rikovista de los "filósofos campesinos", con profundas raíces en el país, y la fracción

staliniana, que detenta el aparato? La polémica secreta de Stalin contra Frumkin recuerda los primeros pasos de la lucha entre las izquierdas y el bloque centro-derecha. Desde el punto de vista oficial, impera, naturalmente, la unanimidad. Se dice, incluso, que para dar una prueba de esta unanimidad se les ha distribuido a las delegaciones al Congreso una hoja explicando que los rumores concernientes a las "pretendidas" divergencias en el seno del Politburó son inventadas por los trotskistas. En abril de 1925, el Comité Central mandó a todas las organizaciones del Partido una circular advirtiendo que los rumores sobre divergencias respecto a la cuestión campesina en el seno del "núcleo" leninista habían sido lanzados por los mismos trotskistas. Sin embargo, la mayoría de los opositores no comprendió por esta circular que existían serias divergencias, puesto que era necesario desmentirlas por tal procedimiento. El autor de dicha circular fue, según tengo entendido, Zinoviev, el cual, pocos meses más tarde, tuvo que firmar documentos de un género un poco diferente. ¿No cree usted que puede repetirse ahora la Historia? Un hombre inteligente dijo un día que cuando la Historia se toma el trabajo de repetirse, reemplaza generalmente a la comedia y al drama, o por lo menos introduce en éstos elementos burlescos.

Hay que decir que por muy dramático que sea el ambiente general, las constantes alusiones a la unanimidad ciento por ciento reinante en el Partido suenan a comedia bufa, en la cual no cree nadie: ni actores ni espectadores. Y esto tanto más cuanto que el desenlace debe producirse dentro de unos cuantos meses. La fracción de los "filósofos campesinos" es bastante fuerte en el país, pero teme al Partido, a su núcleo proletario. No habla en alta voz o por lo menos públicamente. Hasta ahora, los terrores no se toman esta libertad más que en sus conversaciones particulares o por medio de cartas, como, por ejemplo, la de usted.

No sé si en un porvenir próximo estallará la batalla públicamente, o si, en espera de ella, seguirá desarrollándose ocultamente y siguiendo un orden monolítico y burocrático. Precisamente por esto mismo no quiero encargarme de adivinar qué "mayoría" se formará en la próxima etapa. Pero usted puede muy bien alinearse por adelantado en su mayoría, incluso si destruye la alianza entre obreros y campesinos por un período de muchos años. ¿O tiene usted el propósito de luchar contra la industrialización, exponiéndose a tener que cambiar bruscamente de residencia? Los Yaroslavski vigilan. Tienen en sus manos no pocos recursos – claro que no me refiero a recursos de ideas –, recursos que siguen siendo eficaces, que seguirán siéndolo hasta nueva orden. Tratarán de estrangularles a ustedes, aplicando en el fondo su propia retardando sencillamente el fatal vencimiento. En este sentido, contra ustedes o con ustedes podrían esperar obtener un éxito completo si no existiera la oposición. Pero ésta existe. Ya tendrá usted ocasiones de comprobarlo.

* * *

Usted me pregunta: ¿Pero cuáles son sus conclusiones? Ya hemos expuesto en otra parte nuestras conclusiones esenciales y no quiero repetir las aquí. Pero voy a formular algunas deducciones particulares.

El régimen existente en el Partido ha conducido a éste por completo, en el transcurso de los últimos años, a un estado de ilegalidad. La fracción staliniana arregla clandestinamente los asuntos más importantes del Partido. Su fracción de usted, la de Rikov, obra siguiendo los mismos métodos ilegales. Es inútil hablar de la oposición, puesto que es una oposición. Los únicos santos que permanecen actualmente en la legalidad del Partido son probablemente Zinoviev y Saratov... Si éstos son santos, ¿quiénes son los pecadores? ¿Y si uniendo nuestros esfuerzos condujéramos al Partido dirigente a una situación legal? Usted me preguntará: ¿Por qué medios? Sencillamente: devolviéndole sus derechos.

Es menester reducir brutalmente (unas veinte veces aproximadamente) el presupuesto del Partido, que ha aumentado de una manera monstruosa, y que se ha convertido en la base

financiera del arbitrario burocratismo que domina al Partido. Es menester que éste cuente con un presupuesto propio, severamente controlado, y del cual debe dar cuentas. Los gastos revolucionarios secretos deben ser examinados anualmente por una Comisión especial del Congreso.

Es necesario preparar el XVI Congreso de tal forma que, distinguiéndose del XV, del XIV y del XIII, sea el Congreso del Partido y no el de un aparato fraccional. Antes del Congreso, el Partido debe oír a todas las fracciones, entre las cuales se pierde gracias al régimen de estos últimos años. Los reventadores, los destructores, los fascistas deben ser enviados, de común acuerdo, a trabajar en los nuevos dominios soviéticos, pero sin aplicarles el artículo 58. Puesto que falta no poco camino por recorrer antes de llegar a la liberación del Partido, es necesario establecer el voto secreto en todas las elecciones preparatorias del XVI Congreso. Estas son mis proposiciones rigurosamente prácticas. Sobre estas bases estaríamos dispuestos a entendernos incluso con los derechistas. La realización de estas elementales premisas del espíritu del Partido le permitiría al núcleo proletario del Partido colocar a la derecha – no sólo a los derechistas – frente a sus responsabilidades, así como a los centristas, es decir, a la principal muralla de los defensores del oportunismo en el Partido.

Tales son las conclusiones que se desprenden... del Dnieprostoi.

Alma-Ata, 12 de septiembre de 1928